

Sacerdos

Revista de comunión sacerdotal,
caridad pastoral y formación
permanente.

“La Teología
del cuerpo desde
Cristo Redentor
del cuerpo”

P. José Granados García

“Es bello ser
el amor del
Corazón de
Jesús y de su
Iglesia para los
demás”

P. Adrián Lozano Guajardo

“Viaje al país del
tesoro de la amistad”

*P. Antonio
Herrero, L.C.*

“Coronavirus 2020:
¿Puerta o sinsentido?”

*P. Juan Pablo
Ledesma, L.C.*

“El presbítero abraza
el celibato como una
gracia”

† *Mons. José Rafael
Palma Capetillo*



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Director Editorial Revista
SACERDOS

Estimados hermanos sacerdotes, en El Señor:

Esperando se encuentren todos bien, con la ayuda de Dios, y sostenidos por su Gracia en estos tiempos de prueba tanto para ustedes como para sus fieles, y en general para todos nosotros, para toda la Humanidad, les presentamos el contenido de nuestra revista *Sacerdos* correspondiente al trimestre julio- septiembre del presente 2020, esperando nos pueda ser de utilidad en nuestro esfuerzo continuo por formarnos integralmente y por ser santos, así como de apoyo y conforto.

En un primer momento, presentamos tres artículos que tienen que ver con el testimonio y con el legado de san Juan Pablo II, al cumplirse en mayo pasado los 100 años de su nacimiento. En ellos se tocan el tema de la "familia original", es decir según el designio divino, la cual siempre defendió con absoluta claridad, firmeza y valentía el santo Papa polaco, en su relación con el sacrificio heroico de san Maximiliano Kolbe, a quien el Papa Wotyla llamó "don para la familia". Así mismo se aborda el tema de la "teología del cuerpo" y el amor humano, mas no en las catequesis, sino en su obra poética. Y también se incluye otro tema que, sin duda, era central en el pensamiento filosófico y teológico de Karol Wojtyla-Juan Pablo II: "el misterio del hombre".

En el apartado de la dimensión humana de nuestra formación, presentamos un artículo sobre la amistad, desde el enfoque de las Humanidades clásicas y de algunos de los más altos testimonios que de aquélla nos brinda la mejor literatura greco-romana

En el ámbito específicamente espiritual, se ofrecen dos artículos: uno sobre el don del celibato como una gracia de Dios que hay que acoger y cultivar con aprecio y esfuerzo crecientes; otro presenta una reflexión que toma pie de los dos últimos libros del Cardenal Robert Sarah, prefecto de la Congregación del culto divino y la disciplina de los sacramentos: el primero "Se hace tarde y anochece", que data de inicios del presente año 2020 (el título en el original en francés es "*Le soir approche et déjà le jour baisse*", es del 2019; se trata de un libro-entrevista con Nicolas Diat), y que afronta la crisis actual en la Iglesia, desatada, de manera especial, por los casos de abusos de menores cometidos por sacerdotes; y el segundo, "Desde lo profundo de nuestros corazones", cuyo original francés ("*Des profondeurs de nos coeurs*") fue publicado también en enero de 2020, y que fuera escrito junto con el Papa Emérito Benedicto XVI. En dicho texto ambos Pastores vuelven abrir sus corazones ante la crisis en la Iglesia, sobre todo la crisis sacerdotal, haciendo luz tanto sobre las causas como las consecuencias, pero sobre todo presentando posibles correctivos y soluciones, abriendo las puertas a la esperanza.

En el campo de nuestra preparación intelectual permanente, publicamos un artículo sobre la relación entre la ética y el derecho, su naturaleza respectiva y sus relaciones y mutuos limitaciones y condicionamientos. Otro más se centra en lo que llama la lucidez y valentía de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, a quien tanto debe y deberá siempre la Iglesia, sobre todo a su magisterio profundamente teológico y, en efecto, éticamente lúcido, y humana y cristianamente valiente.

En cuanto a la acción pastoral, también recogemos aquí dos artículos. Uno versa sobre

EDITORIAL

cómo utilizar correctamente los medios de comunicación social y cómo educar a ello en y desde la familia; nos parece muy oportuno para el momento de confinamiento en familia que estamos viviendo. Uno más nos recuerda brevemente el lícito recurso a la objeción de conciencia ante leyes injustas; creemos que, en estos tiempos nuestros, en que pareciera que lo legal constituye por sí mismo lo justo y lo bueno, sin atender a la naturaleza originaria de la persona humana y a su auténtica dignidad, es bueno recordarlo y tenerlo en cuenta.

Dadas las circunstancias actuales tan especiales a causa de la pandemia, dedicamos en esta entrega, dentro del apartado de "Actualidad" de nuestra revista, varios artículos al tema, el cual se trata desde diversos ángulos: actitudes ante la epidemia, positivas o negativas; lecciones que podemos sacar de esta prueba; criterios de comunicación cristianos: verdad y esperanza; y, finalmente, el último escrito es más bien un testimonio concreto de cara a nuestra misión como sacerdotes de cara a los enfermos y sus familias: un bello ejemplo de cómo ser de verdad "el amor del Corazón de Jesús" para las almas que Dios pone en nuestro camino.

También como tema actual, damos a conocer la carta pública de Mons. José Manuel Garita Herrera, Obispo de Ciudad Quezada, Costa Rica, sobre el tema del matrimonio. Se trata de una clara y valiente defensa del matrimonio natural, según el designio divino en su origen, por parte de un Pastor consciente de su misión de vigía ("*episcopus*") y defensor de la verdad revelada sobre Dios y el hombre, ante los diversos modelos que se nos quieren imponer a nivel mundial desde instancias internacionales, instituciones enemigas de Cristo, de la Iglesia y del hombre.

Finalmente, en la sección de "Testimonios", tenemos el de la Sra. Lily María Bendaña de Montealegre, quien es la directora local del Centro Sacerdotal Logos en Nicaragua, que lleva por título: "Lo que es la 'Maternidad Espiritual' para una madre espiritual de los sacerdotes". Sin duda en estos meses de contingencia sanitaria y encierro, hemos sido objeto de la caridad de tantas "madres espirituales" de nuestro sacerdocio; a ellas les debemos tanto y tanto es tanto el bien nos puede traer su oración e intercesión de cara a nuestra santidad y apostolado. ¡Muchas gracias a todas ellas! Dios las recompense.

Suyo en Cristo y Su Iglesia,

ÍNDICE



APARTADO ESPECIAL

En conmemoración por los 100 años de nacimiento de san Juan Pablo II"

"A cien años del nacimiento de san Juan Pablo II, el Papa de la familia: la gran lección de amor de san Maximiliano María Kolbe, 'mártir de la caridad' y 'don de la familia'" 8
P. Alfonso López Muñoz, L.C.

"La Teología del Cuerpo desde Cristo Redentor del cuerpo" 23
P. José Granados García

"El misterio del hombre, clave en el pensamiento de Juan Pablo II" 35
P. Cipriano Sánchez García, L.C.



DIMENSIÓN HUMANA

"Viaje al país del tesoro de la amistad" 46
P. Antonio Herrero, L.C.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

"El presbítero abraza el celibato como una gracia" 61
† Mons. José Rafael Palma Capetillo

"Porque se hace tarde y anochece. Dos grandes pastores nos hablan desde su corazón de padres de la Iglesia" 65
P. Luis Gerardo Fernández, L.C.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

ÍNDICE



DIMENSIÓN INTELECTUAL

"Relación entre ética y derecho" 69
P. Helkyn Enríquez Báez

"Lucidez y valentía de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI" 71
Hno. Cecilio Israel González Huerta, L.C.



DIMENSIÓN PASTORAL

"Los medios de comunicación social en la familia" 74
† Mons. José Rafael Palma Capetillo

"Objeción de conciencia ante leyes injustas" 77
P. Helkyn Enríquez Báez



ACTUALIDAD

"Coronavirus 2020: ¿Puerta o sinsentido?" 79
P. Juan Pablo Ledesma, L.C.

"¿Qué lecciones podemos aprender en estos momentos de la pandemia?" 85
P. Antonio Rivero, L.C.

"Criterios de esperanza y verdad para comunicar en tiempo de pandemia" 94
P. Helkyn Enríquez Báez

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

“Es bello ser el amor del Corazón de Jesús y de su Iglesia para los demás” 102
P. Adrián Lozano Guajardo

“Iglesia y Matrimonio” 107
† Mons. José Manuel Garita Herrera



TESTIMONIO

“Lo que es la ‘Maternidad Espiritual’ para una madre espiritual de los sacerdotes” 109
Lic. Lily María Bendaña de Montealegre

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López./ Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo/ Obispo Auxiliar de Xalapa, S.E.R. Mons. Carlos Enrique Samaniego López, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México P. Ignacio Andereggen, P. Salvador Valadez Fuentes, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Eduardo Muñoz, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.



AVISOS


PROGRAMAS NACIONALES
www.centrologos.org

Si lo que buscas es un espacio de silencio, oración y reflexión, estos son tus:

Ejercicios Espirituales

Para sacerdotes

"Sacerdote: Imita lo que tratas"

FECHA:
Del lunes 12 al 16 de octubre de 2020

Impartidos por
P. Roberto González, L.C.

Centro de Retiro Santa María de la Cascada en Amecameca
Costo: \$3,300.00 en habitación individual.
Registro: 13:00 hrs. del lunes

Llevar Estola, Alba, Liturgia de las horas y Biblia. Los Ejercicios concluyen hasta después de la comida del viernes








20 años



P. Roberto González, L.C.

- Nacido el 24 de Agosto de 1940 en Guadalajara
- Licenciado en Filosofía y en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma
- Doctor en Teología Moral y Bioética por la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma
- Profesor de Teología Moral General y Especial y de Bioética en la Facultad de Teología y de Bioética de la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma
- Profesor de Bioética por 4 años en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Nepi en Viterbo, Italia
- Párroco de la Iglesia de Sta. María Goretti y de San Francisco de Asís en la Diócesis suburbicaria de Porto Santa Rufina por 14 años
- Responsable del Archivo del Dicasterio de los Obispos en la Ciudad del Vaticano por 16 años bajo la Prefectura de los Cardenales Gaetano Confalonieri, Sebastiano Baggio y Bernardin Gantin

Contacto:

Gabriela Sordo

Asistente General y Coordinadora de Programas Nacionales
Centro Sacerdotal Logos

logos@caesc.com

(55) 55.20.54.11

(55) 55.20.55.85

Cel: (55)17298670

www.centrologos.org

Síguenos:

 Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000,
Ciudad de México



A cien años del nacimiento de san Juan Pablo II, ‘el Papa de la familia’: la gran lección de amor de san Maximiliano María Kolbe, ‘mártir de la caridad’ y ‘don para la familia



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Doctor en Filosofía
Licenciado en Teología Dogmática

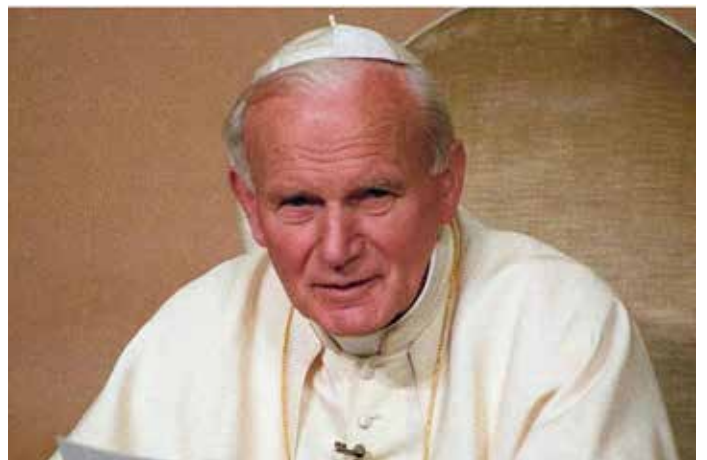
En el mes de mayo del presente año 2020 hemos conmemorado los 100 años del nacimiento de ese gran “don de Dios” –como lo llamara el P. Daniel-Ange- que fuera la vida y la obra de san Juan Pablo II, “el Papa de la familia”, como le llamó el Papa Francisco en la homilía de la Misa en la que se llevó a cabo su canonización, juntamente con la de san Juan XXIII, el día domingo 27 de abril de 2014 en la plaza san Pedro en Roma.

“El Papa de la familia”. Título que habría que completarlo así: “El Papa de la persona humana, del matrimonio y de la familia”. Porque en verdad este trotamundos fue un enamorado de esas tres instancias de lo humano. Ya desde sus primeras poesías de juventud manifiesta un sentido de suprema admiración y absoluto respeto ante el hombre, tanto en su dimensión simple mente humana -como ser que corona toda la creación, ápice de la misma (he ahí el registro filosófico de su obra)- como en aquella propiamente espiritual y divina, en cuanto no sólo creatura sino hijo de Dios (he ahí la dimensión netamente teológica de su pensamiento y su predicación, hablada o escrita), por lo que podemos decir que toda su producción escrita y su predicación hablada, así como toda su existencia, fueron un anuncio límpido, poderoso, valiente e integral del Evangelio de Jesucristo, que es la ‘Buena nueva’ sobre el hombre.

Sí “El Papa de la familia”, pero también “El Papa de la persona humana y del matrimonio” necesariamente. Esto

porque el hombre nace del matrimonio; viene, surge en el matrimonio; es fruto de aquél. Y, al mismo tiempo, el hombre nace, viene, es acogido, se desarrolla, crece, se forma, se ‘construye’ en la familia, cuya base y fundamento es precisamente el matrimonio. El matrimonio entendido de la única manera en que se puede y se ha de entender: la unión entre un hombre y una mujer de manera total, exclusiva y permanente a lo largo de toda la vida –es decir indisoluble-; esto no habiendo impedimento alguno que nulifique tal intención y decisión libre y absolutamente sincera por amor.

Por lo tanto, susodichas ‘instancias’ o dimensiones del ser y del hacerse humano se implican mutuamente, al igual que también se condicionan. Se complementan.



» ARTÍCULO ESPECIAL

Se necesitan una a la otra. El hombre simplemente no existe sin el matrimonio que lo genera; sin el elemento masculino y femenino; o para ser más concretos: sin el gen femenino y el gen masculino. Más no basta, para lo humano, el que dos genes complementarios se unan¹. Y tampoco basta que se unan hombre y mujer -con la intención de amarse y permanecer unidos para siempre, durante toda la vida y con sentido de exclusividad e indisolubilidad- y constituyan en sí el fundamento de la familia si no están, de hecho, e *in concreto*, abiertos a la vida, es decir abiertos a la familia. Es por eso que



la relación conyugal íntima, en cada uno de sus actos particulares, ha de estar, en efecto, abierta a la vida²; sólo así es respetada en su plenitud la dignidad de la persona humana, pues sólo así se respeta realmente esa su totalidad e integridad la doble dimensión del hombre: física y espiritual; mismas que, ambas, piden, exigen la 'relacionalidad' para poder realizarse, para poder *cumplirse*; es decir para poder ser llevadas a su plenitud, a su plena *realización y cumplimiento*. Sólo así cumple su fin el matrimonio, la persona humana -repito- en su relación más grande, más profunda, más íntima, la cual es reflejo de la unidad y relacionalidad personal intratrinitaria de Dios mismo, del Dios Trinidad, que es un sólo Dios -una única Substancia Divina- en Tres Personas, desde toda la Eternidad³.

Esta verdad humano-divina fue afirmada con fuerza por Juan Pablo II en sus catequesis sobre el amor humano -así llamadas por el mismo Juan Pablo II "Teología del cuerpo"-, cuando decía que el hombre es imagen de Dios más en el momento de la comunión que en el momento de la soledad.

Todo esto que venimos diciendo, de manera somera y necesariamente sintética, es algo que estuvo en el centro de la enseñanza y la labor pastoral de Karol Wojtyła -

¹De hecho eso se da en la fecundación artificial o fecundación in vitro (FIVET), contraria a la dignidad humana, sea aquella homóloga o heteróloga, aunque esta última es aun más opuesta a la dignidad de la persona humana, sea la dignidad de la persona que viene a la vida, así como la persona de los padres mismos, sea biológicos o, cuando no lo son, por un supuesto 'derecho' -lo cual es más bien no de *iure* sino simplemente de *facto*, porque el derecho auténtico respeta a la persona humana en su totalidad, que es la unión del cuerpo y del alma, de la dimensión biológica y material con la dimensión inmaterial, es decir espiritual: o sea la "unidad substancial" de la que hablaba ya Aristóteles y que santo Tomás de Aquino consagró en la filosofía católica, y más en concreto en el ámbito de la antropología. Y cuando el Derecho no respeta al hombre en su total integridad o integridad total, deja de serlo, pierde su esencia.

²Esto en el sentido de que no se debe poner ningún medio artificial o artificioso para evitar la fecundación. No se deben admitir "intrusos" en el acto más íntimo, más personal-relacional que existe en el mundo de lo humano y de las inter-relaciones humanas, además de ser el acto humano más sagrado en cuanto co-participación del mismo poder y acto de Dios Creador. Por otra parte, como bien es sabido, los métodos naturales consisten en el conocimiento y utilización de lo que de hecho está en la misma naturaleza humana así dispuesto por Dios, por lo que el recurso a éstos, no para "evitar" sino "espaciar" los nacimientos por causas justas y no egoístas e instrumentalistas, es lícito, precisamente por el hecho de que tales "métodos" -que en realidad no son sino "constataciones" de la realidad, de la maravilla del cuerpo humano, y en concreto de los órganos generativos, y éstos en su inserción en la totalidad del cuerpo humano, y más aun en la totalidad de la persona humana-. En este caso se trata de un conocimiento humano y un proceder *more humano*, es decir de manera humana, según la propia naturaleza y en el respeto de ésta.

³Cabe resaltar aquí la doctrina de san Atanasio, santo padre y doctor de la Iglesia, gran defensor de la divinidad de Jesucristo, así como de la correcta comprensión del misterio de la Santísima Trinidad. Para constatar la profundidad, claridad y potencia de su palabra en la defensa de estas verdades dogmáticas, basten su tratado cristológico "*De incarnatione verbi*" así como algunas de sus cartas, especialmente su primera carta a Serapión (cfr. PG 26; especialmente 594-595. 599).



Juan Pablo II desde que era un joven sacerdote. Ya en entregas anteriores para *Sacerdos* hemos hablado de todo ello y entonces hemos podido ahondar un poco más en ese sentido de cómo tanto las enseñanzas como los hechos de la vida de este gran regalo de Dios para la Iglesia y la Humanidad que fuera Karol Wojtyła – Juan Pablo II demuestran fehacientemente el hecho de que el hombre, el matrimonio y la familia fueron siempre el objeto de su constante meditación, preocupación y ocupación.

En fin, sirvan estos breves párrafos para unir susodichos artículos al presente, que quisiera recordar unas palabras que pronunciara san Juan Pablo II ya entrado el año 2001 -a los albores del presente Tercer Milenio que apenas hace 20 años estrenábamos; de igual manera, 20 años después de su estreno, el último siglo del pasado milenio, como decíamos antes, daba la bienvenida a la vida a este gran “don de Dios” y prodigio de persona humana y de cristiano que sería precisamente Karol Wojtyła – Juan Pablo II-. Se trata del ángelus del 15 de agosto del 2001, día de la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María al cielo, y que por una bella y significativa coincidencia ese año caería en domingo, día del Señor, es decir de la Resurrección de Jesucristo. Por lo demás, bien sabemos que en los planes de Dios no hay coincidencias, sino que todo es providencial. El motivo del porqué comentar las palabras que en esa ocasión pronunció Juan Pablo II en la plaza san Pedro en Roma es que se refirió a san Maximiliano María Kolbe como “don para la familia”: dos palabras preponderantes y esenciales en el vocabulario del Papa polaco. Mas antes de recordar ese discurso papal, recordemos brevemente quién fue el santo padre Kolbe.

El padre Kolbe fue beatificado en 1971 por Paulo VI y canonizado por su compatriota Juan Pablo II en 1982. Su fiesta y memoria litúrgica se celebra justamente el 14 de agosto, vísperas de la Asunción de María al cielo, día de su nacimiento al cielo. Es decir, en su discurso dominical previo al ángelus el Santo Padre pensaba también en la memoria litúrgica del día anterior, dedicada al “mártir de la caridad”, como llamara a este gran santo el Papa Juan Pablo II en la homilía de su canonización. El padre Kolbe había muerto en el bloque 11 de Auschwitz en 1941, en la así llamada “celda del hambre”. El hecho de haber muerto ya en las vísperas del Día María Asunta al cielo



seguramente se trató de un regalo del Señor para quien había sido el gran “caballero de la Inmaculada”, como quiso siempre serlo él. ¡Y vaya que en verdad lo fue!

Por lo demás, la relación entre la fiesta de la Madre de Dios como “Inmaculada Concepción” y su “Asunción al cielo en cuerpo y alma” es total y absoluta, como, de hecho, lo es la relación entre todos los dogmas marianos. En efecto, sólo podría ascender al cielo sin pasar por la corrupción de su cuerpo aquella que había sido concebida sin el pecado original, como privilegio único de Dios a la mujer que lo habría de engendrar a este mundo y así permitiría su entrada real y verdadera en el universo de los hombres: “En todo fue probado igual que nosotros, excepto en el pecado”, se nos dice en la Carta a los Hebreos (4, 15). Por lo demás, como nos enseña el dogma mariano, María no sólo fue virgen “antes, en y después del parto”, sino que fue también inmaculada, es decir sin “mancha” de pecado, antes (en el pensamiento de Dios: ¡María es el único ser humano que Dios ha pensado desde su Eternidad sin pecado!), en (el momento de su concepción) y después, durante toda su vida terrena, desde su nacimiento hasta su “dormición” (otro término con la cual sobre todo la teología mariológica oriental denomina la ascensión de María al cielo; de hecho, la fiesta de “la dormición de maría” se celebraba en Oriente muy probablemente ya en el siglo V) o “paso” o “elevación” al cielo. Más aun, podríamos decir que ese signo, el que el P. Kolbe muriera en dicha fecha mariana, también se presentaba como un signo de la ascensión de su alma al cielo, ya más que purificada por los sufrimientos físicos y morales por



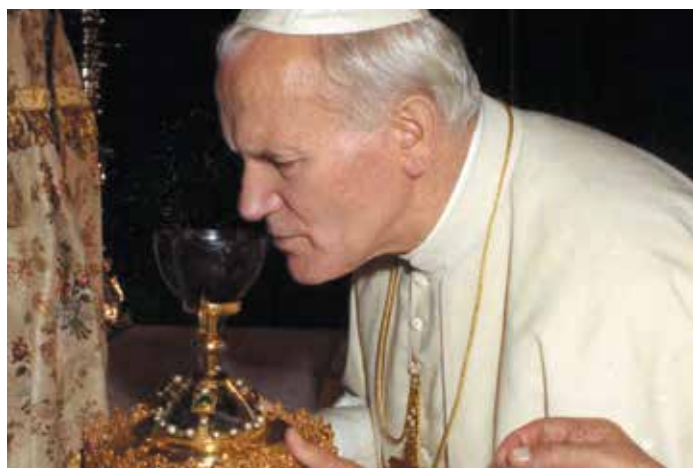
amor a Cristo y por amor al prójimo por los que pasó en su vida, dado que desde joven tuvo problemas de salud, y no se diga ya cuanto sufrió durante su vida religiosa y, sobre todo, durante los últimos días de su vida, en la consumación de su martirio en Auschwitz.

“Caballero de la Inmaculada”: ése también sería el título de la revista que publicaría el padre Kolbe, primero en Polonia, cerca de Varsovia, en un convento que a la vez era una gran imprenta-editorial, en donde poco tiempo después se contaría también con una estación de radio. El padre Kolbe llamó a todo ese complejo religioso y de apostolado precisamente “la ciudad de la Inmaculada” (en polaco “*Niepokalanów*”)⁴, en donde más de 800 hermanos frailes, y unos 13 sacerdotes que los atendían sacramental y espiritualmente, se encargaban de producir una revista cuyo nombre era precisamente “El caballero de la Inmaculada” (“*Rycerz Niepokalanej*”) la cual tenía en 1939 un tiraje aproximadamente de 700,000 ejemplares⁵ o poco más –¡mas, en algunas ocasiones se llegaron a imprimir un millón de ejemplares!-, y la cual constituía el principal medio para dar a conocer a la Virgen María y promover el amor y devoción a Ella como respuesta a la pérdida de fe y esperanza que se comenzaba a vivir en aquellos tiempos que siguieron a la

⁴“Una extensa área libre para la construcción de una gran basílica de la Inmaculada. Un complejo editorial [que comprendía]: la redacción, la biblioteca, la tipoteca, el taller de los linotipistas, la cincografía con los laboratorios fotográficos, las tipografías [...] y además las distintas secciones de la encuadernación, de los almacenes y de los envíos. El ala izquierda [...] incluía, en diferentes edificios, la capilla, las dependencias de los religiosos, el postulante, el noviciado, la dirección general, la enfermería y, a cierta distancia, la gran central eléctrica. Además, distribuidos por todas partes, los talleres de los herreros y de los mecánicos, los talleres de los carpinteros, de los zapateros, de los sastres, así como los depósitos de los albañiles y las grandes cocheras para el cuerpo de bomberos. Pero todavía no hemos terminado: además había un parque de maquinaria, una pequeña estación ferroviaria, con vía de empalme con la vía pública y estatal; incluso estaba previsto un aeródromo con cuatro aviones sin motor y un proyecto de estación de radiotransmisión. Por todas partes había gruesos troncos de árboles, depósitos de madera, tubos y toda clase de materiales de construcción”. Así describe la “Ciudad de la Inmaculada” el P. Antonio María Sicari (“Retratos de santos”, Ediciones Encuentro, 1994, pp. 81-82).

⁵Además de esta revista, imprimían otra revista infantil, cuyo nombre era “Pequeño caballero” (“*Mały Rycerzyk*”).

⁶Por lo demás, el P. Kolbe hacía ver claramente la relación existente entre el comunismo y el sionismo internacional. Escribiendo en un calendario que la editorial de su organización la “Milicia de la Inmaculada” publicó en una edición de un millón de ejemplares en 1939, el padre Kolbe dijo: “El comunismo ateo parece rabiar aún más salvajemente. Su origen puede ubicarse fácilmente en esa mafia criminal que se llama a sí misma masonería, y la mano que está guiando todo eso hacia un objetivo claro es el sionismo internacional, lo que no debe entenderse como que incluso entre los judíos no se puede encontrar gente buena”. Es un hecho que los periódicos que publicaba el P. Kolbe trataban temas que tenían que ver con los judíos, como el hecho de la trama sionista para dominar al mundo. Es también por eso que los judíos no consideran al padre Kolbe como “justo entre las naciones”, ya que ante su canonización, así como a lo largo de los años 80’s, hubo muchas acusaciones de antisemitismo contra el P. Kolbe. Posteriormente seguirían dichas críticas, entre las cuales las del conocido filósofo Slavoj Žižek. Sin embargo, lo que el padre Kolbe denunciaba eran las maniobras reales de los grupos de poder para dominar al mundo, más siempre manteniendo no sólo un sumo respeto por toda persona humana, sino una real, auténtica y concreta caridad. Los hechos hablan por sí mismos: durante la segunda guerra mundial el monasterio del P. Kolbe, la “Ciudad de la Inmaculada” acogió a refugiados judíos ya desde los inicios de aquella. Según el testimonio de un local: “Cuando los judíos vinieron a mí pidiendo un pedazo de pan, le pregunté al padre Maximiliano si podía dárselos con buena conciencia, y él me respondió: ‘Sí, es necesario hacer esto, porque todos los hombres son nuestros hermanos’”. Por lo demás, los anglicanos sí tienen por un gran santo y mártir a san Maximiliano María, tanto así que para ellos es uno de los diez grandes mártires del siglo XX, mismos que están representados en las estatuas que adornan la gran puerta oeste de la abadía de Westminster, en Londres.



desolación que trajo consigo la primera guerra mundial y su posteridad. En efecto, ya cuando estudiaba en Roma, el P. Kolbe se dio cuenta de la fuerza de la masonería –y al lado de ésta, todas las demás fuerzas contrarias a la Iglesia de Cristo, como el comunismo⁶-, y de cómo aquélla le tenía jurada batalla a ésta, ya que palpó de primera mano la forma abierta en que dicha organización secreta se ensañaba contra ésta. Al respecto escribié: “¿Es posible que nuestros enemigos trabajen tanto hasta prevalecer, y nosotros permanezcamos ociosos, o como máximo rezando, pero sin entrar en acción? ¿Acaso no tenemos armas más poderosas, como la protección de la Inmaculada? La sin mancha, vencedora de todas las herejías, vencerá al enemigo que levanta la cerviz: la masonería y otros siervos de Lucifer”.

En ese sentido, en 1917, con motivo del 75º aniversario de la conversión al catolicismo del judío francés Alfonso de Ratisbona –quien después se haría jesuita y fundaría la congregación “Nuestra Señora de Sión”, cuyo objetivo era la conversión de los judíos al catolicismo-, el P. Kolbe fundó una asociación pía de fieles llamada “Milicia de la Inmaculada”, cuyo fin era lograr la conversión de los

pecadores, herejes, cismáticos, infieles y, especialmente, de los masones, así como la santificación de sí mismos como sacerdotes y religiosos, y en realidad la santificación de todos los hombres bajo el patrocinio de la Bienaventurada Virgen María Inmaculada.

Como vemos, Maximiliano María percibía muy bien, de algún modo proféticamente –de hecho, algunos hechos de su vida indican que poseía en algún grado el don de profecía-, esa lejanía de Dios, ese darle la espalda a Dios de parte de occidente, lo cual, en efecto, por desgracia, no ha ido sino pronunciándose y afianzándose en nuestras sociedades; y, de hecho, ya no sólo occidentales, pues el fenómeno está más o menos generalizado en el mundo.

A ese respecto, san Juan Pablo II, en su último libro, “Memoria e identidad” –que fue un “best-seller”, como prácticamente todos los otros libros que escribió como Papa-, publicado en el 2005, hablará de “las grandes devastaciones” de las guerras mundiales y de los demás conflictos del siglo XX. Mas no sólo ni principalmente se refería el Papa a las “devastaciones materiales”, producto de las armas de destrucción masiva, sino también de las grandes “devastaciones espirituales” que se dan en la conciencia de las personas, pues él mismo comentaba ahí lo que a su vez le platicaban, no sin gran pesar y zozobra, los Obispos de Europa –de manera especial de la Europa del Este-, donde pueblos enteros habían sido sometidos a las ideologías y a las dictaduras producto de aquéllas; de manera especial pensaba en la ideología atea y anti-humana que sostiene el comunismo, sistema ignorante e irrespetuoso de la dignidad de la persona humana y esclavizador del hombre⁷.

Sin duda tales “devastaciones” no sólo no han disminuido, sino que bien podríamos afirmar que se han agudizado en estos años posteriores a la muerte del gran Juan Pablo II, tanto en Europa como en otros continentes; no se diga

⁷Alargando el alcance de dicha frase de san Juan Pablo II, podríamos decir simplemente que ‘no todo lo que es posible es bueno’, al contrario de como piensa una filosofía de la libertad desligada de la verdad, y la cual afirma que no existe una naturaleza humana, una esencia que preceda la existencia, sino pura existencia, la cual, en última instancia, es pura libertad, como es el caso del existencialismo ateo de Sartre, en particular, o bien la filosofía de la vida que trasciende supuestamente los valores, como fue la propuesta de un Nietzsche, que afirmó que “Dios ha muerto” y que el “súper hombre” (“*übermensch*”) es aquél que se decide por situarse “más allá del bien y del mal”, erigiéndose no sólo en poseedor sino en creador de la verdad misma. Y, sin embargo, podríamos quizás afirmar que las ideologías que más han socavado la cultura general actual son precisamente las de esos dos pensadores nefastos –juntamente con las ideas de Schopenhauer, de quien Nietzsche, de hecho,

ARTÍCULO ESPECIAL

ya en América Latina. Las ideologías se han hecho quizás menos devastadoras en lo exterior, en lo material, puede ser; sin embargo, hoy son mucho más devastadoras al interior del hombre, en su conciencia. En efecto, es un hecho que vivimos hoy día una verdadera crisis antropológica generalizada. Se han perdido los referentes mínimos a la naturaleza humana auténtica, y por tanto a la ley natural, de la cual ya casi ni se habla. "No todo lo que es posible técnicamente, es lícito moralmente", solía repetir san Juan Pablo II; él, que era un experto en Ética, materia de la que fue profesor en Polonia durante muchos años. En efecto, para él, el hombre *se cumple a sí mismo* en esa dimensión ética, moral, por la que obedece precisamente a la ley natural, que no es, en definitiva y en última instancia, sino la expresión de la Ley Eterna en la naturaleza del hombre. Con aquella frase Juan Pablo II se refería más directamente a los experimentos sobre la persona humana, los cuales se venían llevando a cabo hacia varios decenios gracias al avance de la técnica y la tecnología; por otra parte, tenía presente también los experimentos "eugenésicos" llevados a cabo con seres humanos por parte de la ideología y dictadura diabólica nazi⁸.

Y es en medio de ese "mundo roto" –para decirlo con Gabriel Marcel- que ya se avizoraba en los años entreguerras, y de manera especial se hace patente con toda su fuerza ya en medio de la segunda guerra mundial, y de manera especial en las ideologías totalitarias que la provocaron, cuando la Providencia hace surgir ese otro milagro de la gracia –como lo fue

también su compatriota Karol Wojtyła – Juan Pablo II- que fuera Maximiliano María Kolbe, ese buen sacerdote fraile conventual –vistió el sayal franciscano a los 16 años-, nacido en 1894 en Zduńska Wola, cuando Polonia era parte del imperio ruso; nació de padre alemán y madre polaca, matrimonio que tendrían cinco hijos, dos de los cuales morirían a tierna edad y los otros dos también serían, como Maximiliano María, franciscanos conventuales. Francisco, el hermano mayor, estuvo un tiempo en el convento, pero lo abandonó pronto; al igual que Maximiliano María, moriría en Auschwitz, en 1943. Nuestro beato era el segundo de los hijos. José, el tercero de los hermanos, sería el guardián del convento, en donde murió. Raimundo (ése era el nombre de pila del beato; en polaco "Rajmund") era un joven inquieto tanto en lo espiritual como en la intelectual, pues se



toma bastante, y el cual, al igual que éste, han tenido una especie de "revival" en el "humus" cultural, o mejor dicho *anti-cultural y anti-natural actual*- que tanto mal han hecho al hombre con sus postulados idealistas y materialistas a la vez, ideas que daban como resultado el caldo de cultivo de la confusión hodierna en las ideas y formas de vida que se iban imponiendo más y más sobre todo en occidente en aquellos años, y que hoy por desgracia prevalecen en una buena parte de nuestra "aldea global". Baste pensar en todas esas manifestaciones en estilos de vida *contra natura* que las ideologías, encarnadas en organismos internacionales como la ONU y la UNESCO, así como la Banca Mundial, el Fondo Monetario Internacional, buscan imponer en el mundo, apoyados por las organizaciones ideológicas enemigas del hombre y de las instituciones que defienden la naturaleza humana (Masonería, Internacional Socialista, etc...), es decir una "antropología adecuada" –para decirlo con el mismo Juan Pablo II-, el matrimonio y la familia auténticos. Sería suficiente el mencionar la promoción de comportamientos homosexuales y sus derivados –los cuales no merecen otro calificativo que el de perversos y realmente patéticos-, así como el así mal denominado "matrimonio gay" ("gaymonio"); y no se diga ya esa verdadera aberración derivada de todo ello que es la adopción de menores por parte de tales parejas, lo cual contradice el concepto mismo de matrimonio y familia. En fin, por aberraciones hoy no paramos, sobre todo con esa locura que propone esa otra ideología nefasta que es el "gender" o "ideología de género" –que, por cierto, sus propugnadores ahora achacan a quienes la desenmascaran y hacen ver su total contradicción y maldad intrínseca que son éstos quienes se han 'construido' tal término para 'desacreditarlos'. En fin, creo recordar el título de una película de hace ya muchos años: "Este mundo loco, loco, loco".



interesaba mucho por la ciencia, sobre todo por la física, campo en el que demostró una gran capacidad de invención. En efecto, el padre Kolbe propuso ideas que predijeron futuros inventos y proezas humanas en base a la tecnología, como el hecho de pensar como realizable el viaje al espacio por parte del hombre, diseñando para ello una nave espacial, proyecto en que demuestra su gran habilidad para pensar en posibilidades más que adelantadas a su tiempo. En pocas palabras, el padre Kolbe tenía una mente de genio, sin duda; sin embargo, optó por poner esas sus capacidades especiales al servicio de Dios y de la evangelización del mundo, al seguir la Voluntad de Dios para él en su vocación al sacerdocio en la vida religiosa hasta el martirio.

La vocación de San Maximiliano María tiene su origen, a nivel humano, en un hecho que su propia madre narrará después de que su hijo muriese como mártir. Y dicho germen tiene que ver con que a 'Rajmund', apenas con doce años, se le apareció la virgen, como relata su madre: "Sabía yo de antemano, en base a un caso extraordinario que le sucedió en los años de la infancia, que Maximiliano moriría mártir. Sólo que no recuerdo si sucedió antes o después de su primera confesión. En una ocasión no me gustó nada una travesura que hizo, y se lo reproché: 'Niño mío, ¡quién sabe lo que será de ti!'. Después no le di más vueltas al asunto, mas observé que el muchacho había cambiado tan radicalmente, que estaba irreconocible. Teníamos un pequeño altar escondido entre dos roperos, ante el cual a menudo él se retiraba sin hacerse notar y rezaba llorando. En general tenía una conducta superior a su edad; siempre recogido y serio, y cuando rezaba estallaba en lágrimas. Estuve preocupada, pensando en que quizás se tratase de alguna enfermedad y le pregunté: '¿Te pasa algo? ¡Se lo tienes que contar todo a tu mamá!'. Temblando de emoción y con los ojos anegados en lágrimas, me contó: 'Mamá, cuando me regañaste, pedí mucho a la Virgen me dijera lo que sería de mí. Y volví a pedirle lo mismo en la Iglesia. Entonces se me apareció la Virgen, teniendo en las manos dos coronas: una blanca y otra roja. Me miró con cariño y me preguntó si quería esas dos coronas. La blanca significaba que perseveraría en la pureza y la roja que sería mártir. Contesté que aceptaba ambas. Entonces la Virgen me miró con dulzura y desapareció'".

Volviendo a la vida religiosa del padre Kolbe, éste se

mete de lleno en los estudios en Roma durante siete años, de 1912 a 1919, obteniendo dos doctorados, uno en filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana (1915) y otro en sagrada teología en el Colegio Seráfico Internacional (1919). Ya a su regreso a Polonia, será en 1922 que iniciará la publicación de la revista "El caballero de la Inmaculada", a la que ya nos hemos referido. La primera edición de la misma muestra precisamente a la Inmaculada, a la que flanquean dos espadas, una a cada lado de la Virgen, las cuales clavan hacia abajo – así está escrito literalmente- una a la "herejía", otra a la "masonería". El P. Kolbe dejará desde un inicio muy claro el objetivo de dicha empresa; escribe: "No olviden, muchachos, no se trata de ganar suscriptores, sino de salvar almas [...] Es muy importante que se imprima 'El caballero' en millones de ejemplares; pero es más importante que con él se envíe una oración, porque cada número ha de ser preparado con la oración, y con el postrarnos de rodillas".

Y así fue. Como también ya anotábamos, primero fundó el convento-imprenta en Polonia, en 1929, y después dio el gran brinco a oriente, llegando primero a Shangai, China, mas no pudo establecerse ahí, por lo que se trasladó a Japón, donde en mayo de 1931 fundó el monasterio de frailes conventuales de el "Jardín de la Inmaculada" ("Mugenzai no Sono") a las afueras de Nagasaki. Allí el P. Kolbe comenzó también la publicación de "El caballero de la Inmaculada" ("Seibo no Kishi"). Ahí, cuando en 1945 se lanzó en esa ciudad la bomba atómica, el monasterio quedó indemne, pues fue protegido por una montaña que separaba el lugar del barrio donde precisamente



» ARTÍCULO ESPECIAL

cayó la bomba y fue la explosión; hoy se trata de un lugar muy importante para la Iglesia católica de Japón.

En 1932 el P. Kolbe dejó el Japón para ir a India, donde fundó un monasterio más en Malabar (aunque dicho convento se cerraría poco después), y tras ese viaje a India el Maximiliano María regresó a Japón, para posteriormente regresar a Polonia con ocasión de un capítulo general de la orden en Cracovia, permaneciendo, después de éste, ya en Polonia. En el tiempo en que el P. Kolbe estuvo en Japón e India, en *"Niepokalanów"* se había comenzado a publicar un diario, el "Pequeño diario" (*"Maly Dziennik"*), en alianza con un el grupo político "Campo Nacional Radical" (*"Obóz Narodowo Radykalny"*), cuyo tiraje alcanzó los 137,000 ejemplares, y casi el doble, 225,000, los fines de semana. Por otra parte, fue en 1938 cuando la "Ciudad de la Inmaculada" pasó a tener su propia emisora de radio, "Radio Ciudad de la Inmaculada" (*"Radio Niepokalanów"*). Como vemos, el celo apostólico del P. Kolbe y sus discípulos era incansable.

Tras el inicio de la segunda guerra mundial, en 1939, el P. Kolbe fue uno de los frailes que permanecieron en el monasterio, donde organizó un hospital temporal. Cuando la ciudad fuera capturada por los alemanes, fue arrestado el 19 de septiembre de 1939, aunque posteriormente le dejaron en libertad, el 8 de diciembre. Maximiliano María rechazó inscribirse en la lista de gente alemana (*"volksliste"*), lo que le habría dado los mismos derechos que a los ciudadanos alemanes, por contar él con origen alemán de parte de su padre. Tras su liberación continuó sus labores como fraile junto con otros, a quienes organizó para dar refugio a mucha gente, entre la cual se contaban 2,000 judíos, a los cuales salvó de la persecución alemana en el monasterio. El P. Kolbe recibió permiso para continuar publicando obras religiosas, mas con mucho menor difusión. Sin embargo, aprovechó para editar algunas publicaciones contrarias al nazismo, en orden a alentar a la gente contra esa ideología perversa. Así procedió el P. Kolbe durante poco más de un año, hasta que el 17 de febrero de 1941 el monasterio fue cerrado por las autoridades alemanas, y ese mismo día el P. Kolbe y otros cuatro frailes fueron arrestados por la Gestapo en la cárcel de Pawiak. El 28 de mayo fue transferido al campo de concentración de Auschwitz como el prisionero con el número 16670. Ya

en el campo de concentración, al continuar actuando como sacerdote, Kolbe fue objeto de hostigamiento violento, incluidos golpes y azotes. Mas no dejó de ofrecer su servicio como sacerdote nunca. En verdad que su celo por la salvación de las almas no tenía límites. De hecho, en una ocasión tuvo que ser llevado, por medio de subterfugios de amigos reclusos, a un hospital penitenciario.

Así las cosas, se llegó el día de su condena, la cual fue de la siguiente manera. El coronel Karl Fritzsch, quien era el jefe de las SS (policías nazi) en Auschwitz, había establecido la norma de que cuando un prisionero se fugara se castigaría a diez, destinándolos a morir de hambre en una celda destinada para ello. He ahí que en julio de julio de 1941 el prisionero Zygmunt Pilawski se fugó, por lo que, conforme al mandato de Fritzsch, el oficial de las SS seleccionó a 10 presos. Uno de los prisioneros del campo, el sargento polaco Franciszek Gajowniczek, de 40 años de edad, quien había luchado contra los alemanes en la invasión nazi en 1939, narró así su experiencia del hecho: "Yo era un veterano en el campo de Auschwitz; tenía en mi brazo tatuado el número de inscripción 5659. Una noche, al pasar los guardianes lista, uno de nuestros compañeros no respondió cuando leyeron su nombre. Se dio al punto la alarma: los oficiales del campo desplegaron todos los dispositivos de seguridad; salieron patrullas por los alrededores. Aquella noche nos fuimos angustiados a nuestros barracones. Los dos mil internados en nuestro pabellón sabíamos que nuestra alternativa era bien trágica; si no lograban dar con el que se había escapado, acabarían





con diez de nosotros. A la mañana siguiente nos hicieron formar a todos los dos mil y nos tuvieron en posición de firmes desde las primeras horas hasta el mediodía. Nuestros cuerpos estaban debilitados al máximo por el trabajo y la escasísima alimentación. Muchos del grupo caían exánimes bajo aquel sol implacable. Hacia las tres de la tarde nos dieron algo de comer, para después volver a la posición de firmes hasta la noche. El coronel Karl Fritzsch volvió a pasar lista y anunció que diez de nosotros seríamos ajusticiados”.

A la mañana siguiente, Gajowniczek fue uno de los diez elegidos por el coronel Fritzsch para ser ajusticiados en represalia por el escapado. Cuando Franciszek salió de su fila, después de haber sido señalado por el oficial, empezó a pedir clemencia, refiriéndose al hecho de que era casado y tenía hijos. Entonces, el P. Kolbe, que se encontraba cerca de este prisionero en cuestión, pudo escuchar sus ruegos, y entonces dio un paso al frente y, dirigiéndose al oficial, le dijo que quería ocupar el lugar de aquel hombre: “Yo no tengo a nadie. Soy sacerdote católico”. “Yo no tengo a nadie”: no tenía a nadie porque, en realidad, tenía a todos. Aquel sacerdote era muy consciente de su entrega a Dios por medio de su entrega al prójimo. Sí, tenía muy presente aquellas palabras que escucha todo ordenando el día de su consagración y configuración con Cristo, Único Sumo y Eterno Sacerdote: “Da, te rogamos, Padre omnipotente, a este siervo tuyo, la dignidad del Presbiterio; renueva en sus entrañas el espíritu de santidad para que alcance, recibido de ti, oh Dios, el cargo del segundo mérito [segundo grado del sacerdocio ministerial] y muestre

con el ejemplo de su conducta, la severidad de las costumbres”. Sí, sin duda tenía muy presente la obligación esencial del sacerdote, la cual se expresa lo que, en el rito actual de la ordenación, el Obispo ordenante dice al recién consagrado sacerdote: “Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”.

Posteriormente, los diez prisioneros fueron introducidos a la “celda del hambre” en aquel terrorífico bloque número 11 el 31 de julio. Bruno Borgowiec, ayudante del celador de la celda, dijo que durante aquel tiempo, el padre Kolbe guiaba a los prisioneros en la oración, rezaban el rosario y cantaban a la Virgen María; cuando se asomaban a la misma, encontraban siempre en medio al P. Kolbe de rodillas o de pie. Después de estar privados de agua y comida durante dos semanas, sólo Kolbe seguía vivo. Dado que los guardias ya querían ya vaciar la celda y deshacerse de todos los cuerpos, asesinaron al P. Kolbe con una inyección de fenol. Era precisamente un día 14 de agosto; sin embargo, los cuerpos fueron incinerados en el crematorio del campo al día siguiente, es decir justo el 15 de agosto, día de la Asunción de María Santísima al cielo. He ahí ese “signo” al que nos referíamos antes.

El camino de Maximiliano María a los altares siguió este itinerario en sus fechas más importantes: el 12 de mayo de 1955 fue reconocido por el Vaticano como Siervo de Dios; declarado venerable por el papa san Pablo VI el 30 de enero de 1969 y beatificado como confesor de la fe por el mismo papa en 1971. Finalmente sería canonizado, como ya anotábamos, por Juan Pablo II el 10 de octubre de 1982; en dicha ceremonia el Papa declaró a san Maximiliano María Kolbe como confesor y mártir de la caridad, salvando así la corona del martirio para el P. Kolbe, ya que el tema había sido objeto de largas controversias, pues el abogado del diablo en la causa, así como otras voces eclesiales, argumentaban que si su muerte no había tenido como motivo el odio a la fe, lo cual, hasta entonces, había sido señalada como la causa esencial para confirmar la cualidad de mártir a un santo. Es por eso que el Papa Pablo VI había reconocido dicha distinción en la beatificación del Padre Kolbe, nombrándole confesor y dándole el título no oficial de “mártir de la caridad”, pues, en efecto, aquel

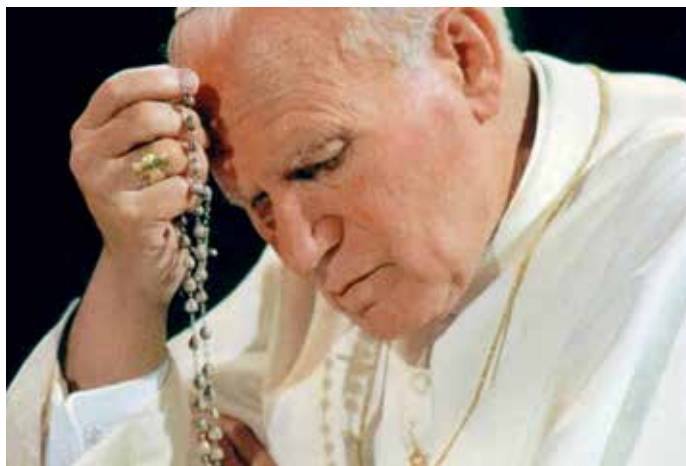


» ARTÍCULO ESPECIAL

hecho de vida suyo en Auschwitz había sido un auténtico acto heroico motivado por la caridad. Sin embargo, el Papa Juan Pablo II anuló la comisión que Pablo VI había establecido y que estaba en lo dicho: no se trataba de martirio sino de caridad heroica. Al empeñarse Juan Pablo II en mostrar que sí se trataba de un verdadero y auténtico martirio, apuntaba al hecho de que el odio sistemático de los nazis hacia categorías enteras de la humanidad era ya en sí odio a la fe religiosa, y de manera muy particular a la fe cristiana, por cuanto ésta enseña sobre la dignidad de todo hombre a los ojos de Dios, al ser aquél imagen y semejanza de Éste. Por tanto, Juan Pablo II concluiría que la muerte de Kolbe equivalía a ejemplos anteriores de martirio religioso, imponiéndose finalmente el título de mártir a Maximiliano María Kolbe de forma oficial, aunque se conservara la precisión "de la caridad".

Hay varios hechos bellos y significativos en ese camino del P. Kolbe hacia la proclamación oficial de su santidad: el mejor testigo de aquel acto de amor heroico y de verdadero martirio, Franciszek Gajowniczek, ese soldado polaco que fuera salvado por el P. Kolbe al tomar éste su lugar en la condena a morir de hambre, fue invitado por el papa Pablo VI a la ceremonia de beatificación de Maximiliano María en 1971. En 1972 se organizó una gran peregrinación a Auschwitz para dar gracias del hecho, y él, Franciszek, se contaba entre los peregrinos. Así mismo, fue invitado por el papa Juan Pablo II a la canonización del P. Kolbe en 1982. Y cabe destacar que Gajowniczek dedicó el resto de su vida a promover la memoria de san Maximiliano Kolbe por todo el mundo.

Ahora volvamos a aquel ángelus con el Papa Juan Pablo II el 14 de agosto del 2001. Por cierto, que ese año 2001, fue declarado como "Año San Maximiliano María Kolbe" por el senado polaco, a los 60 años de su martirio, coincidencia que Juan Pablo II también comentará en sus palabras. Comenzaba así el Papa diciendo: "¡Resplandece la Reina Señor, a tu derecha!". Así canta hoy la Iglesia, mientras admira exultante el evento prodigioso de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al cielo": así comenzaba sus palabras el Papa aquel día. Y luego comentaba que dicha solemnidad, "puesta colocada en el corazón del verano", constituía "una ocasión propicia para meditar sobre las realidades que sobrepasan la existencia terrena". ¡Qué mejor



manera de encuadrar también lo que diría después sobre san Maximiliano María! Pues qué duda cabe que este "mártir de la caridad", vivió sí con los pies bien puestos en este mundo, pero, por la fe, con el corazón y la mirada puesta en el cielo. De hecho, es de ahí que sacó las fuerzas para vivir de fe y de amor durante toda su vida, de manera especial durante esas dos semanas de agonía por inanición por amor, por puro amor a Dios demostrado vehementemente en el amor total y heroico al prójimo.

El Papa insistirá: "Contemplando a la Virgen en la gloria celestial, comprendemos mejor que el empeño y las fatigas de cada día no deben absorbernos totalmente, porque el horizonte de la vida no se limita la tierra". Y después, para ligar la fiesta hodierna a su comentario sobre san Maximiliano María, añadirá: "En Ella, que hoy resplandece de luz, vemos realizarse plenamente cuanto el Padre celeste promete a quien generosamente lo sirve, alargando la propia fidelidad, si fuera necesario, hasta el don supremo de la propia vida". Y entonces entra de lleno a hacer, de manera admirable, esa estupenda relación existente entre la fiesta mariana de la Asunción con el martirio del P. Kolbe y con el gran don de la familia. Dirá el Papa: "Testigo valiente de esta fidelidad fue san Maximiliano Kolbe, cuya fiesta celebramos ayer. Él siempre se ha inspirado en María, a la que le gustaba llamar 'dulce Madre'. Digno hijo espiritual de san Francisco, murió el 14 de agosto de 1941, justo en la vigilia de la solemnidad de la Asunta, en el tan tristemente conocido bunker del hambre en Auschwitz".



Y continúa diciendo Juan Pablo II: “Este año se celebra el sexagésimo aniversario de su dramático y heroico martirio. Después de indecibles sufrimientos, fue ultimado con ‘una inyección de ácido venenoso en su brazo izquierdo’ –como refiere el parte de quien ha constatado su muerte-, y su cadáver fue quemado, el día después, en los hornos crematorios. Se había ofrecido con total decisión a cambio de un padre de familia que gritaba: ‘¡Mi esposa, mis hijos! ¡No los volveré a ver!’. Ese su gesto extraordinariamente generoso puede ser simbólicamente considerado un ‘don para la familia’, cuya misión fundamental en la Iglesia y en la sociedad él tenía muy presente. A ese propósito escribió: ‘el amor mutuo de personas que se unen para formar una familia es un eco auténtico del amor divino’”⁸.

Tal afirmación de san Maximiliano María, el mismo Karol Wojtyła compartía totalmente; bastaría repasar sus catequesis sobre el amor humano, predicadas en san Pedro en Roma durante las audiencias de los miércoles de 1979 a 1984, a las que ya nos hemos referido antes, y que sobre todo ahondan, amplían y defienden la enseñanza tradicional de la Iglesia en materia matrimonial, y de manera especial la encíclica “*Humanae vitae*” de Pablo VI. De hecho, ya en sus primeros tratados sobre la familia esa gran verdad queda más que asentada, como en “Amor y responsabilidad”, del 1960, que es un estudio de moral sexual (amor, matrimonio, procreación, familia, castidad...) según la tradición de la Iglesia con un énfasis especial en el valor y dignidad de la sexualidad humana. Y no se diga ya antes en su obra de teatro “El taller del orfebre”, publicada por primera vez en 1956, la cual versa directamente sobre el amor humano y matrimonial en sus diversas posibilidades, potencialidades y riesgos. Por lo demás, también ya en algunas de sus poesías de juventud es abordado el tema del amor humano desde diversas perspectivas; y en este ámbito de lo poético especial mención merece la segunda parte. de sus poesías recogidas en “Tríptico Romano”, publicadas en 2003 – por tanto, apenas dos años antes de morir-, la cual lleva como título “Meditaciones sobre en el libro del Génesis en el umbral de la Capilla Sixtina”, y que constituye una profunda reflexión sobre el hombre, imagen de Dios -en



sus dos únicas formas de ser humano: hombre y mujer-, desde la Creación hasta el Juicio Final, inspirándose en la impactante serie de imágenes de Miguel Ángel que presenta esa sala vaticana en la que se lleva a cabo el “cónclave” –es decir “con llave”- o reunión “a puerta cerrada” en la que los cardenales eligen a un Papa.

Después de citar dicha frase de san Maximiliano María, Juan Pablo II seguía relacionando al santo con el tema de la familia recordando el apelativo que él mismo le había dado en la homilía de la ceremonia de su canonización: “Que la memoria de este ‘mártir de la caridad’ pueda ayudar a los creyentes a seguir sin titubeos ni componendas [“*senza esitazione e compromessi*”] a Cristo y su Evangelio. Devoto de la Virgen, san Maximiliano animó especialmente a las familias y a los jóvenes a encontrar ayuda en la Madre de Dios en los momentos difíciles, así como una guía segura hacia la santidad”. Y en otro lugar también anotaba: “María se encargará de todo en nuestro lugar, y alejando toda angustia y dificultad, vendrá muy pronto en nuestro auxilio en nuestras necesidades corporales y espirituales”⁹.

En efecto, el santo padre Kolbe era muy consciente de que la familia es la célula fundamental de la Iglesia, y por ende de la sociedad, como siempre ha enseñado la Iglesia, y como ha insistido especialmente desde el Concilio Vaticano II hasta hoy¹⁰. Juan Pablo II insistió en ello en su predicación, y otro tanto hizo su sucesor el

⁸SK (Scritti Kolbe) 1326.

⁹Ibid. 25. 56.

¹⁰Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica nn. 2207-2213.

ARTÍCULO ESPECIAL

Papa Benedicto XVI, quien, además de añadir el adjetivo "vital" al término "célula", y hablar de "pilar" para reforzar el calificativo de "fundamental", llegó a utilizar una comparación muy sugestiva y significativa, cuando decía que la familia es la "célula madre": es decir, cuando ya no hay cura para una enfermedad grave y terminal, la única posibilidad es la utilización de las "células madre", dada su "plenipotencia" para hacer que los tejidos se regeneren; por lo menos es en eso de lo que se hablaba tanto y en lo cual constituía la particularidad y oportunidad que ofrecían dichas células en los tiempos en que Benedicto utilizaba susodicha imagen. En esencia, el mensaje es rotundo: sólo sanando a la familia el mundo puede curarse. Y para ello, san Maximiliano tenía una confianza total y absoluta en la Virgen Inmaculada, como también recordaba el Papa Juan Pablo II.

El Papa también hará entrever su gran "admiración y gratitud" hacia san Maximiliano María, al señalar que "de esa manera recordamos a este gran hijo de la Iglesia", el cual "se confió sin límites a María Inmaculada y a su Hijo", así como también confió a ella "su servicio franciscano". Y esa su admiración no sólo se enfocaba en su santidad, encarnación viva del Evangelio, sino también en su testimonio de celo incansable por las almas, y éste con la muy particular característica de la innovación. Añadía el Papa: "En efecto, su ilimitado amor a Cristo y a María inflamó su corazón y su mente, suscitó su celo apostólico y lo impulsó a emprender formas de evangelización cada vez más innovadoras". Y Juan Pablo II también señalará la cercanía de nuestro santo a la Santísima Virgen como la causa de su éxito apostólico, cuando decía: "En su devoción mariana se escondía el misterio de la eficacia de su misión". Y el Papa califica la eficacia apostólica como un "misterio" porque así nos recuerda que la verdadera y auténtica eficacia es la de la Gracia, que es el mismo Amor divino que obra la santificación y salvación en nosotros. Y esto lo sabía muy bien san Maximiliano, quien sabía ver, no sólo como profeta sino como místico que también era –y sobre todo un místico del misterio del sufrimiento, tema sobre el cual desarrolla una verdadera teología-, la obra invisible de la Gracia en las almas, también

aquellas almas presentes en los cuerpos maltrechos que compartían el mismo suplicio y los mismos horrores en el sufrimiento del todo injusto en aquella "celda de la muerte" del barracón número 11 de Auschwitz, que es a lo que finalmente se referirá Juan Pablo II al final de su discurso; dirá él: "Finalmente, el amor heroico se reveló de manera particular en el campo de exterminio de Auschwitz el día en que el Padre Maximiliano ofreció la vida a cambio de la de otro prisionero, padre de familia y compañero de tribulación".

El Papa, por tanto, en aquél ángelus del día de la Virgen de la Asunción subrayó claramente la relación especial que el martirio de san Maximiliano tuvo con la familia. Y de esa manera también nos mostraba en la Iglesia que el camino de la salvación de la familia sería el sufrimiento, lo cual hemos podido experimentar en estos casi 20 años desde que Juan Pablo II pronunciara esas palabras.

A ese respecto, como revelaría el cardenal Carlo Caffarra, quien fuera primer Director ("Preside") del Instituto Juan Pablo II para la ciencias del Matrimonio y Familia -fundado precisamente por Juan Pablo II en día 13 de mayo de 1981, día del atentado contra el Papa en la plaza san Pedro, lo cual establece una estrecha relación entre la familia, la auténtica y verdadera familia según el Plan de Dios, y el sufrimiento¹¹-, arzobispo de Bologna



¹¹El cardenal Caffarra fue designado a tal puesto por Juan Pablo II en enero de 1981, pero el Instituto Juan Pablo II, con sede en la Universidad Lateranense en Roma, no sería constituido por el Papa hasta el día 13 de mayo de ese año, justamente el día de la Virgen de Fátima, que fuera el nefasto día del tristemente conocido atentado. Por lo demás, cabe resaltar el hecho de que ese mismo día también se constituiría el Consejo pontificio para la familia.



desde el 2003 hasta su muerte (2017), comentando lo que ya Sor Lucía de Fátima le había escrito años antes. Esto lo comentaba en una entrevista que concedió a "Tele Radio Padre Pio"¹² después de celebrar una Misa precisamente en la tumba del Padre Pío el día 16 de febrero del 2008, por tanto a poco menos de tres años de la muerte de san Juan Pablo II. Entre otras cosas, le preguntaron al cardenal lo siguiente: "Su Eminencia: Hay una profecía de sor Lucía Dos Santos de Fátima que habla acerca de 'la batalla final entre El Señor y el reino de Satanás'. El campo de batalla es la familia, la vida y la familia. Sabemos que Juan Pablo II le dio a usted la instrucción de planear y establecer el Instituto Pontificio para los Estudios del Matrimonio y la Familia". Ante esta provocación más que pregunta, el cardenal Cafarra comentó: "Al comienzo de este trabajo encomendado a mí por el Siervo de Dios Juan Pablo II yo le escribí una carta a Sor Lucia de Fátima a través de su obispo, ya que no podía hacerlo directamente. Sin embargo, inexplicablemente, ya que no esperaba yo una respuesta, viendo que solo había pedido sus oraciones, recibí una larga carta con su firma –misma que hoy se encuentra en los archivos del Instituto-. En ella encontramos escrito: 'La batalla final entre el Señor y el reino de Satanás será acerca [sobre, en torno a] del matrimonio y de la familia. Pero no teman –añadía- ya que cualquiera que actúe a favor de la santidad del matrimonio y de la familia será siempre combatido y enfrentado [perseguido, hostigado] en todas las formas [de mil maneras], porque ésta es la cuestión fundamental'. Y concluía así: 'Sin embargo, Nuestra Señora ya ha aplastado su cabeza'".

A esto, el cardenal añadió el siguiente comentario: "Hablando también con Juan Pablo II uno podía sentir que éste era el punto medular, ya que toca el fundamento de la creación, la verdad de la relación entre el hombre y la mujer a lo largo de las generaciones. Si el pilar fundamental es trastocado todo el edificio se colapsa; y ahora vemos esto, porque estamos justo en este punto y lo sabemos. Me conmuevo cuando leo las mejores biografías del Padre Pio, y relatan acerca de cómo este hombre estuvo tan atento a la santidad del matrimonio y a la santidad de los esposos incluso con justificable rigor en ocasiones".

En estos tiempos en que el matrimonio y la familia sufren tantos y tan despiadados ataques, no cabe duda que aquellas palabras de san Juan Pablo II, 'el Papa de la persona humana, del matrimonio y de la familia', eran proféticas. Porque hoy es necesario arriesgar no sólo la libertad, sino la misma integridad e incluso la misma vida si se quiere defender los derechos auténticos de la persona humana y los derechos del matrimonio y de la familia, del único matrimonio auténtico y de la única familia auténtica, queridos y bendecidos por Dios desde la creación del ser humano. Piénsese en todas esas leyes inicuas que pululan en los parlamentos de una buena parte de los gobiernos del mundo desde hace varios decenios: leyes inicuas que en realidad van contra la ley natural inscrita en el hombre, y por lo tanto contra sus auténticos derechos como ser humano, como persona. Y, como ya decíamos, dichas leyes contra natura son también contrarias a la ley divina, ya que la ley natural –de la naturaleza humana- no es sino expresión de esa ley de Dios inscrita en el ser del hombre. Por tanto, no cabe duda de que hoy la defensa de "los derechos de Dios", que son más grandes y van antes que los "derechos del hombre" –como afirmara con fuerza Juan Pablo II en diversas ocasiones- exigen con harta frecuencia grandes sacrificios y grandes renunciaciones. Hoy día más que en el pasado la defensa del hombre, del matrimonio y la familia según el Plan creador y salvador de Dios, exigen el estar dispuestos al martirio. Es algo que vemos y palpamos; no se trata de una suposición y un mal augurio a futuro.



¹²Dicha entrevista fue posteriormente reportada en la revista mensual "Voce di Padre Pio" del mes de marzo del 2008.

ARTÍCULO ESPECIAL

Es algo que ya experimentamos en nuestra sociedad actual, llámesele “post-moderna”, “post-humanista”, “trans-humanista”, o como se le quiera llamar. El hecho es que este mundo nuestro se ha alejado de Dios, y por lo tanto se ha alejado de la verdad. Y así, no ha hecho sino alejarse también de su verdadera realización y de su verdadera felicidad. Estamos ya de lleno en esa “batalla” final a la que se refería Sor Lucía; de eso no tenemos la menor duda. Pero la Misma que seguramente le habría revelado esa gran verdad a Sor Lucía, es Quien –y es la misma Sor Lucía la que nos lo recuerda, citando el libro del Apocalipsis- también le recuerda al cardenal Cafarra –y en él a todos nosotros- que Ella, la Virgen, “ya ha aplastado su cabeza”, es decir la cabeza al mismísimo demonio.

En efecto, tales ataques tan despiadados y tan llenos de mentira y odio contra la Verdad, contra la evidencia de la verdad del hombre como criatura de Dios que hoy padecemos –y que san Maximiliano María experimento en carne propia en Auschwitz- no se pueden explicar sino por una intervención directa del Padre de la mentira. La batalla final, no lo olvidemos, es la del mal contra el bien, pero no en sentido vago y etéreo, sino que es una batalla personal, del demonio en contra de dios, de San Miguel Arcángel contra Lucifer –como también revela el Apocalipsis (12, 7)-, así como de todos cuantos se dejan arrastrar por las argucias de los espíritus malignos y que se unen en organizaciones, secretas o no, para oponerse a las instituciones que defienden a Dios y al hombre, los derechos de Dios y los verdaderos derechos del hombre. Y luego está ese mal que proviene del propio mal personal y que después genera, en conjunto, ese otro mal que el apóstol Juan denomina “mundo”, pero que tiene su raíz en el pecado original, el cual, aunque borrado y extirpado en su causa por el bautismo, permanece activo en las tendencias de nuestra naturaleza caída, y las que el mismo evangelista designa al observar en su primera carta que “todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida” (1 Jn 2, 16). En definitiva, se trata del misterio del mal en sus diversas fuentes.

Sin embargo, concluirá diciendo el discípulo, “el mundo pasa y también su concupiscencia; pero quien hace la voluntad de Dios permanece para siempre”. Ésa es la gran promesa. Y también la gran confianza del cristiano.



Dios está de su lado. Y al final siempre vence Dios, pues Cristo ya triunfó y venció al demonio, por cuya envidia “entró la muerte en el mundo” (Sb 2, 24), puesto que “la muerte ya no tiene dominio sobre él” (Rm 6, 9). En cambio, el que hace, busca hacer la voluntad de Dios, ése permanecerá para siempre.

Y es la gran lección tanto de san Juan Pablo II, “el papa de la persona humana, del matrimonio y de la familia”, que durante su vida toda de cristiano auténtico y fiel al Evangelio, con sus obras y palabras, defendió con valentía y en todo momento y por todo el mundo la sacralidad de hombre como imagen e hijo de Dios, del matrimonio y de la familia. Y también es la lección de su venerado compatriota san Maximiliano María Kolbe, que con su entrega heroica por caridad en Auschwitz tomando el lugar de un esposo y padre de familia condenado a muerte, y aceptando así el martirio, se convirtió en “don para la familia”. Dos grandes santos que defendieron la dignidad del hombre, del matrimonio y de la familia hasta el martirio, incruento para uno, cruento para el otro, pero al fin y al cabo martirio para ambos.

Encomendemos a ellos nuestra lucha en esa misma defensa, en estos tiempos de vientos muy contrarios, tremendamente contrarios. Mas siempre con la esperanza que nos da Cristo y con la certeza de que -parafraseando al mismo san Juan Pablo II en su encíclica “*Evangelium vitae*”, del año 1995, en la que defendía la sacralidad e inviolabilidad de la vida humana desde el mismo instante de su concepción hasta la muerte natural, contra las plagas diabólicas del aborto y de la eutanasia- “la



muerte no tiene la última palabra, sólo la penúltima”¹³. Sí, estamos en una lucha decidida y definitiva. Es la hora de “la última batalla”. Pues, como enseñaba san Pablo, “nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso, sino contra principados, autoridades y poderes que dominan el mundo de tinieblas. Nos enfrentamos contra los espíritus y las fuerzas sobrenaturales del mal” (Ef 6, 12); por lo demás, batalla que está visualizada proféticamente en el libro del Apocalipsis (cfr. 12, 7-11). Porque, insistimos, tanta negación de la evidencia, tanto ir contra la verdad, así como tanto odio contra el bien, no se puede explicar sólo con la maldad de la que es capaz el ser humano caído y atenazado por el pecado. En toda esta lucha está muy presente el demonio y los espíritus angélicos que siguieron su camino de rechazo y desprecio a Dios y a su Santísima Voluntad. Tan es así, que no por nada el Papa Juan Pablo II, el futuro san Juan Pablo “Magno”, concluía sus palabras en aquel ángelus del 15 de agosto del 2001, diciendo: “La vida de san Maximiliano María sea para todos los fieles de la Iglesia un ejemplo, y la semilla de su sangre genere nuevas generaciones de ejércitos [*schiere*] testigos del Evangelio”. ¡“Ejércitos”! No por nada el Papa santo utilizó tal término. Él sí lo tenía muy claro.

Que él desde el cielo, con san Maximiliano a su lado, intercedan por nosotros y nos alcancen la gracia de la valentía sobrenatural -esa que es consciente y toma su fuerza del hecho de que la victoria la da sólo Dios, es sólo de Él-, sin la cual no podremos ni dar la batalla ni mucho menos alcanzar la victoria. Porque, como solía decir la gran guerrera de Dios, la gran mártir de la verdad, la libertad y la fe, santa Juana de Arco: “Los hombres daremos la batalla, pero sólo Dios dará la victoria”. Que Jesús y María –cuyos nombres ondeaban en la bandera de la santa capitana, al frente en las batallas, y en la otra la espada, la cual nunca utilizó para matar, pero sí para



imponerse-, nos socorran y sostengan en esta lucha por la verdad y el amor de Dios y del hombre, del matrimonio y de la familia según el designio divino.

¹³ “El hombre está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la *grandeza* y el *valor* de la vida humana incluso en su fase temporal. En efecto, la vida en el tiempo es condición básica, momento inicial y parte integrante de todo el proceso unitario de la vida humana. Un proceso que, inesperada e inmerecidamente, es iluminado por la promesa y renovado por el don de la vida divina, que alcanzará su plena realización en la eternidad (cf. 1 Jn 3, 1-2). Al mismo tiempo, esta llamada sobrenatural subraya precisamente el *carácter relativo* de la vida terrena del hombre y de la mujer. En verdad, esa no es realidad ‘última’, sino ‘penúltima’; es *realidad sagrada*, que se nos confía para que la custodiamos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos” (“*Evangelium vitae*”, n. 2).

» ARTÍCULO ESPECIAL

La teología del cuerpo desde Cristo Redentor del Cuerpo.



P. José Granados García

Profesor del Instituto Juan Pablo II Sede Central en Roma
Doctor en Teología

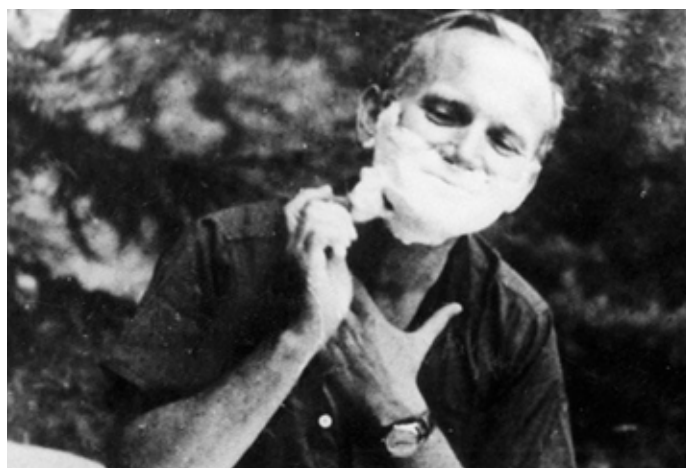
(Este artículo fue tomado del Seminario Internacional por el 100 aniversario de nacimiento San Juan Pablo II. 18-05-2020, convocado por el Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II, Sede Mexicana y la Universidad Anáhuac, México. Se conserva el estilo hablado del texto).

Muchas gracias, agradezco al Padre Gaspar y a todos los amigos del Juan Pablo II en México la acogida.

El tema de esta conferencia es la teología del cuerpo desde Cristo Redentor del Cuerpo. Es un tema que, dentro del centenario del nacimiento de San Juan Pablo II, coincide también en un momento difícil para la sociedad, para el mundo, por la pandemia que estamos sufriendo.

Y realmente Karol Wojtyła vivió también momentos difíciles. Este contexto nos ayuda. Él vivió, él fue experto, en momentos como éstos. Ya de joven quedó huérfano y luego sufrió la segunda guerra mundial al tiempo en que verificaba su vocación.

Y esto creo que nos da también para pensar: ¿Por qué hablar de Juan Pablo II en estos momentos? ¿No se podría cancelar la celebración, por así decirlo, y buscar otro tiempo mejor? Y, tal vez, en estos tiempos de calamidad sea más necesario que nunca reflexionar y recordar esas grandes figuras, esos grandes santos, que nos ayudan a preguntarnos no sólo por lo que es útil, sino por el fin de todo lo útil, aquello por lo que hacemos



todas las cosas útiles.

Hoy precisamente en este tiempo difícil el esfuerzo por hacer cosas útiles se muestra muy precario y necesita cada vez más un fundamento. Y me parece que aquí entramos ya en nuestro tema: la teología del cuerpo.

Esta precariedad, que experimentamos durante la pandemia, toca muy de cerca nuestro cuerpo, nuestra carne. Con el cuerpo también se pueden hacer muchas cosas útiles; podemos hacer cosas que tienen una gran utilidad, porque tenemos un cuerpo. Y a la vez el cuerpo también puede ser como la meta de las cosas que hacemos. Hoy hacemos muchas cosas para preservar la salud y para poder continuar con el cuerpo como una fuente de disfrute, de placer. En este tiempo de pandemia hay ya como una paradoja cuando pensamos

ARTÍCULO ESPECIAL

en el cuerpo. El cuerpo, por un lado, parece un absoluto, es verdad: se hace todo por salvar el cuerpo, por salvar la salud, podríamos decir. Y, al mismo tiempo, el cuerpo se presenta como aquello que es muy frágil, que es tremendamente precario, que no está en nuestras manos. Hoy nos damos cuenta, más que nunca, que no está en mis manos salvar el cuerpo; y es esta paradoja que nos va a introducir en la teología del cuerpo.

Juan Pablo II hablaba justamente de ello cuando trataba de la experiencia en su teología del cuerpo. Habla del cuerpo como una experiencia de frontera o de encrucijada, es decir, la vergüenza nos recuerda ese lenguaje del amor que está inscrito en el cuerpo. Precisamente cuando la vergüenza se ve amenazada, cuando tenemos el sentimiento de que alguien quiere usar de nuestro cuerpo y nos protegemos ante aquélla; o de que queremos usar del cuerpo del otro y nos protegemos ante ella. Y es que, el cuerpo, nos revela por un lado algo bello. El cuerpo está hecho para el amor. Y a la vez también es peligroso, pues el cuerpo puede ser 'usado', podemos apropiarnos del cuerpo.

Ya esta experiencia nos dice que el misterio del cuerpo se toca con otro misterio, que es el misterio del amor. Y aquí podemos volver a la actualidad, a la pandemia que estamos sufriendo, porque precisamente ahora tenemos no solamente un peligro para la salud del cuerpo, sino para las relaciones. En la pandemia tenemos miedo a las relaciones que nacen del cuerpo porque tenemos miedo al contagio. La pandemia, de alguna forma, revela quien es el hombre de un modo negativo, es decir, nos hace sentir el dolor de aquello que nos

falta durante el confinamiento, durante las dificultades que podemos sufrir o el miedo que tenemos; revela, por tanto, que el cuerpo está hecho para una relación, porque una existencia humana confinada, en la que el cuerpo se protege de la otra persona con miedo al contagio, no sería una verdadera existencia humana; eso lo experimentamos ahora con una gran fuerza.

Podemos decir también que en la pandemia se nos revela el origen del cuerpo en Alguien; en 'algo' que es superior a nosotros, en 'Alguien' que está por encima, en el Creador. Porque entendemos que la salud no la producimos nosotros, y que nuestras relaciones, que nos unen con otros, no tienen la fuente en nosotros. Hay alguien que nos pasa al lado; y por eso cuando las perdemos nos sentimos tan frágiles, y no podemos por nosotros mismos recuperarlas.

Esta pregunta por el Creador, por la fuente, es la decisiva para Juan Pablo II; y ello nos conduce de nuevo en la teología del cuerpo. Dice Juan Pablo II en su "Tríptico romano": "Si quieres la fuente encontrar, tienes que ir arriba, contra la corriente; empéñate, busca, no cedas, pues sabes que ella tiene que estar aquí. ¿Dónde estás, fuente? ¿Dónde estás fuente?". Es decir, el cuerpo suscita, sea desde el dolor o desde el sufrimiento, o sea desde el amor, la pregunta por la fuente. Y esto es decisivo, porque suscita la pregunta por Dios, por el Creador, y por eso estamos hablando de la teología del cuerpo, es decir, el 'cuerpo teología' habla de Dios.

Esto para Juan Pablo II se confirma precisamente en la encarnación. Y me acuerdo aquí de otra frase suya en la teología del cuerpo, cuando dice: "Por el hecho de que la palabra de Dios se hizo actuar, el cuerpo entró en la teología -'teología': palabra de Dios- por la puerta grande". Podemos decirlo también, pues en el título de esta conferencia está también la "la Redención del cuerpo". "Cristo Redentor del cuerpo". En efecto, esta fragilidad del cuerpo, que nos toca hoy tan de cerca, nos invita a pensar en la Redención del cuerpo. Cristo: para Juan Pablo II fue el centro de su primera encíclica, porque Cristo es "el Redentor del Hombre"; y Él es también el protagonista de la Redención de nuestro cuerpo (Romanos 8, 23). Una frase que Juan Pablo II cita, sobre todo en el segundo ciclo de sus catequesis, al hablar de la pureza de corazón. "Abrid las puertas a Cristo" quiere decir, entonces -fíjense, esto es muy importante-, abrir el



ARTÍCULO ESPECIAL

cuerpo a Cristo, abrir a Cristo las relaciones que vivimos con el cuerpo.

Y en este punto la teología del cuerpo se acerca al centro del mensaje de Juan Pablo II, que es "Cristo, Redentor del hombre"; aquí se toca la predicación del amor humano, dice Juan Pablo II, con la figura de Cristo Redentor del hombre, porque Cristo Redentor del hombre revela al hombre lo que es nuestra vida humana porque nos revela la verdad del amor, y el amor está escrito en nuestro cuerpo. Cristo nos habla del cuerpo, y por eso el título de la conferencia, les decía, es: "La teología del cuerpo desde Cristo Redentor del mundo".

La quería desarrollar en el contexto también de lo que es la revolución sexual, porque la revolución sexual, desde hace 50 años, ha querido de alguna forma redimir el cuerpo, redimir el sexo, redimir la sexualidad como lugar del amor. A este propósito, recuerdo un poema de Pedro Salinas, anterior a la revolución sexual, pero que nos puede evocar esto cuando dice en su obra "Amor, en la voz a ti debida": "Los besos que me das son siempre redenciones, tu besas hacia arriba". Este beso podría representar lo que era el ansia de la revolución sexual, por lo menos en sus partes más nobles; que queda luego frustrada. Tal vez lo vemos ahora, 50 años después: que no ha conseguido la Redención del cuerpo. Tal vez porque lo que se buscaba era que el cuerpo se auto-redimiese, mientras que lo propio del cuerpo es indicar a otro; el cuerpo nos dice: "tú no puedes redimirte a ti mismo, tú no puedes salvarte a ti mismo"; así como una pareja tampoco puede salvarse a sí misma, ya que una relación necesita la Fuente de esa relación. Desde aquí creo que se entiende lo que intenta Juan Pablo II decir. Juan Pablo II quiere en su propuesta enseñar, indagar, la posibilidad de una victoria final del cuerpo en la batalla final por el amor. Es decir, que el cuerpo pueda ser lugar de Redención, lugar de encuentro, de plenitud, de uno para el otro; de un encuentro con Dios.

Vamos a ver que el cuerpo se puede redimir, precisamente, si acepta el contacto con el amor. Y lo vamos a hacer presentando esas relaciones que se abren, sobre todo en la familia: la sponsalidad, la paternidad, la maternidad, la fraternidad, la filiación; es decir, esos lugares de "Redención". Gracias a estas relaciones que el cuerpo abre puede encontrar el hombre la salvación.



Lo voy a hacer en tres pasos, un poco porque sé que ustedes conocen ya la teología del cuerpo, y en un tono de búsqueda de las fuentes en Karol Wojtyła, siguiendo tres de sus obras de teatro: "El hermano de nuestro Dios", la segunda "El taller del orfebre", y la tercera "Rayos de paternidad". Cada una de ellas hará descubrir una Redención del cuerpo.

En "El hermano de nuestro Dios", que es la primera, veremos cómo el cuerpo se redime a través de la fraternidad. En "El taller del orfebre" es la sponsalidad la que redime. Y en "Rayos de paternidad" es la filiación y la paternidad lo que ofrece la Redención.

Entonces, voy con la primera. Esta obra, que escribe Wojtyła en su juventud, "Hermano de nuestro Dios", nos ayuda a ver la Redención por la fraternidad. Cristo que redime, a través del cuerpo, en la fraternidad al hombre. ¿Conocen algo de esta obra? Es la historia de Adam Chmielowski. Se trata de un personaje con una vida muy agitada: fue revolucionario y después artista; vive a finales del siglo XIX y principios del XX en Polonia. Al final deja todo para dedicarse a los pobres y funda una unidad religiosa con el nombre de "Hermano Alberto". El mismo Juan Pablo II le canonizó. Y es de este personaje que Juan Pablo II presenta en esa obra de teatro que él escribe y que se llama precisamente "El hermano de nuestro Dios". Como digo, la escribe en su juventud, y en ella nos presenta como dos modos de entender la Redención del cuerpo, especialmente del cuerpo sufriente, del cuerpo del pobre. Trata de un pintor que busca, lo cual ya es en sí importante en el arte. Pues bien, al pintar él se da cuenta de que no sólo



quiere, por así decir, pintar, encontrar una belleza en el lienzo, sino que el lienzo es un modo de encontrarse a sí mismo. Él se da cuenta de que, al pintar en el lienzo, está también pintando lo que hay dentro de sí, o está tratando de encontrar una imagen que hay dentro de sí. En definitiva, es un pintor que busca.

Y esto, precisamente, es posible por el cuerpo, porque el cuerpo hace que lo que hacemos fuera de nosotros –ya que el cuerpo somos nosotros- nos vaya transformando por dentro. Esto también lo dijo Juan Pablo II, refiriéndose al trabajo, en su encíclica *“Laborem Excercens”*; y eso se aplica igual al arte. Y aquí, en esta búsqueda, Adam, el artista, el pintor, buscando la belleza va a tener dos experiencias que le descubren esta belleza. La primera es el encuentro con el pobre; con el hombre pobre, sufriente. Y la segunda, es un encuentro con Cristo, porque él está pintando un enfermo: un Cristo sufriente.

En el primer encuentro, con el pobre que sufre, sucede que Adam está buscando, o mejor: está preocupado por los pobres, buscando cómo ayudarles, a la par que desarrolla su actividad artística. Entonces percibe, oye, como una tentación: una voz que le habla y le dice: “El problema del pobre hay que solucionarlo de modo técnico, es decir, hay que buscar los medios para que pueda comer y eso basta, y para ello ahora hará falta una revolución”. Está pensando, aquí, claramente, en la revolución comunista, que supuestamente será capaz de resolver los problemas de justicia, mas no podrá resolver los problemas de la pobreza. Este sería el primer método para resolver la pobreza que critica Wojtyla en su obra, porque, según esto, al final la cuestión del hombre, si es una cuestión sólo de números, de poner, de encontrar

precio para poder solucionar el hambre, la Redención se realizaría únicamente como un intercambio monetario tipo compra-venta. Wojtyla dice que esto no es posible; por medio de la figura de Adam Chmielowski Wojtyla rechaza esta lógica, porque dice que esta lógica, al final, si acaso pudiera solucionar la pobreza, sin embargo sólo conseguirá con ello un mundo de personas individualistas.

Ésa es su gran crítica: se soluciona un problema técnico, pero sin que cuente el cuerpo, sin que cuente el encuentro verdadero, sin que cuente la relación con el hermano. Al final tendríamos un mundo perfecto, pero de individuos aislados.

Y ante esta voz, que intenta persuadirlo de que deje de cuidar a los pobres porque esto obstaculiza la revolución, Adam Chmielowski, en el momento en que está tentado a seguir esa voz y de unirse a la revolución, encuentra un mendigo, y en el mendigo él tiene una visión de la dignidad; es como la visión del hombre pobre sufriente que le recuerda al hijo. El niño, que también se ha recibido de Otro, es un misterio: cuando vemos un niño pequeño tenemos el misterio de una vida que ha sido regalada. Algo así experimenta Adam en este pobre. Les cito la frase clave de esta obra, la cual dice así: “Imagen y semejanza ves; es un niño, es un hijo; yo también”. Y en seguida se dirige al mendigo y le dice: “Me has salvado”. Es decir, descubriendo la palabra “hijo”, Adam ve que en el hombre hay una dignidad que le supera, que hay una fuente que está por encima de él, al mismo tiempo que se da cuenta de que él tiene una capacidad de hacerse uno con aquel hombre pobre; descubre que aquel hombre pobre puede ser un hermano, porque tanto Adam como el pobre son “hijos”.

Por tanto, el cuerpo, hablando de la dependencia, hablando del sufrimiento, ha hablado de algo que nos precede, de algo que nos ha dado la vida, y, por tanto, permite una Redención que va más allá de nuestro individualismo; permite una Redención que toma la forma del amor. La fuente, al final, la fuente de la vida, es una fuente común, y de cualquier forma podríamos decir que, en el encuentro con el dolor, Adam Chmielowski encuentra la filiación y la fraternidad.

Esto es muy importante, porque el camino que Adam Chmielowski propone para resolver el gran misterio del hombre y de la vida no pasa sólo por una revolución en

ARTÍCULO ESPECIAL

que el esclavo lucha contra el amo para igualarse al amo; así no se consigue la libertad verdadera, porque, como decía antes, el hombre así no sale del individualismo: nuestro cuerpo sigue siendo un cuerpo solitario. La clave es otra: la clave pasa por el cuerpo que se abre al otro, a la pobreza del hermano, y permite que nos identifiquemos con el que sufre. El pobre hace referencia a esta identificación; el pobre pide que nos identifiquemos con su carne sufriente.

En un momento dado, Adam va con los pobres e intenta ofrecerles soluciones a su pobreza; y ellos le dicen: "Sólo el que vive entre nosotros lo conoce; todos somos nosotros". Esta es la clave para Adam Chmielowski, que va a decidir fundar una obra religiosa, dejando todo por Cristo; no se olvida de los pobres y dice: "Yo no os enseño a odiar la pobreza, sino a desposaros con la pobreza". He ahí otra frase clave. El cuerpo sufriente no es el lugar que se odia, no es el lugar de la rebelión contra unas fuerzas que nos han hecho sufrir, sino un lugar donde se puede revelar el amor y, por tanto, un lugar de amor sponsal; por ende, en definitiva, se trata de un lugar donde uno puede desposarse con la pobreza, siguiendo la imagen de San Francisco.

Aquí, en este punto, se sitúa la redención, se sitúa Cristo, porque Cristo es el Redentor. A Adam Chmielowski le ayuda el que, en una conversación que tiene con el Cristo que está pintando en el lienzo, el enfermo es Él mismo, Cristo. Es decir, es Cristo sufriente, es lo que significa es de: "He aquí al hombre". Es la relación de lo humano: Cristo es quien ha revelado a Adam la conexión entre el sufrimiento humano y la redención de lo humano. Cito aquí una frase también muy importante de esta obra. Escribe Karol Wojtyla que entonces Adam se dirige al Cristo y le dice: "Has sufrido en cada uno de ellos, tienes un cansancio de muerte, te han agotado; esto se llama caridad, pero, con todo esto, tú te has mantenido hermoso, el más hermoso de los hijos de los hombres, tal belleza no se volvió a repetir nunca, ¡oh qué belleza! ¡qué difícil, qué dura! Esta belleza se llama caridad". Y aquí, en ese momento, encontrará a Cristo a través del cuerpo que nos abre al hermano y que descubre en el hermano al hijo; descubre así un camino de redención.

Vamos al segundo punto, que es "El taller del orfebre", una obra más conocida de Wojtyla. Aquí de lo que se trata es de redimir el amor conyugal. Aquí la experiencia

que vamos a encontrar no es la experiencia del hombre que vive en el cuerpo, que se encuentra con el sufriente, sino la pregunta por el amor humano.

Como saben, es una obra en la que van desfilando tres parejas; yo me voy a fijar en las dos primeras. En primer lugar, Andrés y Teresa, que comienzan su matrimonio. Andrés morirá joven, lo cual ocurre ya en el acto segundo; por tanto, se tratará de una promesa de amor que está amenazada por la muerte. Y la pregunta es: ¿Se puede redimir el amor de la muerte? La segunda pareja son Esteban y Ana; en este caso la amenaza no es la muerte sino el pecado. Y aquí la pregunta será: ¿Se puede redimir el amor del pecado? Esto porque Ana y Esteban están separándose: su amor ha muerto; pero, a la vez, se sienten vacíos, porque cuando el amor ha muerto no es que volvemos al inicio, como cuando estábamos antes, sino que más bien la otra persona ha creado dentro de mí un vacío, ya no lo encuentro dentro, y yo mismo dentro de mí estoy vacío, porque nos habíamos hecho una sola carne. Y algo queda mientras la otra persona vive. Les dirá el orfebre: tu vida sin el otro no vale nada. Vamos, pues, a contemplar estas dos parejas que nos hablan de una redención, de Cristo Redentor del cuerpo; donde está ya, en realidad, [concentrada] toda la teología del cuerpo de Juan Pablo II.

La primera pareja, pues, son Teresa y Andrés. Por medio de ellos vemos cómo Cristo nos rescata de la soledad y de la muerte. Aquí aparece la dificultad del amor como encuentro entre dos personas. El lenguaje del cuerpo, el lenguaje del hombre y de la mujer, el lenguaje sexual,



» ARTÍCULO ESPECIAL

no es fácil de descifrar, nos representa un misterio y, en esta obra de teatro, Wojtyła lo cuenta con esta dificultad de conexión y de unidad a través de una escena en que ambos, Teresa y Andrés, cuando son jóvenes todavía, no se han declarado el uno al otro; van a la montaña en una excursión y allí, en medio de la noche entre las montañas polacas, cuando están ya descendiendo, escuchan un grito, en el momento en que van a acampar; no saben si es de hombre o de animal, no saben si ir a ayudar o no. Entonces gritan, pero no hay respuesta. Entonces Teresa se pregunta si solamente la vida humana es lo que (aumentar) está fuera de lugar en aquella montaña tan armoniosa. Porque ¡qué difícil es comunicarse, qué difícil es encontrarse, hacerse uno en el amor! Ese amor que puede descifrar el lenguaje del cuerpo del hombre y de la mujer. La respuesta la va a dar el personaje del orfebre, que hace los anillos, a quien van a encontrar estos dos personajes, Teresa y Andrés, cuando ya van a casarse. Van allí, a la tienda del orfebre, y encuentran los anillos, los cuales representan el amor fiel, el amor que dura. El orfebre, que representa a Dios Padre, ha inscrito allí, en esos anillos, el peso de la vida humana; es decir, la vida humana no se resuelve en la soledad sino en la comunión, se resuelve en una salida de sí mismo hacia el otro para formar una unidad nueva, el nosotros. Y esa unidad nueva no es una burbuja aislada, sino que se abre a la presencia del orfebre, del Creador. Por eso el amor de la pareja también tiene que ser salvado. El amor nos salva; pero el amor de la pareja tiene que ser salvado en un amor más grande, en el Amor de la Fuente.

Y aquí es donde aparece el Creador, que es el que, en la escena del espejo del escaparate de la tienda del orfebre, ahí donde dicen Teresa y Andrés que sus vidas se ven reflejadas ya hacia el futuro, hacia el horizonte último, en ese momento, es el orfebre el que permite -como se dice en la obra- a la voluntad de Teresa el ser Andrés, y a la voluntad de Andrés el ser Teresa.

Por tanto, él pasaje nos habla de la falta de comunicación, pero nos habla también del amor; aquí se ve claramente que, por el hecho de que el amor surge en el cuerpo, éste está amenazado por la muerte. Y el primer acto de la obra termina justo con esta pregunta: ¿Cómo hacer -Teresa- para permanecer en Andrés para siempre? ¿Cómo hacer -Andrés- para permanecer en Teresa para siempre? Es curioso, porque la respuesta que da Juan



Pablo II enseguida se refiere al cuerpo. Para permanecer para siempre, dice él, "buscad en el cuerpo un puerto para el amor". Como si el cuerpo pudiera proteger al hombre y a la mujer; el cuerpo está hecho para el amor. ¡Claro! Porque es el cuerpo, del hombre y de la mujer, el que tiene un lenguaje que les protege abriéndoles el futuro del hijo, de la vida nueva; los protege de las tormentas. La inmortalidad, por tanto, no está más allá del cuerpo, sino que tiene que pasar por el cuerpo.

El cuerpo es un puerto para el amor y por eso es un lugar de inmortalidad. Y esto, dentro de la fragilidad que tiene el cuerpo. Precisamente porque en el cuerpo está inscrito algo que no viene sólo del hombre; por eso puede superar la muerte, porque viene del Creador. Sí, por eso tiene la fuerza del Creador para superar la muerte, y eso en un modo misterioso que ya indica Cristo, porque invita a la resurrección de la carne que el traerá.

De hecho, como les decía antes, Andrés morirá pronto, cuando el hijo de ambos, Cristóbal, tiene sólo dos años; sin embargo, y de algún modo misterioso, este amor y esta presencia de los dos vence a la muerte. De hecho, hay un momento en que Teresa dice -cito textualmente- "Andrés no ha muerto en mí, no cayó en ninguna guerra, no tenía que volver siquiera, porque de algún modo está presente". Y esta presencia sucede de una forma muy fuerte a través del hijo de los dos, a través de Cristóbal. Habiendo hecho ambos de esos sus cuerpos un puerto para el amor, ha conseguido Teresa escavar un lugar dentro de sí de forma que Andrés siga vivo [en ella].

» ARTÍCULO ESPECIAL

Y aquí se presenta una figura importante de esta obra, que es la figura de Adán. Él llega y es un personaje que aparece en la obra; no se sabe de dónde viene, sólo se sabe que se llama Adán. En polaco se trata de un nombre común, así como en español no lo es. Pero al mismo tiempo representa al primer hombre, o más bien a aquel que es común denominador de todos los hombres. Y él va a hacer de padre para el hijo de Teresa y Andrés, y por tanto va a representar esa capacidad que tiene el amor de vencer a la muerte.

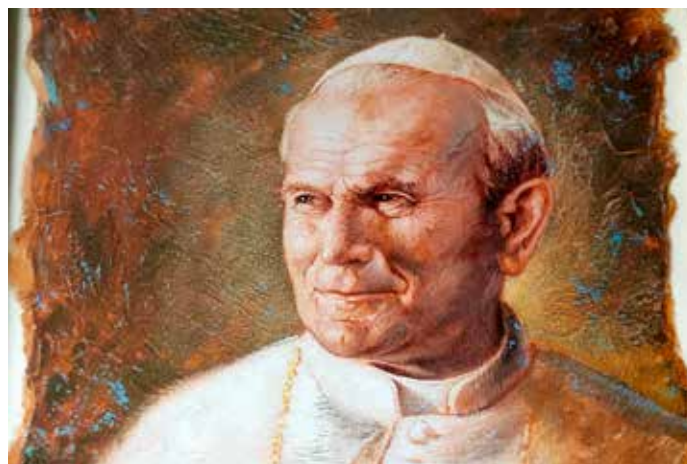
Y ahora paso a la segunda pareja, que son Ana y Esteban, porque aquí encontramos ya la amenaza grande, no solamente la muerte o la capacidad de comunicación, sino el desamor. Cristo nos rescata también. Esta parte de la obra se llama precisamente "El esposo", es decir, está dedicada especialmente a Cristo como redentor. Aquella amenaza de la muerte no es nada frente a la amenaza al amor: porque la amenaza de la muerte no consigue separar a Andrés y Teresa, y, en cambio, el desamor sí va a separar a Ana y Esteban, hasta el punto que Ana querrá vender su alianza; el orfebre le dice: "No te la puedo comprar porque no pesa nada, porque tu marido está vivo".

Hay un momento muy dramático en la obra, que es cuando Ana está buscando, o mejor flirteando con los hombres que pasan por la calle; y entonces se dice a sí misma: "Entendí lo que significa ser una mujer pública". Y en ese momento Adán sale a su rescate. Adán es una figura del primer hombre, del proyecto del Creador, y también de alguna manera una figura de Cristo, porque es la versión purificada; y viene a salvar el amor Adán. Y, en efecto, la salva, la rescata. Le dice: "No es ese el camino, no caigas en esta tentación, porque viene el esposo, y está llegando, prepárate". Y en ese momento Ana despierta y dice: "Viene el esposo". ¿Quién es este esposo? Claramente es Cristo; es el amor pleno. Y Ana dice: "Por fin voy a escapar de mi marido Esteban, voy a encontrar al Redentor del amor, que me va a dar el amor pleno, eso que yo buscaba". La gran sorpresa de la obra se da cuando el rostro que tiene el "esposo" es el de Cristo que pasa por la calle: es decir, le ve pasar, y en el rostro del "esposo", Cristo, está el rostro de su marido, de Esteban. Ana se queda totalmente bloqueada ante esa presencia, a la que ella pensaba escapar. Y así lo que está diciendo aquí Wojtyla es: mira la redención de tu

amor, ese amor roto, si quieres buscar a Cristo; Cristo no te va a enseñar otros caminos, te va a enseñar el camino, va a rescatar tu camino original, te va a permitir volver al amor primero.

Es ésa una intuición, al parecer, muy actual, porque hoy hemos perdido esa confianza. En efecto, hoy se hacen ciertas comparaciones a propósito del divorcio, por ejemplo: que al igual que los reyes magos volvieron de Belén por otros caminos, pues también Dios abre otros caminos; como si Dios, a la par del matrimonio, abriera otras formas de unión. Al igual que un navegador de un coche, cuando estamos perdidos nos indica otras rutas; así, aun y cuando uno o una ya están casados en el matrimonio, pues he aquí que hay otras rutas, otros amores...

Wojtyla claramente en este punto dice que no, que el encuentro de Cristo pasa por el encuentro de Esteban; y él sabe que es una vuelta difícil, pero posible, porque confía en la capacidad del amor de durar para siempre. En el fondo es la confianza de Wojtyla en el Redentor del hombre, porque Éste nos ha redimido de verdad, y ha redimido eso que Wojtyla llamaría la fe en el amor humano. Es decir, podemos creer en el amor humano y en su fuerza para durar toda la vida porque Cristo nos ha redimido. Y eso no es rigorismo; al revés, es esperanza, es esperanza al creer que el amor puede vencer el desamor. Wojtyla lo describe así, pues en un momento dado Ana regresa a su matrimonio. Y entonces dice Adán: "Ana ha entrado en el camino del amor que perfecciona; había que perfeccionar dando y recibiendo en proporción diferente a la de antes, a cuando empezaron el camino,



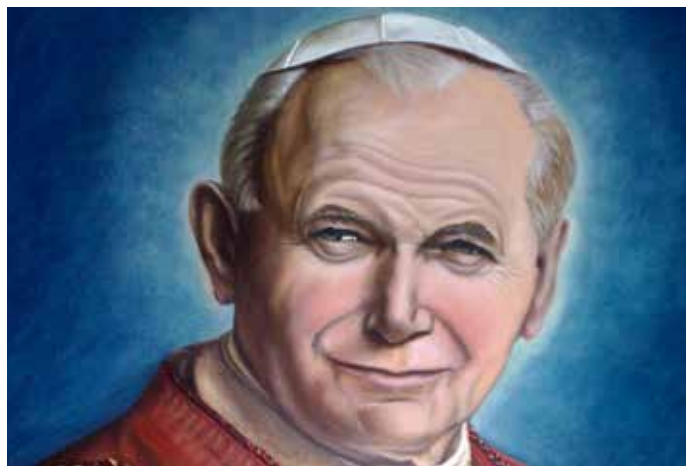


porque había una herida muy clara –dice-; [por eso] sólo podía comenzar el nuevo amor a raíz del encuentro con el Creador, Cristo, Redentor del mundo.

Al principio lo único que Ana sintió por Cristo fue sufrimiento, pero con el paso del tiempo, vino la actitud. Lo nuevo que iba creciendo era difícil de decir, y sobre todo no tenía sabor alguno de amor, no era motivador podríamos decir; quizá, algún día, aprenderán los dos, Esteban y Ana, a saborear el amor. Lo que aquí se dice es que el problema es el amor, despojado de dimensiones absolutas, arrebatada a los hombres como si fuera absoluto. Entonces se dejan llevar por la ilusión, mas no tratan de fundar el Amor con mayúsculas, que sí posee, Éste, la dimensión absoluta. Por eso ahí se dice que el gran problema del amor no es tanto la fuerza del sentimiento, sino la falta de humildad, porque es una falta de referencia a la Fuente.

Termino este punto de “El taller del orfebre” diciendo que aquí aparecen Adán y Cristo como la clave de la redención. La figura de Adán que rescata al amor de la falta de comunicación, de la muerte, del pecado, del desamor. Este Adán es un poco ya la figura del esposo; pero en un momento dado dice Wojtyla que Adán es común denominador de la humanidad, es defensor. Este Adán representa la redención.

Hay una última obra, que será la tercera y que brevemente la comento, “Rayos de paternidad”. Aquí se trataría de redimir al padre. Ha dicho un filósofo gran amigo de Juan Pablo II que esta obra es una continuación de “El taller del orfebre”, porque lo que allí termina con los hijos, aquí se ve en el drama de la paternidad. Trata de redimir a Adán, porque aquí Adán aparece como un hombre pecador. En las otras obras anteriores Adán era un ejemplo de humanidad, del proyecto del Creador; en cambio aquí aparece como el hombre que ha renunciado a su misión paterna. Esto es interesante: el pecado de Adán no es un pecado de grandeza, de querer ser mucho, sino un pecado de apocamiento, de no querer estar a la altura del don de Dios; es decir, es el pecado de quien piensa que Dios pide cosas demasiado grandes y dice: “esto es demasiado grande para mí, Señor, yo no quiero esto de la paternidad, llevar el destino de otros, a mí me basta Señor con una paternidad biológica, pero no me pidas que tome sobre mí el destino de otros”. Y, por lo tanto, renunciar a la paternidad es el miedo de vivir el cuerpo, el



miedo en que el cuerpo es proyección del propio sujeto, pero que no se abre más allá de sí, no se abre al otro.

En esta obra, Adán intenta recuperar la relación con su hija Mónica. Lo hace dando un paseo por el bosque; y allí encuentra una fuente que representa el agua vivificante del bautismo, representa al Padre, al origen del amor, y representa también al Hijo, a Cristo, que ha traído el bautismo y ha traído la redención. Es decir, Cristo nos ayuda a volver al Padre, Cristo nos ayuda a ser hijos otra vez para, desde el Padre, poder convertirnos en padres; desde el manantial se puede dar amor: es la clave de la obra, la reconciliación entre el padre y el hijo.

Hay aquí, en esta obra, una clave también para la teología del cuerpo, la cual luego aparece también en la teología del cuerpo, y que es la reflexión sobre la palabra “mío”. Wojtyla habla de la palabra “mío”: de qué significa decir “mi padre”, “mi hijo”. Esta expresión, dice, se distingue del “mío” aplicado a un objeto: puedo decir “mi reloj”, “mi chaqueta”, y se trata de una posesión. Y puedo decir también “mi hijo”, “mi madre”, “mi esposa”: y el “mío” en esta otra acepción es muy distinta a la primera. Son muy distintas. No digo “mi chaqueta” como digo “mi hijo”; la segunda acepción implica una reciprocidad. Puedo decir “mi hijo” porque, a la vez, acepto ser “tu padre”. Yo digo “mío” si tú puedes decir también “mío”; es decir, digo “mío” porque soy “tuyo”: y ésta es una diferencia importante, pues en el caso de la relación interpersonal se habla de una disposición, de ser disponible al [para el] otro. Y aquí es donde entra también Cristo. Dice Wojtyla en la obra: “El hijo es siempre tuyo.

ARTÍCULO ESPECIAL

Tú, Dios, siempre piensas 'mío' acerca de tu Hijo". Es decir, una clave para la redención del cuerpo es pasar del "mío" del objeto, del "mío" de la posesión, al "mío" de la persona, porque mi cuerpo es "mío", dentro de una relación personal: cuando yo digo "mi cuerpo", lo digo porque acepto que "soy tuyo", y por eso el cuerpo no es sólo un objeto, sino que entra en el ámbito de las relaciones personales. Aquí está la redención: cuando soy capaz de salir de la dimensión del cuerpo en cuanto "mi cuerpo" como instrumento de placer, y más bien considerar que es "mi cuerpo" porque me lo ha dado otro, porque pertenezco a otro; y eso -dice- es Cristo el Quien lo ha traído, porque se ha hecho carne: en efecto, en la encarnación Cristo dice también "mi cuerpo". En la carta a los hebreos dice: "Me has dado un cuerpo"; y, por tanto, entra la plenitud en el lenguaje del cuerpo, porque inscribe siempre el cuerpo en la relación con el Padre. Cristo dice "mi cuerpo" porque dice "mi Padre": "mi Padre me lo ha dado todo", "Te doy gracias porque me has dado un cuerpo".

Bueno, pues llego así a la conclusión, a esta redención del amor; Cristo redentor del cuerpo a través de las relaciones; Cristo redentor de la filiación, de la fraternidad, de la esponsalidad, de la paternidad: redimiendo todas estas relaciones, Él redime el proyecto del Creador y, a la vez, da una dimensión nueva a todas estas relaciones. El vencimiento [la victoria], sobre todo la redención del cuerpo como superación de la muerte, aparecerá al final de las catequesis sobre el amor humano cuando hable de la virginidad como algo que anticipa ya la resurrección del cuerpo.



Podemos decir que, analizando estas tres obras, hemos encontrado lo que es para Wojtyla la redención del cuerpo, que luego desarrollará en "Redemptor hominis". En efecto, en "Redemptor hominis" encontramos en Cristo la clave de la salvación: este Cristo revela quién es Dios y quién es el hombre. Él habla de dos dimensiones del misterio de la redención: la dimensión divina, que en Cristo vemos quién es el padre; y de la dimensión humana, porque entendemos quién es el hombre.

Y todo esto sucede porque Cristo revela el amor; es decir, Cristo revela quién es Dios. Revelando al Dios Amor revela quién es el hombre, revelando así la capacidad del hombre para amar. Y, por tanto, Cristo revela también lo que es el cuerpo del hombre; porque el cuerpo es el lugar donde encontramos el amor, donde nos abrimos al amor, donde lo recibimos y lo entregamos. El cuerpo de Cristo, en el Cuerpo de Cristo -por eso "teología del cuerpo"- se revela el amor de Dios al hombre y el amor del hombre a Dios.

Juan Pablo II hablará de esta revelación no solamente en el momento de la Cruz y de la Resurrección, sino que hará ver que la Cruz y la Resurrección recuperan el momento de la Creación; por eso aparecen la figura de Adán y de Cristo. La capacidad de revelar el amor de Dios al hombre y el amor del hombre a Dios estaba ya inscrita en el cuerpo desde el principio. Hay una frase clave en la que dice Juan Pablo II: "En el cuerpo estaban ya inscritos los signos precursores, la expresión y la promesa del don de sí, según el sabio designio del Creador". Y así Wojtyla nos indica, hablando de la Creación, la vía de la experiencia humana como vía que concuerda con la Redención de Cristo. Una Redención que no salvase lo humano no sería verdadera Redención; una Redención que no salvase las experiencias humanas que se dan en la familia, que no salvase la familia, criatura del hombre y la mujer, del padre y de la madre, no sería verdadera Redención de Cristo.

Hay un momento en que, en el Primer Encuentro Mundial de las Familias en 1994, Juan Pablo II expresa esto al hablar de la familia; dice: "Familia, ¿qué dices de ti misma?". "Y la familia dice 'yo soy', como lo dice el Creador", dice Juan Pablo II. "'Yo soy el que soy'. La familia también dice 'yo soy el que soy'", dice en este escrito. "Yo soy, dice la familia, porque aquel que ha dicho de sí mismo 'yo soy el que soy', me ha dado la



fuerza y el derecho de ser. La familia es el primer lugar que el Creador ha abierto, y el primer lugar donde le encontramos”.

Voy a terminar con una imagen mariana, porque es la Virgen a la que, al final, elige Juan Pablo II para hablar del cuerpo. Juan Pablo II tenía una gran devoción a María, y en los ejercicios espirituales que dio en el Vaticano, él habla en una de sus meditaciones, que se llama “*El precio de la Redención*”, precisamente de la Redención del cuerpo, y la dedica a la Virgen María; ahí va a aplicar este “precio de la redención” a través de lo femenino y lo masculino. De un modo muy bello, él dice que cuando miramos a Cristo, a la gran obra de Cristo, toda su vida estuvo marcada por el deber del Padre, o los derechos del Padre. Y este gran deber del Padre, dice Wojtyła, se manifiesta cuando Jesús, perdido en el templo, dice que Él debe ocuparse de las cosas de Su Padre; y abandona el hogar paterno, como hace todo joven cuando se va de casa, y, sobre todo, cuando está en el huerto de los Olivos en Getsemaní, Jesús abraza la Voluntad del Padre, y por tanto hay una paternidad clave en la vida de Cristo. Pero, dice, aquí está la belleza: junto al gran deber del padre, Cristo cumple también lo que él llama los derechos de la madre, que es María; es decir, Jesús cumplió también los derechos de la madre, porque dice la ley: “honra a tu padre y a tu madre”. O sea, si el deber del padre se corresponde con la dimensión divina de la Redención, es decir revelar el amor de Dios, entonces los derechos de la madre contienen, por así decirlo, la dimensión humana de esa Redención. Sí María es la que ha dado a Jesús su humanidad, su carne, entonces Jesús cumple los derechos de la madre viviendo plenamente

como hombre, apreciando todo lo humano y todo lo que es la Creación. Jesús, siguiendo el deber del padre, revela el amor del Padre, pero lo revela según lo humano, es decir, según los derechos de la madre; y aquí lo masculino y lo femenino es clave en la teología del cuerpo, ya que resultan esenciales para aplicar la Redención. Lo masculino porque apunta al misterio, abre la senda, invita a una entrega mayor; y lo femenino porque custodia lo humano, incluye en la entrega de Jesús toda la entrega de la Creación.

Y no hay ninguna contradicción entre los dos, porque María, que le dio la carne y que le dio esa sensibilidad por lo humano, es la misma que le enseñó a cumplir los deberes del Padre, porque dijo: “Hágase según tu palabra”. La Redención del cuerpo muestra toda su fuerza precisamente en la Redención de María. Ella vivió en su cuerpo la apertura al amor; lo dice el verso de Dante dirigido a María: “En tu vientre volvió a encenderse el amor”. El cuerpo de María atestigua que Jesús viene del Padre; por lo tanto, a través de ella, a través de María, el cuerpo habla del amor de Dios; le habla Jesús hijo del amor de Dios, del amor del Padre. Y a la vez, el cuerpo que María da a Jesús se ofrece al Padre, y por tanto abre en el cuerpo una nueva medida, la medida de la entrega total al Padre hasta superar la muerte. Hay una teología del cuerpo porque el cuerpo revela cuánto ama Dios al hombre y cuánto puede el hombre amar a Dios. Por eso el lenguaje del cuerpo puede ser resumido en este sencillo lema: “*Totus tuus*”.

Moderadora: Muchas gracias, padre Granados; siempre ha sido un gusto escuchar sus palabras, siempre son un bálsamo al corazón. Y, bueno, vamos a proceder a la sección de preguntas y respuestas; las personas que nos están siguiendo enviaron preguntas, de las cuales seleccionamos las que le voy a mencionar ahora:

Sesión de preguntas:

Empezamos con la primera pregunta: ¿Cómo es posible recuperar el valor y la dignidad del cuerpo en la sociedad actual?

P. Granados: Pues, les decía antes que vivimos una crisis del cuerpo porque el cuerpo se entiende hoy como una autoexpresión del sujeto; es decir, el cuerpo es el lugar

» ARTÍCULO ESPECIAL

donde me realizo, busco expresar mi autenticidad, lo que yo soy, y el cuerpo, sin embargo -y esta sería la clave-, es que el cuerpo, habla un lenguaje; ésta sería la expresión de Wojtyła: tenemos que aprender a releer el cuerpo en la expresión de su verdad. Releer el lenguaje del cuerpo significa que el cuerpo no habla sólo de lo que yo quiero hacer o decido; también habla de que he sido donado a mí mismo por Otro. Esto está muy unido a la experiencia de la filiación, del hecho recibir la vida. Este lenguaje nunca se ha apagado en el hombre, a pesar de todas las voces que intentan ocultarlo y ofrecer una imagen del cuerpo que no tiene en cuenta esta imagen del Creador. Simplemente, es la experiencia del cumpleaños: que todavía lo celebramos todos, porque celebramos el nacer; porque la vida es un regalo. ¿Y dónde está inscrito ese regalo de la vida sino en el cuerpo? Es decir, creo que el camino es volver a recobrar las experiencias humanas de gratuidad en las relaciones, esas que nos van a revelar el lenguaje del cuerpo.

El lenguaje del cuerpo se comprende cuando entendemos el amor verdadero. Tal vez esta situación de pandemia contiene una oportunidad, porque hemos experimentado la fragilidad del cuerpo; claro, ante ello siempre hay dos soluciones: una es aumentar la técnica, creer que todo se va a solucionar así, y volver a insistir más en el cuerpo como autoexpresión, casi como instrumento en el hombre; o bien, abrirse a otra visión del cuerpo, abrirse al cuerpo como algo que viene del Creador, que nos es dado, que tiene un lenguaje que nos permite, al final, el amor verdadero. La doble alternativa queda entre nosotros siempre como un guante lanzado a nuestra libertad. La esperanza está en que el cuerpo habla un lenguaje por sí mismo, como dice la escritura: el cosmos, la naturaleza se alía con nosotros, con los justos; los santos tenemos un gran aliado en el lenguaje mismo que está escrito en el cuerpo.

Muchas gracias. ¡Qué hermoso, padre! Otra pregunta: **¿Cómo podemos superar el hombre instrumentado de hoy, en el que se insiste en separar la dimensión psíquica del yo, por un lado, y, por el otro, el lenguaje del cuerpo?**

La fragmentación del hombre, que ha sido siempre uno de los grandes retos [riesgos, tentaciones] de la modernidad, lo vemos hoy en los retos ante la pandemia; vemos muchos puntos de vista: el médico

tiene su palabra, el economista la suya, el político tiene la suya... y uno se pregunta: ¿No hay una palabra unitaria? ¿Cuál es la palabra unitaria? Se ha perdido un poco la visión unitaria del hombre. Hay una gran intuición en la encíclica de Benedicto XVI *"Deus Caritas est"*, cuando él dice que el hombre, que es cuerpo y es alma -porque sabemos que el hombre es uno porque nuestro cuerpo es uno-, ese hombre no es solamente corporal, pero, por otro lado, el amor no es solamente espiritual, y quien tiene la experiencia de que el amor es uno, ése tiene la experiencia [verdadera] del sujeto. Entonces, ahí es donde, recuperando las experiencias, sobre todo en la familia auténtica, se da esa unidad del hombre con su naturaleza y con su creaturalidad; ahí se dan experiencias de unidad, que nos pueden ayudar. La unidad del hombre no está en nosotros mismos [como sujetos] aislados, sino que nos llega por una relación; y ésa es la unidad del amor, y nos llega volviendo al Creador.

Al final, yo diría esto: hay que volver a hablar de Dios, y volver a hablar de la importancia de Dios en la vida de los hombres; no tener miedo de pronunciar la palabra "Dios" y de hablar del Creador, y de proponer al Creador en todas nuestras relaciones: en la vida, en la familia, en el trabajo, en la vida política. Porque el Creador es el que nos asegura que todos venimos de una misma Fuente, [es el que asegura la] de la fraternidad; y al final, sin ese 'ser creados' no hay unidad. Es la visión del Creador la que puede unificar todos los aspectos de la vida del hombre. Sin Él, estamos condenados a la fragmentación.





ARTÍCULO ESPECIAL

Muchas gracias, padre. Una última pregunta: **¿Lo masculino y lo femenino revela dos modos del amor divino?**

Bueno; les he dicho que creo que en Juan Pablo II hay esta idea muy clara de que la palabra para referirnos a Dios es "Padre", y, por lo tanto, hay en el Padre algo especial de lo que es el misterio de Dios, que se ha revelado así, [de esa manera], y probablemente sea esa distancia que establece el Padre con el Hijo. El Padre es Aquel que está en la distancia abrazándole desde lejos. [Como] Bien saben, es la madre la que le contiene [en su vientre], la que le da luz; por tanto, el misterio de Dios se ha expresado con la paternidad en primer lugar, pero Dios, a la vez, tiene los rasgos maternos, la maternidad. Dice Juan Pablo II en las catequesis que cuando el hombre y la mujer son dos modos que encarnan la soledad originaria ante Dios; como si lo "masculino" y lo "femenino" fueran dos modos de la soledad del hombre ante Dios. Es decir, la apertura al hombre se encarna, y, por tanto, como que la madre está diciendo que la presencia cotidiana de Dios nos abraza desde el principio.

Recuerdo una anécdota del cardenal Caffarra: él contaba que de niño despertó su sentido de Dios, y que esa experiencia la tuvo en su familia en tiempos que eran distintos de los nuestros; mas, en realidad, esa experiencia representa algo universal. Él decía que, cuando estaba en casa, veía como su madre rezaba el rosario haciendo, a la vez, muchas otras cosas, y él pensaba: "¡Qué grande es Dios, que mi madre puede rezarle en lo cotidiano!". Y, a la vez, veía a su padre que llegaba del trabajo a darle la bendición; luego se arrodillaba y rezaba el rosario en

silencio de rodillas. Y decía [el cardenal Caffarra]: "¡Qué misterioso es Dios, que mi padre, que es un señor tan importante, cuando llega del trabajo se arrodilla y le reza!". Y añadía [el cardenal Caffarra] que en esa situación de cercanía de Dios él afianza su vocación, y también el misterio de Dios revelado en la familia.



El misterio del hombre, clave en el pensamiento de Juan Pablo II¹.



Dr. Cipriano Sánchez García, L.C.
Rector de la Universidad Anáhuac México
Doctor en Filosofía
Licenciado en Teología

(Este artículo fue tomado del Seminario Internacional por el 100 aniversario San Juan Pablo II. 18-05-2020 convocado por el Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II, Sede Mexicana, y la Universidad Anáhuac, México. Se conserva el estilo hablado de la conferencia).

El misterio del hombre, una aventura vital

¡Ah, el peso específico del hombre, el peso particular de cada hombre! ¿Hay algo más abrumador y al mismo tiempo más inaprehensible? Es fuerza de gravitación continua encadenada a un breve vuelo. El vuelo tiene forma de espiral, de elipse, - y forma de corazón ¡Ah, el peso propio del hombre! Estas fisuras, esta maraña, y esta profundidad- estas adherencias, cuando es tan difícil despegar la mente del corazón.... Y en medio de todo ello, la libertad -una cierta libertad, a veces incluso locura, una locura de libertad ehuelta en esta maraña. Y en medio de todo ello, el amor, que mana de la libertad, como fuente de tajo recién abierta. ¡He aquí el hombre! No es transparente y no es monumental y no es simple; más bien pobre. Esto es un hombre -pero ¿y dos y cuatro y cien y un millón? -. Multiplica todo esto por ti mismo

(multiplica esta magnitud por la debilidad), y obtendrás el producto de la humanidad, el producto de la vida humana. Así habló aquel singular orfebre².

Quando Juan Pablo II escribía en 1956, con 36 años, esta obra teatral sobre el amor humano, estaba reflejando uno de los ejes de su pensamiento. No hubo área de su vida, ni la filosófica, ni la artística, ni la teológica, en la que no apareciera el misterio del ser humano. Es como si él mismo no lo supiera responder de modo adecuado y buscara en todo momento responderse con sus pensamientos, decisiones y acciones. Por ello mi intervención quiere recoger, con la necesaria brevedad, unos trazos que reflejen esta parte del alma de Karol Wojtyła, San Juan Pablo II, pastor, teólogo, y filósofo

El misterio del hombre en redemptor hominis

Quando fue elegido Papa, el entonces arzobispo de Cracovia se dispuso a dejar por escrito lo que había en su alma y lo que quería que fuera su ministerio. En ese contexto, nos dejó el retrato del ser humano al que quería dedicar su vida. Para intentar resumir su

¹ Siglas usadas como referencias:

- El taller del orfebre, BAC.
- Redemptor hominis, RH.
- Signo de Contradicción, BAC, SDC.
- Persona y Acción, Palabra, PYA.
- Dignitatis humanae, DH.
- Gaudium et spes, GS.
- Levantaos, vamos.
- Novo millennio inneunte

²El taller del orfebre BAC p. 24

ARTÍCULO ESPECIAL

identidad, tomaba una frase del Concilio Vaticano II en la constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno, que sería como un paradigma de su pontificado: *Cristo, Redentor del mundo, es Aquel que ha penetrado, de modo único e irreplicable, en el misterio del hombre y ha entrado en su "corazón". Justamente, pues, enseña el Concilio Vaticano II: "En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado"*³. Aquí está: el misterio del hombre. ¿A qué se refiere con esta expresión? Las líneas que le siguen nos pueden dar algunas pautas:

- La primera es que el ser humano no se explica nada más "por Adán", es decir, por su origen humano, por su historia, por lo que se le da de modo natural. La razón la explica citando a Romanos 5,14: Adán era figura de alguien que tenía que venir, Cristo.
- Esto nos da la pauta para la siguiente línea. El ser humano encuentra su explicación en Cristo, que, revelando el misterio de Dios y de su amor, *manifiesta plenamente al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación* (aquí otro de los grandes paradigmas wojtylianos). El ser humano, para entenderse de verdad, no puede mirar sólo a su origen; tiene que mirar, de modo particular, a su destino, al hombre que recupera la semejanza divina, al ser humano que lleva a plenitud su dignidad sin igual.
- Así llegamos a la tercera línea. No es el ser humano quien sube, es el Hijo de Dios quien se acerca y con su encarnación, *se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, 'semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado'. ¡Él, el Redentor del hombre!*⁴. Esta reflexión nos deja ver que para podernos descubrir a nosotros mismos es necesario que miremos a quien se hizo como nosotros y, desde Él, subir a nuestra verdadera dignidad.

El misterio del hombre tiene que ver, por lo tanto, con aquello a lo que es llamado, que no es otra cosa que la plenitud de lo que implica su creación como persona. Todo lo que vive, todo lo que recibe, puede entenderse e iluminarse en esta perspectiva que da sentido a cada situación que le acontece.

Ahora bien, ¿cuál es el horizonte en el que se lleva a cabo esta realización de la persona humana según Juan Pablo II? En sus mismas palabras podemos repetir: *El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre*⁵. Al final, el misterio del hombre es su capacidad de amar y ser amado, de encontrarse con el amor y realizarse en el amor. ¿Es este sólo un lenguaje poético o sensiblero? Realmente no. Realmente es el punto final de una antropología que otorga la felicidad y la belleza, porque lleva a realización todos los aspectos de la persona humana, de lo que llamamos su dignidad y el valor de su humanidad. Es el modo de poder comprenderse a sí mismo; y citamos de nuevo: *El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo — no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso*



³RH 8

⁴RH 8

⁵RH 10

ARTÍCULO ESPECIAL

aparentes—, debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo⁶. Juan Pablo II está poniendo delante de los ojos de cada hombre y de cada mujer no un algo, sino un Alguien, que le hace ver la maravilla del propio ser, al descubrirse llamado a realizar un valor tan sublime.

El misterio del hombre, por lo tanto, es toda la riqueza que desde su interior se proyecta hacia los demás y hacia Dios. Es la potencialidad que debe desarrollarse en una plenitud acorde con su dignidad, que le es dada por su origen y por su destino, y que, en la dimensión de la fe, encuentra en Cristo no sólo el modelo, sino también la fuerza para entenderse a sí mismo, descubriendo lo amado que ha sido, y, por lo tanto, el alto valor que se desprende de la inconmensurabilidad de ese amor.

Las dimensiones del misterio del hombre

¿Cuáles son las dimensiones de este misterio en la perspectiva de Juan Pablo II? Tenemos que ir un poco hacia atrás en la historia para entrar en otro documento que fue trascendente en la visión que Juan Pablo II, entonces Karol Wojtyła, tuvo sobre su misión en la vida, y que expresó ante el Papa Pablo VI en 1976. Es un texto de ejercicios espirituales, pero, en realidad, es un planteamiento de su visión de Dios, de la Iglesia y del ser humano. Por ello, puede ser un segundo momento en nuestro viaje hacia esta categoría que marca la vida de Juan Pablo II: el misterio del hombre. En la meditación XII, comentando también el texto de *Gaudium et spes* 22, nos da varias intuiciones valiosas para nuestra reflexión.

- En primer lugar, en cuanto a su epistemología, nos hace ver que el concepto del misterio del hombre no se responde de modo adecuado ni desde el racionalismo, ni desde el empirismo, que



considerarían al ser humano de modo reduccionista: como un simple objeto de la ciencia⁷, dejando de lado precisamente el misterio, que nunca llega a comprenderse de modo completo. En este sentido, Juan Pablo II acude a una epistemología de la revelación como camino para poder comprender de modo completo el misterio del hombre; una revelación que, siendo de origen teológico, se lleva a cabo de modo antropocéntrico, para manifestar a Dios Padre y su amor por el hombre⁸.

- En segundo lugar, nos hace ver que, precisamente por ser antropocéntrica, la revelación debe ser personalista, y ello se concreta en la manifestación del Hijo de Dios que, por su encarnación, se hace ser humano de modo pleno. El misterio del hombre sólo puede ser manifestado plenamente al hombre por quien se hace auténticamente hombre y abarca todas sus situaciones⁹.
- Y, en tercer lugar, esta manera de llevarse a cabo la revelación del misterio del hombre al hombre mismo, pone de manifiesto la gran dignidad de la naturaleza

⁶RH 10

⁷El concepto del misterio del hombre vinculado con el hecho de su manifestarse, se sitúa ciertamente frente a dos tendencias, dos concepciones. Por un lado, el racionalismo y el empirismo han tratado y tratan todavía de convencernos de que el hombre es exclusivamente objeto de ciencia; Por otro lado, en cambio, sobre la base de una convicción semejante, se ha desarrollado la conciencia de que el hombre es un ser desconocido, el hombre, ese desconocido, como ha dicho Carrel. La categoría del misterio encuentra aquí su plena aplicación. SDC p. 132

⁸El texto conciliar, aplicando a su vez al hombre la categoría del misterio, explica el carácter antropológico, o incluso antropocéntrico, de la revelación ofrecida a los hombres en Cristo. Esta relación se concentra sobre el hombre: Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre, pero lo hace mediante la revelación del padre y de su amor. SDC p. 132

ARTÍCULO ESPECIAL

humana y el valor de cada ser humano en concreto, pues el Hijo del hombre muestra a la naturaleza humana como *capax Dei*, y a cada ser humano como destinatario de la entrega redentora del mismo Hijo de Dios¹⁰.

Esto lleva a dirigir la mirada, de modo necesario, hacia lo que la persona de Cristo, que manifiesta al ser humano en la iluminación de su misterio, como dice el Vaticano II: *manifiesta el hombre plenamente al hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*¹¹.

Esta manifestación de la sublimidad del ser humano se realiza en tres categorías, que son las que explican



e interpretan el misterio del hombre. Tres categorías que este escrito del arzobispo de Cracovia encaja en los así llamados *tria munera Christi*: profeta, sacerdote y rey. Tres categorías que nosotros podríamos expresar, siguiendo a Karol Wojtyła, en la verdad, el sentido y la conciencia, como tres ámbitos en los que el ser humano puede comprenderse a sí mismo. Para ello, analiza lo que es esencial y constitutivo del ser humano, lo que cada persona humana debe buscar para llegar a desarrollar lo que encierra su propio misterio.

El primer peldaño en este camino es la búsqueda de la verdad. La razón fundamental es que la dignidad de cada persona necesita de la verdad para poderse llevar a cabo. No puede haber dignidad en la mentira, en la falsedad, en la no-verdad. Por ello Wojtyła afirma que *el pensar en la verdad y el vivir en la verdad* son componentes indispensables y esenciales de la dignidad humana¹², y también que: (es el punto neurálgico del misterio del hombre), así como lo es *la verdad del conocimiento de sí mismo, del mundo, de Dios; la verdad de la conciencia, de la ciencia y de la fe*. Para iluminar esta intuición, Wojtyła se sirve también de dos textos conciliares, el primero tomado de nuevo de *Gaudium et spes*, n. 15, y el segundo de *Dignitatis humanae* n.2.

El primero de los textos¹³ comienza afirmando la superioridad de la inteligencia humana respecto al

⁹La revelación no es una teoría o una ideología. La revelación consiste en el hecho de que el hijo de Dios, mediante su Encarnación, ha venido a todo hombre, y se ha hecho, en cuanto hombre, uno de nosotros: en toda semejanza nuestra, fuera del pecado. Jesús vivió una auténtica vida humana, y sabemos que ésta fue tan difícil que le acercó para siempre todos aquellos a los que la vida no regatea pruebas y dolores. SDC p. 132

¹⁰Por la Encarnación del hijo de Dios se ha puesto de relieve la gran dignidad de la naturaleza humana, y por el misterio de la redención, se ha revelado el valor del hombre concreto, de tal modo que nos hace comprender hasta qué punto es preciso luchar por salvar su dignidad. SDC 132

¹¹GS 22

¹²SDC p. 153

¹³GS 15. Tiene razón el hombre, participante de la luz de la inteligencia divina, cuando afirma que por virtud de su inteligencia es superior al universo material. Con el ejercicio infatigable de su ingenio a lo largo de los siglos, la humanidad ha realizado grandes avances en las ciencias positivas, en el campo de la técnica y en la esfera de las artes liberales. Pero en nuestra época ha obtenido éxitos extraordinarios en la investigación y en el dominio del mundo material. Siempre, sin embargo, ha buscado y ha encontrado una verdad más profunda. La inteligencia no se ciñe solamente a los fenómenos. Tiene capacidad para alcanzar la realidad inteligible con verdadera certeza, aunque a consecuencia del pecado esté parcialmente oscurecida y debilitada. Finalmente, la naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien. Imbuido por ella, el hombre se alza por medio de lo visible hacia lo invisible. Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no forman hombres más instruidos en esta sabiduría.

» ARTÍCULO ESPECIAL

universo material como fruto de su participación de la inteligencia de Dios, que lo hace ser al mismo tiempo espiritual y material. Después procede a reconocer los avances que el ser humano ha tenido a lo largo de la historia gracias a esta dimensión de su persona. Y, en un tercer momento, pasa a describir la importancia que tiene la búsqueda de la verdad, que posee los siguientes rasgos:

- La certeza de poder encontrar la verdad.
- La necesidad de integrar y perfeccionar el dinamismo de la inteligencia con la sabiduría y el amor de la verdad y del bien.
- La capacidad de trascender lo visible hacia lo invisible.

Por otra parte, el segundo de los textos¹⁴ al que alude Wojtyła, comienza describiendo el hecho de que la estructura personal del ser humano lo impulsa con una responsabilidad moral a buscar la verdad, a aceptar y ordenar la vida según ella. Luego, deja clara la necesidad de la adecuada libertad interior y exterior para tener éxito en esta búsqueda.

De ambos textos se deduce la existencia, en la persona humana, tanto de una estructura o potencialidad como de un dinamismo que lo pone en relación esencial con la verdad, y que abre un horizonte hacia el bien, el amor y la trascendencia. De hecho, el mismo arzobispo de Cracovia termina su reflexión sobre este tema diciendo: *la verdad [. . .] constituye una dimensión esencial del conocimiento humano y de su existencia, de la ciencia, de la sabiduría, de la conciencia humana, a las que confiere su propio sentido. Cada hombre nace en el mundo para dar testimonio de la verdad según su vocación particular*¹⁵. Con esto abre el horizonte de la verdad hacia una

dimensión social de la misma, como un derecho que no le puede ser negado al ser humano, de forma especial en un mundo como el actual, frente a la manipulación de la verdad¹⁶ y a una especie de obligación a vivir en la mentira, por tener que profesar lo que no responde, o incluso contradice, sus más profundas convicciones¹⁷.

El segundo peldaño tiene que ver con el sentido que tiene la propia vida y las personas y situaciones que la rodean. En este contexto, Wojtyła echa mano de la categoría cristocéntrica del *munus sacerdotale*, como una forma de explicar la orientación del sentido de la vida del ser humano. Siguiendo su metodología, un texto conciliar sobre la pregunta existencial del ser humano ilumina el pórtico de sus reflexiones: *¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?*¹⁸. La relación con Dios, en cuanto creador y redentor de cada ser humano, una relación que es marco



¹⁴DH 2. *Todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre, y enriquecidos por tanto con una responsabilidad personal, están impulsados por su misma naturaleza, y están obligados además moralmente, a buscar la verdad, sobre todo la que se refiere a la religión. Están obligados, asimismo, a aceptar la verdad conocida y a disponer toda su vida según sus exigencias. Pero los hombres no pueden satisfacer esta obligación de forma adecuada a su propia naturaleza si no gozan de libertad psicológica al mismo tiempo que de inmunidad de coacción externa.*

¹⁵SDC p. 155

¹⁶SDC p. 156

¹⁷SDC p. 157

¹⁸GS 10

» ARTÍCULO ESPECIAL

de referencia necesario e ineludible, *está a la base de la más profunda verdad del mundo y del hombre, y cimienta el sentido que explica al ser humano y su mundo*¹⁹; es la respuesta a los interrogantes más acuciantes, profundos y fundamentales del hombre, de toda la estirpe humana, de toda la realidad a la que el hombre pertenece existencialmente, y que al mismo tiempo supera²⁰. La realidad de la referencialidad divina está necesariamente injertada en el misterio del hombre como fundamento, explicación y orientación.

En este contexto de estructura y dinamismo se genera uno de los grandes dramas del ser humano, porque el ser humano está facultado para no elegir lo que su estructura le propone, por medio de su libertad. La referencialidad inscrita en su ser tiene que ser hecha propia por la libertad, la acción llevada a cabo con convicción interna personal. Es la libertad la que ordena al ser humano a su relacionalidad con Dios, quien le da su estructura personal, con los dinamismos de su estructura personal, y con las otras personas con quienes genera un orden de relación y donación.

Para Wojtyła en esto consiste la estructura esencial de la existencia personal y humana: *El hombre existe no sólo en el mundo, no sólo en sí mismo, sino que existe en relación, existe en donación: ¡así es cómo tiene que existir! No puede encontrarse a sí mismo plenamente más que en una desinteresada entrega de sí mismo. (...) Sin esta relación y donación, toda la existencia humana sobre la tierra pierde su sentido*²¹. Esta convicción le es tan central, que Wojtyła la denomina *la hermenéutica del misterio del hombre*²²; es la perspectiva que lleva a la plena realización de la cultura, de la ciencia, de la técnica, para la afirmación de sí mismo y la construcción de la humanidad en su aspecto esencial. Este es el modo en el que el ser humano descubre su sentido en el mundo, de tal modo que todo lo que lleva a cabo tiene una orientación hacia la trascendencia y la relación con los demás, en especial los que más lo necesitan. Es el



modo en que el ser humano lleva a cabo su praxis en la naturaleza, porque el ser humano no se puede reducir a la sola materia y a los efectos materiales de su acción, por su estructura de conocimiento y de libertad en su acción, y que hace de todo su trabajo un acto de la persona²³.

Y el tercer peldaño es la conciencia. La conciencia es lo que da valor moral a toda la actividad humana porque la hace personal; y precisamente humana, como afirma el mismo Wojtyła: *No es únicamente el trabajo el que produce al hombre; si queremos ser fieles a un análisis exacto de la persona humana, debemos afirmar sin ambages que toda la autorrealización, auto-creación de sí mismo, tiene su fuente en la conciencia moral, en el centro espiritual del hombre*²⁴. De este modo profundiza Wojtyła en el valor de la conciencia: *La dignidad de la persona humana encuentra su fundamento en la conciencia, en la belleza interior al principio objetivo, que permite a la praxis humana distinguir entre el bien y el mal. Ella advierte el mal e impulsa al hombre hacia el bien. La conciencia quiere vincular al hombre al bien no sólo de forma pasajera, sino de una manera más profunda: quiere que el hombre se haga 'bonus in quantum Homo', que no pierda ese bien sustancial que es la humanidad misma. En la obediencia del hombre a su conciencia se encuentra la clave de la grandeza moral*

¹⁹SDC p. 167

²⁰SDC p. 166

²¹SDC p. 169

²²SDC p. 169

²³SDC p. 178

²⁴SDC p. 179

ARTÍCULO ESPECIAL

del hombre y la base de su realeza, de ese dominio que es también, en sentido ético, autodominio²⁵.

Con estos dos textos nos queda claro que el papel de la conciencia en el ser humano no tiene sólo un sentido normativo o indicativo, sino que también tiene un sentido de perfeccionamiento, en el sentido de que, en algún modo, está conectado con nuestro ser en cuanto ser humano; o más específicamente en el ser bueno, en el sentido trascendental de la palabra. Por eso no existe una auténtica realización del ser humano si no sigue la conciencia que lo hace ser bueno, es decir que lo hace crecer en el propio ser, en la bondad del propio ser. De aquí que Wojtyła cite a Tomás de Aquino con la expresión '*bonus in quantum homo*', tomada de modo amplio del tratado De Malo en la quaestio 75.

La conciencia es la que desvela el misterio del hombre, porque le permite en medio de toda su praxis no sólo hacer el bien, sino de modo muy especial ser bueno, y por lo tanto no sólo orientar hacia el bien el mundo que lo rodea, o su acción en el mundo que le rodea, sino que orienta hacia el bien la propia persona. Por ello la referencia al autodominio como realeza sobre sí mismo en el ser humano.

De este modo, Wojtyła nos ha dejado los tres principios hermenéuticos con los que el ser humano se va desvelando a sí mismo en el mundo: la búsqueda de la verdad, la búsqueda de un sentido trascendente y

la guía de la conciencia para encontrar la verdad en el bien. El misterio del hombre, desde el punto de vista antropológico, es, por lo tanto, un camino constante de descubrimiento ascendente de uno mismo. La referencia al modelo de humanidad que es Cristo no se propone entonces como un solo principio teológico, sino que se descubre como la referencia antropológica que hace verdadera la última afirmación de Wojtyła en su reflexión sobre la conciencia: *La obediencia a la conciencia, la cual obedece a su vez a la ley divina del amor, hace que "servir a Cristo equivalga a reinar"* (Cf. *Lumen Gentium* 36)²⁶.

A las raíces del misterio del hombre.

Como un tercer momento de nuestra reflexión, podríamos preguntarnos si todo este horizonte que florece en *Redemptor hominis*, y que vemos ampliamente en *Signo de Contradicción*, tiene alguna raíz en la visión filosófica del ser humano original de Karol Wojtyła. Para ello, podemos referirnos a su gran obra filosófica *Persona y Acción*, que ve la luz en 1969. Toda la reflexión comienza centrando su mirada en la persona, profundizando sobre la experiencia del hombre, porque en la visión filosófica de Wojtyła el misterio del hombre está ligado de modo necesario a la experiencia que el ser humano tiene de sí mismo.

Esta es la intuición con la que Wojtyła termina su introducción en *Persona y Acción*, cuando desvela el propósito de su obra: *Se trata de tomar el pulso a la realidad del hombre en el punto más adecuado, aquel al que nos conduce la experiencia del hombre y al que el hombre no puede renunciar sin la sensación de haberse perdido a sí mismo. (...) Esta obra no está concebida ni según el modelo de los comentarios ni tampoco como un "sistema". Consiste más bien en un intento personal de comprender el objeto, un intento de análisis que pretende encontrar una expresión sintética de la persona y de la acción. Parece, antes que nada, esencial para esta concepción, que intentemos comprender a la persona humana en sí misma: así se podrá responder a los desafíos encerrados en la experiencia de la persona en toda su riqueza, y también a la problemática existencial*



²⁵SDC p. 180

²⁶SDC p. 180



*del hombre en el mundo contemporáneo*²⁷.

En estas líneas finales, Wojtyla vincula la posibilidad de conocimiento de la persona al conocimiento de la experiencia que la persona hace de sí misma. La categoría "misterio del hombre" debe enfrentarse desde la categoría "experiencia de la persona" como proceso cognoscitivo que abre no sólo a una mayor comprensión de sí, sino también a la respuesta a la problemática que el ser humano vive en su mundo; un enfrentamiento que tiene que lidiar, como él mismo afirma, con *los desafíos encerrados en la experiencia de la persona en toda su riqueza*.

Para entender este planteamiento del misterio del hombre que Wojtyla intenta delinear de modo filosófico, podríamos tomar este final como un punto de partida, que en toda la introducción se hace búsqueda, ofreciendo los ámbitos referenciales con los que podemos introducirnos en el misterio del hombre. Lo que quiere Wojtyla queda reflejado en este párrafo: *El hombre no debe olvidar su lugar adecuado en este mundo, que ha configurado el mismo. Se trata de tomar el pulso a la realidad del hombre en el punto más adecuado, aquel al que nos conduce la experiencia del hombre, y aquel hombre no puede renunciar sin la sensación de haberse perdido a sí mismo*²⁸. La aparición del adjetivo *adecuado* en el vocabulario de Wojtyla se encuentra siempre referido a la

verdad plena de algo, cuando viene junto a un sustantivo. Por ello, lugar adecuado y punto más adecuado están queriendo señalarnos que es algo esencial para el hombre mismo en su relación consigo y en su relación con el mundo, tanto que en ello se juega el perderse o el encontrarse.

El mismo Wojtyla es consciente de que esto es un proceso profundamente existencial, como afirma en un párrafo denso en significados y sugerencias: *Sólo el hombre espera continuamente ser el mismo analizando en profundidad y, sobre todo, que se alcance una nueva síntesis, lo que no es fácil. El hombre, descubridor de tantos misterios de la naturaleza, necesita incesantemente ser descubierto él mismo de nuevo. Permaneciendo siempre en alguna medida como "ser desconocido", necesita de continuo una expresión nueva y cada vez más madura de su esencia*²⁹.

¿Cuál es el camino que nos plantea para pasar de ser un desconocido a una cada vez más luminosa expresión de su esencia? Toda la introducción a *Persona y Acción* tiene el propósito de desvelarlo en un dinamismo sumamente riguroso.

- Wojtyla propone profundizar en la experiencia, no como un mero sucederse de eventos, sino como el modo en que podemos descubrir el yo propio y el de los demás. En el caso del ser humano, la experiencia no es un mero sucederse de eventos, porque cuando el ser humano experimenta algo, también se está experimentando a sí mismo, en su persona y en las diversas dimensiones de esta: *Se trata de la experiencia más rica, y probablemente la más compleja, entre todas las que el hombre tiene a su alcance. La experiencia de cualquier cosa que se encuentre fuera del hombre siempre conlleva una cierta experiencia del propio hombre. Pues el hombre nunca experimenta nada externo a él sin que, de alguna manera, se experimente simultáneamente a sí mismo*³⁰.
- Esta realidad supera la fragmentación del empirismo: *el objeto de tal experiencia no es sólo un fenómeno*

²⁸PYA p. 58

²⁹PYA p. 57

³⁰PYA p. 56

ARTÍCULO ESPECIAL

*sensible transitorio, sino también el propio hombre que se revela a partir de todas las experiencias y que, a la vez, está en cada una de ellas*³¹. Además, cuando el hombre experimenta a otro ser humano, no sólo lo hace como un concepto abstracto, sino que también lo descubre como un yo, semejante a lo que sucede cuando yo me experimento a mí mismo. La experiencia de la persona posee siempre una dimensión de inconmensurabilidad³², pues nunca se llega a agotar ni toda la experiencia del ser humano ni toda la experiencia de mi yo.

- Hay una importante relación en el caso humano entre experiencia y comprensión. La dimensión intelectual del ser humano permite generar una relación entre la experiencia del yo, algo interno subjetivo particular, con la experiencia del hombre, algo externo, objetivo y universal. De otro modo se haría presente e insalvable la duda que Wojtyla expresa: *¿qué es en este caso lo que se me presenta de manera "directa"?, ¿es solo la "superficie", perceptible por los sentidos, de ese ser al que llamo hombre, o es también el hombre mismo?, ¿o es mi propio "yo" como hombre?, ¿en qué medida lo es?*³³

Así tenemos los elementos que nos permiten entender la experiencia interior de uno mismo, por un lado, el descubrimiento de una identidad cualitativa en medio de todas las experiencias y, por otro lado, el descubrimiento de una inconmensurabilidad que hace inagotable la sola reducción a la experiencia. El conocimiento de sí se fundamenta en la experiencia del hombre que no se agota en el empirismo, sino que, en el caso de Wojtyla a través de la visión fenomenológica llega la identidad del ser humano³⁴.



El ámbito en que es posible descubrir la persona es la acción de la persona, porque en ella se revela la dimensión personal, es decir su trascendencia y su autodominio. El punto de partida es la experiencia de que el hombre actúa, y desde la actuación del ser humano podemos profundizar en la persona. Una acción de la persona que se refiere, de modo especial, al momento en que la persona actúa con su libertad y con su inteligencia, esto es el *Actus Personae*: *la acción es un momento particular en la aprehensión -o sea, en la experiencia- de la persona. El hecho "el hombre actúa", en todo su amplio contenido experimental, se puede entender de manera que se capte como acción de la persona*³⁵.

Esta visión de la Acción y de la Persona nos lleva a la dimensión moral, que implica una relación no sólo con la verdad, sino también con el bien que se refleja en su visión de la ética: *es la ciencia sobre la acción que presupone a la persona: al hombre en cuanto persona*³⁶. La experiencia de la acción de la persona nos permite poner el fundamento tanto de la verdad del ser humano,

³¹PYA p. 31

³²La inconmensurabilidad procede del hecho de que, cuando el hombre es un dato para sí mismo, es su «yo» propio, lo es de manera mucho mayor y muy distinta a como lo es cualquier otro hombre que no sea yo mismo. Incluso cuando tenemos el mayor grado posible de aproximación a cualquier otro hombre, la diferencia permanece. PYA 34

³³PYA p. 39

³⁴No se puede aceptar que, cuando se aprehende este hecho, la experiencia se limite a la pura «superficie» -a un conjunto de rasgos sensibles que son en cada ocasión únicos e irrepetibles- y que el entendimiento, por así decir, espera estos contenidos para «hacer» con ellos su propio objeto, al que denomina «acción» o «persona y acción». Parece más bien que el entendimiento interviene ya en la propia experiencia, y gracias a ella establece una relación con el objeto. PYA 40

³⁵PYA p. 41

³⁶PYA p. 42

ARTÍCULO ESPECIAL

la antropología, como el bien del ser humano, la ética. O si lo queremos ver de otro modo: el ser humano verdadero y el ser humano bueno. La moralidad descubre la profundidad de la persona y sus dimensiones; en ella, usando una palabra muy querida de Wojtyła, se desvela la persona y el valor moral de la acción. *Las acciones son un momento privilegiado para ver la persona y, por tanto, para conocerla experimentalmente. ... porque ahí la persona se nos revela de manera más profunda y amplia que en el acto mismo*³⁷.

La dimensión del yo que lleva a cabo este dinamismo es la conciencia, que es la que pone en acto el juicio sobre el bien y la verdad de los actos, y sobre el bien y la verdad de la misma persona. Una conciencia que descubre a la persona en los actos que la hacen ser de modo específico: la trascendencia, el autodomínio y la integración. Una conciencia que descubre que la persona no se agota en sí misma, en la dimensión de la "persona actúa", sino que se descubre abierta de modo necesario a la "persona actúa junto con los otros", dando así a la participación una carta de naturaleza en el descubrimiento del misterio del hombre.

Podemos concluir este momento resumiendo el modo en que el misterio del hombre aparece en la experiencia del hombre: el ser humano se descubre a sí mismo como un yo, un yo que actúa y en cuyas acciones se desvela su naturaleza de trascendencia y autodomínio, y también su dimensión moral. Este descubrimiento no es sólo intelectual, sino que por medio de la conciencia se asoma a la inconmensurabilidad que siempre aparece en cada ser humano, sea cuando actúa en sí mismo, o cuando actúa junto con los otros.

Conclusión:

He querido resumir en estas líneas la gran riqueza con la que Wojtyła fundamenta su búsqueda del misterio del hombre, siendo consciente de que, con la sola razón y la sola filosofía, siempre hay ámbitos por descubrir, debido a la inconmensurabilidad del yo que se descubre en cada experiencia que se tiene de sí mismo o de los otros.

El misterio del hombre es un eje que recorre toda la vida

de Wojtyła, como recorre la vida de cada uno de nosotros. Al final el recorrido descendente que hemos hecho en estas reflexiones se concretó en un recorrido ascendente, en el que el mismo Juan Pablo II fue descubriendo su propia inconmensurabilidad, o se le fue manifestando como hombre el misterio de su propio ser hombre. Y lo fue descubriendo apoyándose en su razón y en su fe. En lo que su inteligencia le descubría y en los horizontes que la fe le abría en cada experiencia: *el misterio tiene una doble vertiente. Una consiste en todo lo que, gracias al amor de Dios, ha sucedido ya en la historia humana. Otra recae sobre el futuro, la esperanza: es el misterio del umbral que cada uno de nosotros debe atravesar, impulsado por la llamada misma y sostenido por una fe que no se arredra ante nada, porque sabe de quién se ha fiado (2 Tm 1, 12). Es un misterio, pues, que compendia todo lo que fue "desde el principio, lo que fue antes de la fundación del mundo y lo que aún debe venir". La fe, la responsabilidad y la valentía de cada uno de nosotros se inserta así en el misterio de la plenitud del designio divino. Se necesita nuestra fe, nuestra responsabilidad y firmeza para que el don de Cristo al mundo pueda manifestarse en toda su riqueza*³⁸.

Él a lo largo de su existencia supo él ir descubriendo su misterio, mirando hacia delante, pero sobre todo mirando hacia arriba y hacia atrás, descubriendo en todo momento, en cada experiencia, en cada decisión que tenía que tomar, que en ella se hacía mejor persona,



³⁷PYA p. 44

³⁸Levantaos, vamos, p. 101



ARTÍCULO ESPECIAL

que se hacía más verdadero, que se hacía mejor, que se asemejaba a aquel que también a él le desvelaba el misterio de su ser hombre: Cristo Jesús, a quien abrió las puertas de su vida y a quien abrió las puertas del mundo. Así nos lo dejó en uno de sus últimos documentos, al inicio del tercer milenio: *“Señor, busco tu rostro”* (Sal 2726,8). *El antiguo anhelo del Salmista no podía recibir una respuesta mejor y sorprendente más que en la contemplación del rostro de Cristo. En él Dios nos ha bendecido verdaderamente y ha hecho “brillar su rostro sobre nosotros”* (Sal 6766,3). *Al mismo tiempo, Dios y hombre como es, Cristo nos revela también el auténtico rostro del hombre, “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre”*³⁹.



³⁹Novo milenio inneunte 23



Viaje al país del tesoro de la amistad



Antonio Herrero Serrano, L.C.

Licenciado en Filosofía y profesor de humanidades clásicas.

A Alfonso Ortega Carmona, O.F.M. (1929-2018), gran humanista y forjador de humanistas, como muestra de gratitud.

Todo hombre lleva dentro retales de alma aventurera. Explorar y conquistar son a veces los torrentes por los que se desboca esa pasión. Pero el ímpetu de nuevos lances no sólo impele a surcar mares, vadear ríos, subir montes o, en nuestro tiempo, a dedicarse, por ejemplo, a los así llamados deportes de alto riesgo. También puede adentrarse con intrepidez en los escritos más destacados de siglos pasados. Ésa es la ilusión de estas páginas: la aventura de rastrear las pistas de un tesoro en varias regiones del pensamiento occidental, sobre todo en el grecorromano y en el cristiano. El terreno por descubrir es el de la amistad; y el tesoro, el buen amigo. Va a ser, por fuerza, apenas un reconocimiento de esa amplia zona, y no un análisis pormenorizado de cada palmo de tierra.

1. La amistad en el mundo cultural griego

Y nos abrimos al mundo clásico, concretamente a Grecia, cuna cultural de Europa.

Antes de la *filosofía* sobre la amistad, los griegos vivieron la *poética* -*poiética*, quizá mejor- de este valor humano. Antes lo practicaron, lo hicieron (ποιεῖν); luego

lo expresaron en la *poética* de versos épicos. Poética y épica, hermanadas. Sólo en tercer lugar pasaron a *filosofar* sobre la amistad. La práctica antes que la teoría, como un viviente *hýsteron-próteron*, tan acorde con el espíritu activo y resuelto de aquellos griegos.

Aquí están los *poemas homéricos*, que se adelantan cerca de tres o cuatro siglos a las consideraciones de Platón y de Aristóteles sobre la amistad. En Homero la *poética* y la *épica* de la amistad se hermanan. Aún emociona y conmociona en la *Ilíada* la amistad entre Aquiles y Patroclo. La ira arrasadora del primero se va atemperando poco a poco con la sensibilidad del segundo. Patroclo le pide que combata contra los teucros, pues están a punto de tomar las naves aqueas. Aquiles se niega. Sigue en poder de la ira, protagonista





DIMENSIÓN HUMANA



moral de más de la mitad del poema, ocasionada por el rapto de su esclava Briseida a manos de Agamenón. Pero cuando Patroclo, el amigo, le pide sus armas para que los troyanos lo confundan con él, y le solicita así mismo su tropa de mirmidones para salir, como otro Aquiles, a alejar a los troyanos, Aquiles se doblega, se apea de la ira y accede. Barrunta que Patroclo se encamina a la muerte, que no le puede venir más que de su propio rival: Héctor. Pero el hijo de Peleo admira la amistad que le profesa Patroclo y el gesto de querer aparecer como su *alter ego*, como segundo Aquiles, vestido con su propia armadura. Los mismos troyanos, al ver a Patroclo piensan que el hijo de Tetis «había renunciado a su cólera y había preferido la amistad»¹. La rapsodia XVI es, así, un himno dinámico a la amistad en medio de la guerra. Y en el canto final de la obra, Aquiles, ante Príamo que le pide, suplicante, el cadáver de su hijo, llora «unas veces a su padre; otras, a Patroclo»². Peleo y Patroclo, el padre y el amigo, respectivamente, quedan poco menos que equiparados en amor. Los lazos de la sangre y los de la amistad, equilibrados: ¡tanto puede la amistad!

En el universo de la *tragedia griega*, destaca la amistad entre Orestes y Pílates, unidos, en dichas y en desdichas, por el respeto y la fidelidad mutuas.

Cuando Orestes se decide a matar a Clitemnestra, su madre, asesina de Agamenón su padre, Pílates es cómplice suyo: «Pílates, ¿qué haré? -le pregunta- ¿He de matar a una madre?». El amigo le convence aludiendo a los vaticinios divinos: «¡Considera que vale más ser enemigo de todos que de los dioses!», recoge Esquilo en las *Coéforas*. Esa amistad profunda y ejemplar queda plasmada en estas confesiones de Orestes: «Somos hermanos por amistad, no por nacimiento»³. Amistad natural y fraternidad espiritual que llevan a Orestes a querer morir en lugar de Pílates. Los dos amigos han ido al pueblo bárbaro de Táuride para robarse la estatua de Artemisa y llevarla a Grecia. En el país de los tauros priva la más cruel xenofobia: se castiga con la muerte a todo extranjero. Y es Ifigenia la sacerdotisa encargada del macabro ritual. Pero esta vez, Ifigenia, sabiendo la procedencia de los dos extranjeros, aunque ignorando aún que uno de ellos es su hermano Orestes, le promete salvarle la vida si lleva un mensaje suyo a su familia de Argos, con la condición de que muera su compañero Pílates. Es entonces cuando en este horrible trance salta la lealtad del amigo: «Es vergonzoso que uno, lanzando a la desgracia los intereses de los amigos, se salve a sí mismo»⁴. San Agustín alabará la amistad de estos dos héroes: «Querrían por lo menos morir uno por el otro al mismo tiempo, porque les resultaba peor que la muerte el no vivir juntamente»⁵. Vivir juntos y, si no, morir juntos: deseo propio de los amigos cabales.

En ese hemisferio de la cultura griega, serán luego *Platón* (c.428-347 a.C.) y *Aristóteles* (384-322 a.C.) quienes teoricen sobre la amistad, ya ampliamente personificada y escenificada en la literatura. Platón lo hace en *Lisis*, primer esfuerzo de inquisición en la filosofía griega por llegar a «definir» la amistad para acotarla de la simple utilidad que puede ofrecer el amigo. Aristóteles, principalmente en la *Ética a Nicómaco*, ve esta virtud como una de las columnas que sostienen su filosofía moral. En la *Ética a Nicómaco* reserva a la *φιλία*

¹*Ilíada*, XVI,282.

²*Ib.* XXIV,511-512.

³*Ifigenia en Táuride*, 498.

⁴*Ib.* 606-607.

⁵«Vellent pro illo invicem vel simul mori, quia morte peius eis erat non simul vivere» (*Confesiones*, IV,6,11). Agustín está evocando la muerte de un amigo de la infancia y primera juventud al que quería tanto como los dos héroes de la tragedia griega entre sí. De este amigo se hablará páginas más adelante en este trabajo (cf. n. 5).



el libro VIII, sobre todo los capítulos octavo y noveno. En esa reflexión y regla de vida que escribe para su hijo, destaca que la amistad es base de la convivencia humana. Consiste más en amar que en ser amado⁶. Por eso, la amistad acrisolada no debe cerrarse en el círculo de los aduladores, que recompensan inmediatamente al amigo con la moneda de la alabanza y hasta de la zalamería. La meditación de Aristóteles se proyecta hacia la amistad desinteresada. Sin amistad, no se puede vivir. En la adversidad y en la prosperidad, el amigo es apoyo insustituible: «La presencia de los amigos en la buena fortuna lleva a pasar el tiempo agradablemente y a tener conciencia de que los amigos gozan con nuestro bien. Por eso debemos invitarlos a nuestras alegrías, porque es noble hacer bien a otros, y tenemos que rehuir invitarlos a participar en nuestros infortunios, pues los males se deben compartir lo menos posible. Con todo, debemos llamarlos a nuestro lado cuando han de sernos de ayuda»⁷. Particularmente es necesaria su presencia cuando vienen los reveses de la vida: «Los amigos se necesitan en la prosperidad y en el infortunio, puesto que el desgraciado necesita bienhechores, y el afortunado personas a quienes hacer bien»⁸.



Como resumen, el Estagirita escribe lapidariamente: «El hombre feliz tiene también necesidad de amigos»⁹. Y concluye el capítulo noveno calificando a estos amigos: «El hombre, pues, si ha de ser feliz, tendrá necesidad de amigos virtuosos». La amistad, como las otras virtudes, tiene en Aristóteles un fin eudaimónico. La ética aristotélica persigue el ideal de la felicidad, y la amistad es una columna que no puede faltar en el edificio de su ética. Si queremos un resumen del pensamiento Aristotélico sobre la amistad, acudamos a esta síntesis que dejaba Pedro Laín-Entralgo: «En suma, la amistad para Aristóteles consiste en querer y procurar el bien del amigo mismo, pero entendido éste como una realización individual de la naturaleza humana y, en definitiva, de la naturaleza universal. La perfección de ésta sería, pues, la meta de la amistad»¹⁰.

2. En el hemisferio de las letras latinas

Aquí se produce quizá una inversión en relación con la literatura griega: cronológicamente se reflexiona sobre la amistad antes de reseñar esculturas vivas de ella, al menos si aludimos a las obras más señaladas que han llegado hasta nosotros. Ya el poeta *Quinto Ennio* (239-169 a.C.), próximo al círculo de los Escipiones, deja en los pocos versos suyos conservados una definición del amigo cabal: «Amicus certus in re incerta cernitur»¹¹. Verso más original por la machacona aliteración, que por el contenido, pues recoge lo que leíamos ya en Aristóteles.

Un siglo más tarde, *Cicerón* (106-43 a. C.), en su ensayo *Sobre la Amistad*, tomará en préstamo esa misma caracterización del amigo¹². Sin duda que Ennio recogía en sus *Anales*, influidos por el estilo homérico, ejemplos de amistad en los héroes de sus versos. Esa obra, que tan mutilada nos ha llegado, ejerció a su vez notable influjo en Virgilio para su *Eneida*. Pues bien, el famoso tratadito de Cicerón es el texto imprescindible cuando se

⁶Cf. *Ética a Nicómaco*, lib. VIII, cap. 8.

⁷*Ib.* Lib. VIII, cap. IX, 1171b 14-24.

⁸*Ib.* Lib. VIII, cap. IX, 1170 a, 13-15.

⁹*Ib.*, Lib. VIII, cap. IX, 1170, 17.

¹⁰*Sobre la amistad*, Espasa Calpe, Madrid 1985, 42.

¹¹*Tragedias*, v.351.

¹²*De Amicitia*, n.64.



DIMENSIÓN HUMANA



habla de la amistad, no sólo en las letras latinas, sino en el pensamiento occidental. El orador dedica las páginas a Pomponio Ático, con lo que, de paso, asienta ya otro testimonio vivo de su amistad: escribe sobre la amistad a un amigo. Por los personajes del diálogo expresa la importancia de conservar la amistad, tanto por la bondad que en sí encierra como por el nexo de concordia que establece entre los buenos. El orador y tratadista deja un prontuario de consejos: duración de la amistad (nn.33-35), leyes negativa (nn.36-43) y positiva (nn.44-61) de esta virtud, elección y cultivo de las amistades (nn.62-76), consejos para evitar las rupturas con los amigos (nn. 77-100). El de Arpino define la amistad como la concordia de todo lo divino y lo humano en la benevolencia y el amor. Y la exalta como el mayor don celestial; a la par, en todo caso, de la sabiduría¹³. Y al amigo verdadero lo define como espejo de uno mismo: «Verum enim amicum qui intuetur, tamquam exemplar aliquod intuetur sui»¹⁴. Pero también acota la amistad con prohibiciones. Por ejemplo, una de las prohibiciones contra la amistad, o de sus leyes negativas, exige romperla cuando el amigo nos

pide comportamientos deshonestos *-res turpes-*: «Debe establecerse esta ley en la amistad: que ni pidamos cosas deshonestas ni las hagamos a ruegos de otros»¹⁵. Cuando esos hechos se dan, se pone de manifiesto que el supuesto amigo no era tal.

Aparte ese tratadito, Cicerón fue un hombre que cultivó intensamente la amistad. Basta echar una mirada a los destinatarios de sus cartas: el ya citado Tito Pomponio Ático, Marco Junio Bruto... Y su oratoria encuentra muchas veces la motivación de la amistad: tiene que defender en sus discursos a amigos suyos: Tito Annio Milón, Lucio Licinio Murena... Precisamente en la defensa del poeta Arquias, Marco Tulio llega a confesar que su elocuencia tiene sentido y finalidad altruistas: «El ayudar a unos y salvar a otros»¹⁶, en la medida de sus posibilidades. Esto es manifiesto particularmente en el caso del poeta, pues el orador reconoce con gratitud que a la motivación e instrucción recibida de Arquias debe él buena parte de su formación retórica. Pero si Cicerón probó la amistad verdadera, también sufrió desengaños e infidelidades, generalmente por razones políticas.¹⁷ Llama la atención que el orador y pensador latino, al definir la amistad -«*omnium divinarum humanarumque rerum cum benevolentia et caritate consensus*»-, haya usado la palabra *caritas*, quizá dándole un grado mayor de afecto que al vocablo precedente *benevolentia*. Será sobre todo el cristianismo el que exalte la *caritas* -ἀγάπη- como cima de la amistad¹⁸.

Séneca (c.4-65 d.C.), años más tarde, insiste en el tópico de tener al amigo como *alter ego*, condición indispensable para calar la amistad verdadera. «Si estimas a algún amigo, pero no crees en él tanto cuanto en ti mismo, te equivocas radicalmente y no

¹³«Est enim amicitia nihil aliud nisi omnium divinarum humanarumque rerum cum benevolentia et caritate consensus; qua quidem haud scio an excepta sapientia nihil melius homini sit a dis immortalibus datum» (*De Amicitia*, 20).

¹⁴*Ib.*, 23.

¹⁵*Ib.*, 40: «Haec igitur lex in amicitia sancitur, ut neque rogemus res turpes nec faciamus rogati».

¹⁶*En defensa de Arquias*, 2.

¹⁷Lo confesaba con estas palabras: «Adviertes qué variable y mudable es la sucesión de la vida, que movediza y voluble es la fortuna, cuántas infidelidades se dan en la amistad, cuantos fingimientos estudiados se dan en los trances difíciles, cuántas huidas de los amigos en los peligros, cuántas cobardías» (*En defensa de Milón*, 69).

¹⁸Cf. más adelante el n.5 de este trabajo.

¹⁹«Si aliquem amicum existimas cui non tantundem credis quantum tibi, vehementer erras et non satis nosti vim verae amicitiae» (*Epístolas*, I,3,2).



conoces suficientemente la fuerza de la verdadera amistad»¹⁹. Y señala a continuación la necesidad de una criba precedente del amigo, para llegar a tenerlo como a otro yo. Sería lamentable examinar después de amar, para tener que prescindir de la amistad tras ese discernimiento. «Tú trata todo con tu amigo, pero antes delibera sobre él mismo. Después de establecer una amistad hay que tenerle fe, pero antes de la amistad hay que sopesar. Ponen estas tareas al revés quienes, en contra de lo que manda Teofrasto, juzgan cuando ya se han empleado en amar, y dejan de amar cuando tuvieron que juzgar sus amistades. Piensa mucho tiempo si tienes que acoger a alguien en tu amistad. Cuando te haya parecido bien hacerlo, admítelo de todo corazón. Habla con él con tanta valentía como contigo mismo»²⁰. Las dos últimas sentencias quedan retumbando en la mente como normas esenciales de la amistad: «Cum placuerit fieri, toto illum pectore admitte; tam audaciter cum illo loquere quam tecum».

Hay en la literatura latina definiciones más sencillas de la amistad que la de Cicerón. Siempre me ha parecido muy atinada ésta que recoge *Salustio*: «Idem velle atque idem nolle, ea demum firma amicitia est»²¹. Solo que el contexto y los labios de que sale son



escalofriantes: Lucio Sergio Catilina. Y pronuncia la frase pocas horas antes de querer trastornar la república con un golpe de estado. En una arrebatada arenga exhorta a los conjurados ponderándoles la fuerza de su mutua amistad. ¡El enemigo de la democracia de Roma esculpe una lapidaria definición de la amistad compitiendo de antemano, sin saberlo, con las que ofrecerá décadas más tarde Cicerón en el ensayo *De amicitia*! Cicerón, enemigo mortal al que Catilina quiere destituir y destruir, plasma sus consideraciones en una prosa serena, alejada radicalmente de la convulsa exhortación que el historiador Salustio pergeña para Catilina. Lo que más llama la atención es que, por su atinada concisión, la definición del revoltoso Catilina se ha citado luego más incluso que la del cónsul que dinamitó la intentona de unos forajidos al mando del golpista.

«Idem velle atque idem nolle»: era lo que sentían Niso y Euríalo. Y hemos pasado ya a la amistad romana encarnada en los héroes y en la épica. Eneas mismo se duele de la pérdida del amigo Palinuro, el fiel timonel que cae a la mar, derrotado, ¡ay!, por el dios Sueño²². Pero en la Eneida es por demás enternecedora la amistad entre los dos jóvenes Niso y Euríalo. «His amor unus erat pariterque in bella ruebant»²³. Así caracteriza *Virgilio* (70-19 a.C.) la amistad teórica y práctica de estos dos jóvenes troyanos, aparecidos ya en el mundo de la *Ilíada*²⁴. Y se va a demostrar en el trance de la muerte. Euríalo, más bisoño en lances de peligro, ha pedido a Niso acompañarle para ir también en busca de Eneas. Niso no se rehúsa, pero, en caso de peligro, prefiere que le sobreviva el joven compañero²⁵. Dicho y hecho. Los rútilos sorprenden a Euríalo atrapado en el ramaje y lo apresan, mientras que Niso ha logrado escapar. Desde su escondite lanza dos venablos que atraviesan a sendos enemigos, Sulmón y Tago. Pero cuando Volcente va a hacer pagar al prisionero Euríalo las muertes ocasionadas por su amigo clandestino, Niso irrumpe gritando: «¡A mí, a mí! Soy yo el que lo hice. Contra mí volved las espadas,

²⁰Ib.; cf. también *Epístolas I*, epist. 6.

²¹*Conjuración de Catilina*, cap. 20.

²²*Eneida*, V, 852-871.

²³Ib., IX, 182. «Les unía un mismo amor, y a la par se lanzaban a las batallas».

²⁴Cf. X, 220-578.

²⁵«Si quis in adversum rapiat casusve deusve, te superesse velim, tua vita dignior aetas» (*Eneida*, IX, 211-212).



DIMENSIÓN HUMANA

oh rútilos. La emboscada ha sido totalmente cosa mía. Este a nada se atrevió ni pudo atreverse. Pongo por testigos a este cielo y a estos sabedores astros. ¡Solo al desdichado amigo amó demasiado!»²⁶. «Tantum infelicem nimium dilexit amicum!»: el último verso bien vale no sólo como *epifonema* de la súplica del amigo; es también el *epitafio* de la amistad de Niso a Euríalo y, en general, de todo amigo cabal hacia el amigo fallecido.

El mismo Virgilio no se contiene y, conmovido por tal prueba de amistad, rasga la narración, se asoma al sangriento escenario y teje el propio elogio de estos dos amigos en apóstrofe emocionado: «¡Afortunados ambos! Si mis versos pueden algo, no habrá jamás ningún día que os excluya del recuerdo de los siglos»²⁷. El ánimo siempre juvenil de Virgilio se siente impulsado a celebrar la epopeya de estos dos compañeros. Y si a mí se me permite también irrumpir en el recio cuadro virgiliano, confesaré que, en los estudios de humanidades, cuando cruzaba con mis compañeros de aula la misma edad que los dos protagonistas, a todos nos llenaba de emoción la historia de esta amistad. Desbrozábamos entonces, no sin sudor y en los duros bancos salmantinos, los a veces enmarañados hexámetros virgilianos. Nos guiaba en el aprecio de Virgilio y de Horacio un gran humanista, Alfonso Ortega Carmona, fallecido hace unos meses. En sus clases de poética latina, este sabio y ameno franciscano no se cansaba de llamar a Virgilio el *poeta de la juventud* y, sobre todo, el «*poeta noster*», aprovechando el título que le diera ya san Agustín²⁸ y le remachara Dante Alighieri, otro devoto virgiliano²⁹.

El episodio de los dos amigos fieles en la vida y en la muerte une inextricablemente el *idem velle, idem nolle* salustiano con el *amicus certus* in re incerta cernitur de Ennio. Niso y Euríalo son la encarnación de esas definiciones de la amistad y del amigo. A ellos también



les cuadra la valoración que Agustín de Hipona hacía de la amistad de Orestes y Píldes, recordada arriba: o vivir juntos o morir juntos. ¡A fe que esa página virgiliana es de las más bellas de la antología universal de la amistad!

Además de esa lámina épica, Virgilio dedica a la amistad sus *Bucólicas*. Los pastores de sus églogas suelen estar enlazados por esa virtud humana. La sensibilidad plasmada por el poeta al tratar y retratar la amistad era el trasvase, a los versos, de una vida llena de amigos. Mecenas y Horacio, los más grandes. Y, gracias a Mecenas, Horacio y Virgilio no sólo fueron amigos fieles, sino que accedieron a la amistad con el mismo Augusto.

Prueba de la recíproca amistad nos la da *Horacio* (8-65 a.C.) cuando en sus odas llama a Virgilio: «Animae dimidium meae»³⁰. Y al poeta «mitad de su alma» le dedica uno de sus poemas³¹ para consolarle por la muerte de Quintilio Varo, otro gran amigo de Virgilio. Horacio mismo empieza el primer libro de sus odas o *Carmina* con un elogio a Mecenas. Le llama: «amparo y dulce decoro»³², a la par que exalta su propia vocación de poeta nutrida

²⁶*Eneida*, IX, 427-430. «Me, me, adsum qui feci, in me convertite ferrum, o Rutuli! Mea fraus omnis, nihil iste nec ausus nec potuit; caelum hoc et conscia sidera testor. Tantum infelicem nimium dilexit amicum!».

²⁷*Ib.*, IX, 446-447.

²⁸Cf. *Contra Academicos*, 3,9.

²⁹«Divinus poeta noster» (*De Monarchia*, III, 6).

³⁰*Odas* I,3,8.

³¹*Ib.*, I,24. Se cree que el poema IV,12, dirigido a un tal Virgilio, se refiere a un personaje distinto del poeta de Mantua.

³²«O et praesidium, dulce decus meum» (*Odas*, I,1,2).



por la liberalidad de Mecenas. Poemas más adelante le reconoce «parte de mi alma»³³, sin la que él, la otra parte, no puede vivir completo. Y admite para ambos el mismo sino: «A ambos nos une de modo increíble el mismo astro»³⁴. Podría pensarse que Horacio es interesado en la amistad con Mecenas; por eso, porque era su protector, su *mecenas* -nunca mejor usada la metonimia-. Pero, en descargo de esa observación, hay que señalar también que a Virgilio le dedica parecidos elogios de amistad; y no le debía grandes favores pues, como él, era protegido cabe Mecenas. En cambio el poeta de Venusia sí cede terreno a la zalamería cuando adula excesivamente a Augusto³⁵, el todopoderoso emperador.

Si ese fue el terreno práctico de su experiencia de la amistad, Horacio también dejó algunos principios teóricos iluminadores en el cultivo de este valor. De sobra conoce el poeta que todos tenemos defectos³⁶, también los amigos, pero al considerarlos propone como guía para la amistad tratarlos como el enamorado los errores

de su amiga: los llama cualidad, no defecto. Horacio concluye: «Quisiera yo que nos equivocáramos así en la amistad y que la virtud pusiera al defecto un nombre honroso»³⁷. Del ejemplo del novio pasa al del padre, que atenúa los defectos de los hijos con eufemismos: «No debemos sentir repugnancia si encontramos algún vicio en el amigo, como tampoco la siente el padre de los que tiene su hijo». Y lo concreta con graciosa ironía: si el hijo es tuerto, el padre lo deja sólo en bizco; y el que tiene un hijo enano lo llama pollito³⁸. Horacio establece para la amistad: «Cuando el buen amigo sopesa -cosa bien justa- mis muchos vicios con mis cualidades, si son más numerosas las cualidades, inclínese hacia éstas, si es que quiere que yo también le ame. Con este mismo criterio le pondré a él en idéntica balanza»³⁹. De nuevo, la última frase es sentenciosa: «Hac lege in trutina ponetur eadem». Sin duda, una regla certera para la amistad: inclinar la balanza más a las cualidades reales que a los defectos de los amigos. Quizá ahora el poeta no está tan lejos de la que se ha llamado *regla de oro* del amor o de la caridad, que aparece en la Sagrada Escritura y que comparten varias religiones.

Si hay que hablar de la amistad despechada, tenemos que tocar a la puerta de los versos de *Publio Ovidio Nasón* (43 a. C.- 17 d.C.). La antigua amistad con Augusto, despeñada hasta quedar convertida, de pronto y sin causas del todo claras, en desprecio y destierro, arrancó al poeta sus *Tristia*. Si hasta ahora estas líneas se han detenido especialmente en las alabanzas en honor de la amistad y de los amigos, Ovidio presenta no ya un *elogio*, sino una *elegía* por la amistad fallida y perdida con el emperador. *Tristia -Tristes-* es un título más que certero para esos lamentos. El poeta está en Tomis,

³³«A, te meae si partem animae rapit maturior vis, quid moror altera, nec carus aequo nec superstes integer?» (*Odas*, II,17,5-8).

³⁴*Odas*, II,17,21-22.

³⁵Se advierte claramente en *Odas* IV, 5. Parecidos ditirambos en *Odas* IV, 14 y 15; *Epist* II,1.

³⁶«Nam vitiis nemo sine nascitur; optimus ille est, / qui minimis urgetur» (*Sátiras*, I,3,68-69).

³⁷*Sátiras*, I,3,41-42.

³⁸*Ib.*, I,3,43-45.

³⁹*Ib.*, I,3,69-72

⁴⁰«Si algunas de mis expresiones parecen casualmente como no dichas en latín, la culpa la tiene la región bárbara en que las he escrito» (*Tristes*, lib.III,1,17-18). «No hay aquí ningún libro, ni se halla presente nadie que me preste oídos ni que sepa qué quieren decir mis palabras. Todos los lugares son de voces de fieras y todos están llenos del temor que infunden los sonidos enemigos [del idioma gético]. Me da la impresión de que ya he olvidado el latín, pues he aprendido a hablar en gético y en sarmático» (*Tristia*, V,12,53-58).



DIMENSIÓN HUMANA

cerca del Mar Negro, en la actual Rumanía. Allí, entre bárbaros, hasta el latín -dice- se le está olvidando⁴⁰. El poema noveno del primer libro condensa esa aflicción desde los primeros versos. Va a sintetizar el aguafuerte de su alma desolada en un dístico sentencioso que es la moraleja de los sesenta y seis versos del fragmento: «Donec eris felix, multos numerabis amicos:/ tempora si fuerint nubila, solus eris»⁴¹. Y esa enseñanza la va a dejar esculpida expresivamente en vivas imágenes con que se dirige al lector para que la aprenda y grabe en su vida: «Contemplas cómo las palomas llegan a posarse en los blancos tejados, y en cambio la lóbrega torre no aloja ninguna ave». Y de los tejados baja sus comparaciones a los suelos: «Jamás las hormigas se dirigen a hórreos vacíos». Para concluir los símiles con este epifonema, remachando la moraleja inicial: «Ningún amigo se encaminará a las riquezas perdidas»⁴². En sus versos, el poeta reemplaza, en cierto modo, o por lo menos compensa, la amistad fracturada que le unía a Augusto por la que vuelca ahora sobre el amigo lector de sus cuitas y lamentos. Se entrevé esa cercanía en la súplica que eleva en la cabecera misma del poema: «Detur inoffenso vitae tibi tangere metam,/ qui legis hoc nobis non inimicus opus./ Atque utinam pro te possint mea vota valere,/ quae pro me duros non tetigere deos!»⁴³. Petición sincera para que al amigo lector -o, por lo menos, «non inimicus», como deja ver la lítotes- no le suceda la desgracia de la pérdida de la amistad, que a él ni siquiera los dioses le han ahorrado. Desde luego, ¡un deseo altruista loable que nace de la postración en que se debate Ovidio!

3. En los libros sapienciales de la Biblia

De la región clásica grecolatina del país de la



amistad, podemos dar un paso a otra, que es muchas veces simétrica: la *judeocristiana*. Partimos de los elogios que la *Biblia* tributa a la amistad. El libro de los *Proverbios* y el del *Sirácida* le dedican muchos versículos⁴⁴. Los pensamientos ahondan en el sentir humano acerca de ese valor. Por eso se nutren de la misma savia que los literatos griegos y latinos destacados arriba: la *humanitas*. Se pondera el don de tener un amigo: es tesoro, medicina... Destaca el elogio del libro del *Sirácida* (6,5-17): «Un amigo fiel es apoyo seguro; el que lo encuentra, encuentra un tesoro. Un amigo fiel no tiene precio, no se puede ponderar su valor. Un amigo fiel es medicina de vida; los que temen al Señor lo encontrarán. El que honra al Señor cuida su amistad, porque su amigo será como sea él»⁴⁵. Y se incide nuevamente en la necesidad de probar al amigo, o en que la amistad se descubre y acrisola en el tanteo o tiento —*tentatio*, *temptatio*— de la prueba, que equivale a la *res incerta* de Ennio: «Si te echas un amigo, hazlo con tiento, y no tengas prisa en confiarte a él. Porque hay amigos de conveniencias,

⁴¹*Tristia* I,9,5-6. «Mientras seas feliz, podrás contar muchos amigos. Si los tiempos se vuelven nublados, te quedarás solo» En algunos códices aparece *sospes*, en lugar de *felix*. Como es sabido, este dístico lo cita Miguel de Cervantes en su original latino en el prólogo de la primera parte de *El Quijote*; sólo que al hacerlo de memoria se lo atribuye a Catón, no al desterrado poeta. A veces no solo dormita y se equivoca el bueno de Homero (cf. *Horacio*, *Arte Poética*, 359), sino, como se ve, también Cervantes, y posiblemente ha cabeceado más -ha tenido más inexactitudes en su obra- que el mismo Homero. Pero esas zarandajas no quitan mérito a los genios.

⁴²*Ib.*, I,9,7-10.

⁴³«A ti, amigo y de vida intachable, que lees esta obra se te conceda alcanzar la meta. Y ojalá mis súplicas por ti sean valiosas, pues las mías no conmovieron a los dioses».

⁴⁴Por ejemplo: *Prov* 6,3; 6,6-17; 11,12; 12,26; 27,10. *Sir.* además de 6, 5-17, están, por ejemplo: 9,14; 25,12; 27,20.

⁴⁵*Sir* 6,14-17.



que te abandonan cuando llega la adversidad»⁴⁶. Este prontuario lo confirman con obras varios ejemplos de amistad. Quizá el más luminoso y muchas veces ponderado sea el de David y Jonatán. «Jonatán hizo un pacto con David, porque lo quería como a sí mismo»⁴⁷. Su alma se aglutinó en una sola, como expresa gráficamente el texto de la Vulgata: «Anima Jonathæ conglutinata est animæ David, et dilexit eum Jonathas quasi animam suam»⁴⁸. La expresión se repite aún otra vez⁴⁹ y es similar a la horaciana con respecto a Virgilio: «animæ dimidium meae». Y es que la amistad auténtica se nutre del mismo amor al hombre sea en el terreno bíblico, sea en el pagano, y tiende lazos, sin parar mientes en las distintas culturas.

Esa intensa amistad la refleja la elegía del rey al recibir la noticia de la muerte de Saúl y de su hijo Jonatán: «¡Qué angustia me ahoga, hermano mío, Jonatán! ¡Cómo te quería! Tu amor era para mí más dulce que el amor de las mujeres!»⁵⁰, frases gráficas para describir la excelencia insuperable de ese amor de verdaderos amigos.

4. El mundo cristiano de la amistad

El viaje por el mundo cristiano de la amistad lleva, forzosamente, al Evangelio. Jesús elige a los doce apóstoles. No los trata como siervos; que hubiera sido una relación utilitarista sin que hubiera rebasado, como mucho, los diques de la amistad *interesada*: compañeros para que le sirvieran; siervos suyos, al fin y al cabo. Ni siquiera su trato con ellos es sólo de maestro, aunque así se refieran a él los doce elegidos⁵¹ porque les enseña como ningún otro. Los llama *amigos*: «En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre»⁵².



Como amigos, les permite conocer lo que hace su Señor, acceder a sus secretos, a su vida más íntima. A ella no podrían llegar en calidad de siervos. Y esa vida es la que él comparte con el Padre. Entre él y ellos se establecerá una sociedad y alianza de amistad inquebrantable, la mayor posible en esta tierra, pues quedará sellada con la sangre: él la dará por ellos; muchos de los suyos la derramarán por él. «Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos»⁵³, había enseñado él. Y dio esa lección de amistad: murió por ellos. Nadie nunca ha superado este su ejemplo de amistad *desinteresada*, desbordada ya de la *philía* a la *agápe*. Y ellos aprendieron la lección del Maestro: murieron también por él, casi todos cruentamente. De nuevo aparece lo que ya espigábamos en el mundo clásico: el querer morir por el amigo o por los amigos es la cima de la amistad.

De los doce amigos hay dos con los que él prodiga más su afecto. A Juan le permite incluso recostarse en su pecho durante la última cena⁵⁴, y el mismo Juan se retrata -o, si no es él quien redacta el

⁴⁶Sir 6,7-8.

⁴⁷1 Sam 18,3.

⁴⁸1 Sam 18,1.

⁴⁹Cf. 1 Sam 20,17.

⁵⁰2 Sam 1,26.

⁵¹Cf. Jn 13,13.

⁵²Jn 15,15.

⁵³Jn 15,13-14.

⁵⁴Cf. Jn 13,23,25.



DIMENSIÓN HUMANA

cuarto evangelio, así lo presenta el redactor- como «el discípulo al que Jesús tanto quería»⁵⁵. A Pedro, junto al lago, al amanecer, en un escenario natural propicio para los ascendidos, tres días antes, a la dignidad de amigos, Jesús le dirige una vez la pregunta: «¿Me amas más que estos?», y a continuación, dos veces esta otra: «¿Me amas?»⁵⁶. Examen sobre la amistad, sin duda. A ellos dos y a Santiago les permite vivir con él la transfiguración en el Tabor y la desfiguración en el Getsemaní.

En el Evangelio aparece también la especial predilección de Jesús por Lázaro de Betania. Era tal la amistad del Maestro por él que, cuando cayó enfermo, sus hermanas mandaron a decirle: «*El que amas está enfermo*»⁵⁷. Como si *El -que-amas -* o, más directamente, el *Amigo-* fuera, al menos en esta ocasión, el nombre propio de Lázaro. Prueba de que sus hermanas sabían cómo lo estimaba Jesús. Y en el momento previo al milagro, hasta la multitud lo reconoce: «¡Cómo lo quería!»⁵⁸.

Estos sencillos acercamientos dejan bien claro que el Evangelio es terreno firmísimo de la amistad. Y a esa amistad *-philía-* en sus páginas se la llama caridad *-agápe-*.

San Pablo bordará más adelante sus trazos o cualidades en el llamado *himno de la caridad*⁵⁹. Ese retablo de dieciséis características es de lo más elevado que se ha esculpido sobre la amistad-caridad.

San Juan, avezado a la *agápe* con que le distinguió el Maestro, va a indagar luego el origen de esa amistad que palpó en el mismo Dios. Y por eso va a afirmar no sólo que la caridad viene de Dios⁶⁰, sino que «Dios es caridad»⁶¹. Dios es la misma amistad en el grado más alto. Con esto se ha tocado la cúspide de la amistad.

5. En la historia del cristianismo de los primeros siglos: los Santos Padres

Mirando a Oriente, salta a la vista la amistad entre dos santos: *Basilio Magno* (h.329-379) y *Gregorio Nacianceno* (h.329-389). Éste, en el sermón número 43, oración fúnebre en alabanza de Basilio, lo evidencia. Comenta que su rivalidad en la amistad era no pelear por el primer puesto, sino ver quién se lo cedía al otro, y que cada uno consideraba gloria propia la del otro. Lograr la virtud era el único afán e interés para ambos: «Unum utriusque opus et studium virtus erat»⁶² -en la traducción latina-. Leemos frases como ésta, que refleja la intensidad de tal afecto: «Con el pasar del tiempo, nos manifestamos el deseo mutuo que nos unía, y que era el estudio de la sabiduría -la filosofía- lo que nos importaba. Éramos ya todo el uno para el otro: compañeros de casa, de mesa, unidos de corazón. Mirando a una y a la misma cosa, estrechábamos cada día con más intensidad y solidez nuestro deseo»⁶³. Y sintetiza la descripción de su amistad con este epifonema: «Una utriusque anima videbatur, duo



⁵⁵ Jn 13,23.21,7

⁵⁶ Jn 21,15-17.

⁵⁷ Jn 11,3.

⁵⁸ Jn 11,36.

⁵⁹ Cf. I Cor 13,4-8.

⁶⁰ Cf. I Jn 4,7.

⁶¹ Ib., 4,8.

⁶² «La única tarea y afán para ambos era la virtud» (Sermón 43, 19-21. PG 520-523).

⁶³ Ib.



corpora ferens»⁶⁴. Cada uno como *alter ego* del otro. De nuevo parece que estamos leyendo frases anteriores en que los clásicos definían al amigo.

En el pulmón occidental del cristianismo, me detengo en dos santos Padres cuya vida se entrecruzó providencialmente. *Ambrosio de Milán* (h.340-397), muy imbuido del *humus* y de la *humanitas* tanto latinas como cristianas, escribe sobre la amistad. Le reserva dos capítulos—XXI-XXII—del tratado *De Officiis Ministrorum*. Deudor en su título, estructura y estilo, como es sabido, del *De Officiis* de Cicerón, pero, en su contenido, rebosante de la sabiduría bíblica, sobre todo del Sirácida y de los Proverbios: «Abre tu pecho al amigo, para que te sea fiel y tomes de él la alegría de tu vida. *El amigo fiel es medicina de vida y gracia de inmortalidad* (Sir 6,16). Trata a tu amigo como a un igual, y no temas adelantarte a él en el servicio. La amistad ignora la soberbia»⁶⁵. Y, como bastidor vivo de sus reflexiones, extiende el ejemplo de amistad de David y Jonatán.

Contemporáneo y admirador de Ambrosio, a quien tiene por amigo que le lleva a la verdad de las Escrituras y de Cristo, *Agustín de Hipona* (354-430),



experimenta la amistad como necesidad vital. Sin amigos no hay Agustín. En las *Confesiones* se dan recuerdos de varios amigos a los que le unió la verdadera amistad humana y cristiana. A los poco más de veinte años, gozaba de la amistad, tan intensa como breve, de un joven de su edad, si bien conocido desde la infancia cuando ambos eran estudiantes. Agustín no nos da su nombre pero, como he apuntado arriba⁶⁶, no duda en manifestar que su mutua amistad no iba a la zaga de la que unía recíprocamente a Orestes y Pílates. Breve experiencia, porque duró apenas un año, por la muerte del amigo.

Pero, sí, muy intensa: la amistad con este compañero fue para Agustín «dulcis nimis» y suave «super omnes suavitates illius vitae meae»⁶⁷. Sin él no podía ya vivir: «Et non poterat anima mea sine illo». Se comprende por qué su muerte lo fue también moralmente para Agustín. Se sumaba, además otro motivo de preocupación para el de Tagaste: este amigo se había bautizado cuando estaba inconsciente, en medio de la enfermedad. Al volver en sí, el aún pagano Agustín quería chancearse con él por haber recibido el sacramento sin darse cuenta. El amigo lo dejó seco con su respuesta: si quería seguir siendo su amigo, tendría que dejar de lanzarle tales burlas⁶⁸.

A los pocos días de ese incidente, le vino la muerte. Agustín quedó sumido en total desasosiego y hecho una pregunta viviente para sí mismo: «¡Con qué dolor se entenebreció mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí. La patria me era un suplicio, y la casa paterna un tormento insufrible, y cuanto había comunicado con él se me volvía sin él crudelísimo suplicio. Le buscaban por todas partes mis ojos y no parecía. Y llegué a odiar todas las cosas, porque no le tenían ni podían decirme ya como antes, cuando venía después de una ausencia: “He aquí que ya viene”. Yo era para

⁶⁴«Parecía que teníamos un alma en dos cuerpos» (*Ib.*).

⁶⁵«Aperi pectus tuum amico, ut fidelis sit tibi et capias ex eo vitae tuae jucunditatem. *Fidelis enim amicus medicamentum est vitae, et immortalitatis gratia* (Sir 6,16). Defer amico ut aequali, nec te pudeat ut praevenias amicum officio; amicitia enim nescit superbiam» (cap. 22, n.128)

⁶⁶Cf. n. 1.

⁶⁷«Dulce sobremanera [...]. Más dulce para mí que todas las dulzuras de aquella mi vida» (*Ib.* IV,4,7).

⁶⁸*Ib.*, IV,4,8.



DIMENSIÓN HUMANA

mí un gran interrogante»⁶⁹. Para él la amistad con este compañero era tener un alma en dos cuerpos. Hermosa definición agustiniana de la amistad, que completa o glosa la caracterización «dimidium animae» del poeta Horacio, citado también por Agustín⁷⁰. Amistad como *aglutinación o conglutinación* de almas, que hace que un mismo espíritu, con su carga de juicios, emociones y sentimientos, esté en dos cuerpos diferentes: «sensi animam meam et animam illius unam fuisse animam in duobus corporibus»⁷¹. La misma experiencia que, como se ha comentado, tuvieron Basilio y Gregorio.

A Alipio, otro amigo, discípulo suyo y, como él, de Tagaste, lo llama «hermano de mi corazón»⁷². Los dos compartieron el catecumenado.

Nebridio es también «amicus dulcissimus et mitissimus»⁷³, «dulcis amicus meus»⁷⁴. Como apasionado buscador de la verdad que era —«inquisitor ardentissimus veritatis»⁷⁵—, se convirtió al cristianismo, y no mucho después murió.

Su amor de amistad con Alipio y Nebridio era desinteresado. Lo confiesa él mismo: «A estos amigos los amaba desinteresadamente y yo sentía que, a cambio, ellos también me amaban con desinterés»⁷⁶. No me parece exagerado señalar que ese amor desinteresado o gratis era su norma en toda amistad. Pocos espíritus



humanos han sentido tan intensamente cómo la amistad les cautivaba el alma.

Conversar, reír, leer junto a sus amigos, divertirse en su compañía; incluso corregirse mutuamente... Agradable y pintoresco el cuadro con que Agustín describe la amistad en acción⁷⁷. Pero Agustín supo ir elevando la amistad para no dejarla en la pista meramente terrena. Por eso en las *Confesiones*, evocando al anónimo amigo de la infancia, definirá la amistad con palabras de raigambre bíblica: «No hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes tú aglutinas⁷⁸ entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»⁷⁹.

⁶⁹«Quo dolore contenebratum est cor meum, et quidquid aspiciebam mors erat. Et erat mihi patria supplicium et paterna domus mira infelicitas, et quidquid cum illo communicaveram, sine illo in cruciatum immanem verterat. Expetebant eum undique oculi mei, et non dabatur; et oderam omnia, quod non haberent eum, nec mihi iam dicere poterant: "Ecce veniet", sicut cum viveret, quando absens erat. Factus eram ipse mihi magna quaestio» (*Ib.*, IV,4,9).

⁷⁰«Bene quidam dixit de amico suo: 'dimidium animae suae' [*HOR Carm*, 1,3, dicho de su amigo Virgilio; cf. n. 1 de este trabajo]. Nam ego sensi animam meam et animam illius unam fuisse animam in duobus corporibus 33, et ideo mihi horrore erat vita, quia nolebam dimidius vivere, et ideo forte mori metuebam, ne totus ille moreretur, quem multum amaveram» (*Confesiones*, IV,6,11).

⁷¹*Ib.*

⁷²«...ipsum etiam Alypium, fratrem cordis mei, subegeris nomini unigeniti tui domini et salvatoris nostril Iesu Christi» (*Ib.*, IX,4,7).

⁷³*Ib.*, VIII,6,13.

⁷⁴*Ib.*, IX,3,6.

⁷⁵*Ib.*

⁷⁶«Quos utique amicos gratis diligebam vicissimque ab eis me diligere gratis sentiebam» (*Confesiones*, VI,16,26).

⁷⁷Cf. IV,8,13.

⁷⁸Es posible que al escribir el verbo *agglutinas*, a Agustín le viniera a la mente el texto de la Sagrada Escritura citado arriba para describir la amistad de David y Jonatán: «*Anima Ionathae conglutinata est animae David*» (1 Sam 18,1).

⁷⁹«Non est vera, nisi cum eam tu agglutinas inter haerentes sibi caritate diffusa in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis» (*Confesiones*, IV,4,7. Cf. Rom 5,5).



6. Alusión a la Edad Media

Dando un salto hasta la *Edad Media*, encontramos en los siglos XII y XIII algunos tratados sobre la amistad. Destaca el *De Spiritali Amicitia*, que escribió el abad inglés *Elredo de Rieval* —Rielvaux— (1110-1167). Lo dirigía a sus monjes cistercienses del monasterio de esa localidad. La obrita aparece con el género literario del diálogo, al estilo del *De Amicitia* ciceroniano. A esas páginas del orador y pensador latino, Elredo le debe no poco en su tratado. Él mismo confiesa en el prólogo que le vino a las manos el diálogo de Cicerón cuando estaba en plena juventud y nada le parecía más agradable que el amar y el ser amado⁸⁰. Pero sobre todo tachona sus páginas de referencias a la Sagrada Escritura y a los Santos Padres, particularmente a San Agustín y a San Ambrosio. El escrito comienza afirmando que la amistad espiritual se da entre tres, no entre dos: «He aquí que estamos tú y yo. Espero que el tercero entre nosotros sea Cristo»⁸¹. Amistad, por ende, no sólo humana, sino teologal. Y caracteriza así esta acendrada amistad: «La

amistad que con toda verdad merece el nombre de espiritual no comienza con la búsqueda de utilidad temporal ni en ninguna otra cosa exterior. El corazón del hombre la desea por la dignidad intrínseca de su naturaleza, y su fruto no es otro que ella misma»⁸². Y conectando también con la definición ciceroniana de la amistad, escribe: «Así que la amistad espiritual se da entre los buenos por la semejanza de vida, costumbres e ideales, que no es otra cosa que el “consenso de las cosas humanas y divinas con benevolencia y caridad”»⁸³. Tal enunciado de la amistad le parece a Elredo suficiente, con una condición: que sea simplemente *caridad*, con todo el significado cristiano del vocablo, no simplemente haciéndolo sinónimo de benevolencia, como en Cicerón. Y eso por esta razón: purificarla de todo vicio: «Ut ab amicitia omne vitium excludatur»⁸⁴. En una amistad tal es en la que mora —comenta el abad, pagando ahora tributo a Salustio— el «idem velle atque idem nolle», que va escalando los peldaños de la dulzura, sinceridad y suavidad, hasta llegar a lo más sagrado: «Donde se encuentra una amistad tal, allí se da el querer y no querer lo mismo, que es verdaderamente tanto más agradable —*dulcius*— cuanto más sincero; tanto más suave, cuanto más sagrado»⁸⁵. Y prosigue, advirtiendo que en ella no se puede dar nada indigno ni indecoroso: «Sic amantes nihil possunt velle quod dedebeat, nihil quod expediat nolle»⁸⁶. «Quod dedebeat»: el *dedecus* —deshonor, vergüenza— a que alude el santo nos traslada al concepto sinónimo de la *turpitud* —«res turpes»⁸⁷, que en las reglas negativas de Cicerón para la amistad, exigía romper automáticamente con el amigo si incurría en tales comportamientos indecentes. Según Elredo, la amistad debe estar aliñada con cuatro elementos: *dilectio, affectio, securitas, iucunditas*⁸⁸. Además de las sabias consideraciones sobre esta virtud, acude, como

⁸⁰Cf. *De Spiritali Amicitia*, I,1.

⁸¹*Ib.*

⁸²*Ib.*, I,45.

⁸³«Amicitia itaque spiritalis inter bonos, vitae morum, studiorumque similitudine parturitur, quae est in rebus humanis atque divinis cum benevolentia et caritate consensio» (*Ib.* I,46, con la cita de M.T. Cicerón, *De Amicitia*, 20).

⁸⁴*De Spiritali Amicitia*, I,47.

⁸⁵«Ubi talis est amicitia, ibi profecto est idem velle et idem nolle, tanto utique dulcius, quanto sincerius; tanto suavius, quanto sacratius» *Ib.*, I,48.

⁸⁶*Ib.*

⁸⁷Cf. arriba, n.2.

⁸⁸Cf. *Ib.*, III, 51.



DIMENSIÓN HUMANA

otros autores cristianos, al consabido ejemplo de David y Jonatán⁸⁹: «O praeclarissimum verae amicitiae speculum! Mira res!»⁹⁰.

También por esos mismos años *Pierre de Blois* —Petrus Blesensis— (c.1135- c.1211) publicó un librito titulado *De Amicitia Christiana*, en que recogía sobre esta virtud muchos pensamientos tanto de las Sagradas Escrituras como del mundo clásico, sobre todo de Cicerón.

7. Al rescate de la amistad

Hasta aquí el recorrido por varias regiones literarias y filosóficas de la amistad. Hemos estado rastreando el tesoro. El viaje ha sido rápido y forzosamente incompleto; más de reconocimiento superficial del terreno —casi a vista de pájaro—, que de ahondamiento en él. Quedan otros muchos parajes por explorar, sobre todo en las diferentes literaturas posteriores a la Edad Media. Ellas darán nuevas tonalidades a ese valor humano. No era cometido de estas líneas invadir esas lindes. Aun así, hemos *sobrevolado* paisajes maravillosos. Y, ante todo, hemos *valorado* la amistad, uno de los nervios imprescindibles de la *humanitas*.

Queda a la vista que hemos hallado el tesoro codiciado: la amistad. Un valor que ha sido esencial en la cultura grecorromana, troqueladora de Europa. Tesoro que representa también lo mejor del cristianismo: la amistad hecha caridad. Sin amistad se nos cae el humanismo de Grecia y de Roma. Sin amistad no hay cristianismo, pues el mandamiento nuevo del amor lo constituye esencialmente. Valor que, en las últimas décadas, parece nublarse: el amigote —por definición, interesado y arribista— atenta con desplazar al amigo auténtico; al amigo, simplemente y sin adjetivos.

Pero es aún más preocupante que hoy algunos grupos amparados en ideologías sesgadas quieran envenenar el concepto mismo de la amistad. Pretenden incluso tragarse en el remolino homosexualista buena parte de los ejemplos y caracterizaciones más elevados



de amistad que han dado la historia y las letras humanas. Por ejemplo, la fuerte amistad entre los recios Aquiles y Patroclo ha quedado ya distorsionada en la serie *Troya, la caída de una ciudad*. Se trata sin duda de una lectura gratuita, si no aviesa, a la que no respalda para nada el cuadro que presenta la *Ilíada* de Homero. Y en el marco de esos grupos en pro del homosexualismo, las otras parejas de amigos del mundo mitológico grecorromano también reciben idéntica interpretación: Orestes y Pílates, Niso y Euríalo... Pero sin mayor reparo, llegan también a contaminar con esa ideología las mismas páginas bíblicas. David y Jonatán son para ella, a todas luces, una pareja homosexual. ¿Es que una expresión como «Tu amor era para mí más dulce que al amor de las mujeres» no describe y prueba hasta qué altura puede llegar la intensidad de la amistad de dos hombres, capaz incluso de superar el amor a la mujer y el amor matrimonial? Una amistad así de intensa ¿no se puede dar sin que haya relación carnal? La respuesta negativa que dan a esta última pregunta fuertes grupos de presión hace pensar que trastocar así no sólo la amistad humana, sino la antropología y la misma teología, sólo cabe en espíritus viciados de antemano por una concepción ideológica subyugante.

Y lo que es irrespetuoso: llegan a pasar por su crisol ideológico la amistad de Jesús con Juan, sobre todo cuando éste, con tanta confianza y sencillez, se

⁸⁹Cf. Ib., III,92-96.

⁹⁰Ib., III,92.



recuesta sobre el pecho de Jesús en la Última Cena. No hablemos ya del cristal distorsionante con que leen hasta las preguntas del Maestro a Pedro en la alborada de Tiberíades: «¿Me amas más que éstos?, ¿me amas?». No hay que extrañarse luego de que otras parejas de amigos como la de Agustín y el compañero anónimo de la infancia, o la de Basilio y Gregorio, les huelan al mismo caldo ideológico que ellos han cocinado gratuitamente. Confesiones, definiciones o apuntes que tanto ensalzan la amistad en nuestra cultura —repasados arriba— quedan también arrollados por el mismo torbellino. ¿Dónde van a parar, en la hermenéutica de estos colectivos, frases ya reseñadas como expresión de la amistad más cabal y acendrada: «Hermanos por amistad, no por nacimiento», el amigo que contempla al otro «como modelo de sí mismo», «mitad de mi alma», «parte de mi alma», «un alma en dos cuerpos», «hermano de mi corazón», «amigo dulcísimo y suavísimo»...? Un mosaico tan elevado lo miran desde una visión tendenciosa elaborada con la alquimia de la ideología homosexual. Ésta fuerza y retuerce las amistades más elevadas legadas del pasado para que respondan, de todas todas, a su esquema doctrinario y a su peculiar manifestación de amistad, como se atreven a llamarla. Nunca es justificable que el código de vida afectivo-sexual que puedan llevar algunas personas en su relación con otros del mismo sexo —la lamen o no amistad— haga que los más sublimes testimonios y enseñanzas de la amistad cosechados en más de veinte siglos se vean ahora lastrados por el homosexualismo. Esa sesgada interpretación subversiva de la historia de la amistad parece amparar y fortalecer el más que discutible pensar y actuar de esos grupos ideológicos. Así quieren

convencerse de que las parejas de amigos más famosos y fieles de la historia se han debido a homosexuales, declarados o no.

Al extremo han llegado de buscarse un santo como protector y abogado de su colectivo. Y le ha caído el papelón al pobre monje inglés san Elredo de Rieval. Sin duda por haber redactado el tratado *De spiritali amicitia* y, además de eso, por haber sido luego un santo reconocido por la Iglesia. Duro precio el del abad de Rielvaux. A esas mentes no les ha importado el adjetivo de *espiritual* que lleva esa amistad desde el mismo título del diálogo; tampoco que el buen abad escriba con claridad frases ya recordadas: «Hay que excluir de la amistad todo vicio», «los que se aman no pueden querer lo que sea indigno» —como pedía el mismo Cicerón en su *De Amicitia*—, o la amistad que «con toda verdad merece el nombre de espiritual no comienza con la búsqueda de utilidad temporal ni en ninguna otra cosa exterior»... La ideología puede incluso llegar a reírse de la verdad.

A esta mentalidad no le entra en la cabeza que un amigo pueda ser, para su amigo, alguien íntimo, dulce, fiel y generoso, prescindiendo totalmente del trato sexual. Es un prejuicio radical, por el que el *querer* de la ideología destruye y sustituye el *ser* de la historia y de la realidad, tan pobladas, ayer y hoy, de testimonios de amigos cabales y leales que no cayeron en torpezas sexuales mutuas.

No podemos ceder la *primacía* de la amistad, entre otros valores de nuestra cultura, a la dictadura de ideologías que barren a quien no acepta sus tesis convenencieras. Hay que rescatar la amistad y restituir al amigo el puesto de honor que ha tenido en el espíritu de Occidente y en el mundo judeocristiano, so pena de quitar a nuestra cultura y al cristianismo uno de sus arcos torales.

La amistad, el amigo, deben seguir siendo un tesoro.

El amigo auténtico. «El que lo encuentra halla un tesoro». ¡Sobrada razón lleva la Biblia!

Palabras clave: Amistad, Grecia antigua, Roma antigua, Biblia, Cristianismo, Edad Media.





El presbítero abraza el celibato como una gracia



† Mons. José Rafael Palma Capetillo
Obispo Auxiliar de Xalapa

1) Una paternidad auténtica y casta

Al sacerdote se le llama con toda razón *'padre'*. Es un distintivo común nombrarlo así, aunque no sepan su nombre y apellidos; el clérigo, párroco o vicario, es para todos *'el padre'*. El sacerdocio consiste, desde luego, en el ejercicio de una paternidad espiritual muy significativa y apreciada. En efecto, por obra de Cristo, cada presbítero engendra con la Iglesia los hijos de Dios en el bautismo, los educa, los alimenta, los bendice, los corrige, les da ejemplo, los cuida y los consuela; como todo buen padre lo hace todo a favor de *'sus hijos'*. El sacerdote ejerce su paternidad a favor de la gran familia de Dios, que es la Iglesia.

Ser padre es una gran responsabilidad. La paternidad natural de los fieles laicos es un compromiso para toda la vida; no concluye aunque los hijos crezcan y maduren. De modo semejante, el sacerdote—como padre amoroso—mantiene una cercanía con el pueblo de Dios y, al mismo tiempo, una sana distancia con todos, libre de apegos o afectos desordenados. Cada presbítero ama y se deja amar verdaderamente con un amor inspirado por Dios y que conduce a Dios; sin embargo, en su mirada y sus palabras, en su acercamiento y su afecto, no usa de pretexto la ternura de su paternidad para dar caricias inapropiadas ni usar otras expresiones fuera de lugar. Su amor es siempre benevolente, providente, sin más interés que el bien integral del prójimo. La paternidad sacerdotal, en este sentido, está ligada profundamente con la castidad, porque es una paternidad precisamente espiritual. El sacerdote es consciente de que el verdadero Padre es Dios, nuestro Padre celestial. El sacerdote debe

conservar un corazón sin divisiones; debe ser paternal, pero sin exclusivismos ni preferencias que alejen a otros. Con toda razón, Jesús señaló: *"No llamen a nadie 'padre' de ustedes en la tierra, porque uno solo es su Padre: el del cielo"* (Mt 23,9); el sacerdote es un canal que conduce al Padre, es su representante fiel y solícito.

Jesús ejerció una paternidad sobre sus discípulos al fundar la Iglesia y al acercarlos al amor del Padre eterno. El apóstol Juan señala que: *"Jesús iba a morir para reunir a los hijos de Dios dispersos"* (Jn 11,51-52). En el discurso de la última cena, Jesús se dirige a sus apóstoles con la ternura de un padre, diciendo: *"Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con ustedes. Ustedes me buscarán, y, lo mismo que les dije a los judíos, que adonde yo voy, ustedes no pueden venir, les digo también ahora a ustedes"* (Jn 13,33). Jesús enseñó una paternidad de servicio, humildad, disponibilidad, bondad





y misericordia. Una paternidad que aleja de sentirse un capataz injusto o dueño de los demás. La imagen del Padre celestial nos la presentó Jesús en su propio rostro y ejemplo para ejercer una paternidad auténtica y casta. Cuando el apóstol Felipe, inspirado por Dios, le pide a Jesús que les muestre al Padre, el apóstol hace una petición esencial: *"Muéstranos al Padre y jeso nos basta!"* (Jn 14,8-11). El apóstol Pablo también expresa el ejercicio de su paternidad espiritual, diciendo: *"Como bien lo saben, a cada uno de ustedes lo hemos exhortado con palabras suaves y enérgicas, como lo hace un padre con sus hijos, a vivir de una manera digna de Dios, que los ha llamado a su reino y a su gloria"* (1Tes 2,9-13).

2) Servir a Dios con un 'corazón indiviso'

"La perfecta y perpetua continencia por el reino de los cielos, recomendada por nuestro Señor, aceptada con gusto y observada plausiblemente en el decurso de los siglos e incluso en nuestros días por no pocos fieles cristianos, siempre ha sido tenida en gran aprecio por la Iglesia, especialmente para la vida sacerdotal. Porque es al mismo tiempo emblema y estímulo de la caridad pastoral y fuente peculiar de la fecundidad espiritual en el mundo. El celibato tiene mucha conformidad con el sacerdocio, porque toda la misión del sacerdote se dedica al servicio de la nueva humanidad, que Cristo, vencedor de la muerte, suscita en el mundo por su Espíritu y que trae su origen 'no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino viene de Dios' (Jn 1,13).

Los presbíteros, pues, por el celibato conservado por el reino de los cielos, se consagran a Cristo de una forma nueva y exquisita, se unen a él más fácilmente con un *corazón indiviso*, se dedican más libremente en él y por él al servicio de Dios y de los seres humanos, sirven más expeditamente a su reino y a la obra de regeneración sobrenatural, y con ello se hacen más aptos para recibir ampliamente la paternidad en Cristo. Se constituyen, además, en señal viva de aquel mundo futuro, presente ya por la fe y por la caridad, en que los hijos de la resurrección no tomarán maridos ni mujeres". El Concilio Vaticano II añade que los presbíteros, "confiados en la gracia de Dios, recibieron libremente el sagrado celibato, según el ejemplo de Cristo", y les insta a que, "abrazándolo con magnanimidad y de todo corazón, y perseverando en tal estado con fidelidad, reconozcan el don excelso que el Padre les ha dado y que tan claramente ensalza el Señor, y pongan ante su consideración los grandes misterios que en él se expresan y se verifican". Y añadirá también que "cuando más imposible les parece a no pocas personas la perfecta continencia en el mundo actual, con tanto mayor humildad y perseverancia pedirán los presbíteros, juntamente con la Iglesia, la gracia de la fidelidad, que nunca ha sido negada a quienes la piden, sirviéndose también, al mismo tiempo, de todas las ayudas sobrenaturales y naturales que todos tienen a su alcance. No dejen de seguir las normas, sobre todo las ascéticas, que la experiencia de la Iglesia aprueba, y que no son menos necesarias en el mundo actual"¹.

El celibato, como una expresión elocuente de la castidad, es parte subjetiva de la templanza o dominio de sí, que significa ante todo una armonía entre lo interior y lo exterior, que con la gracia de Dios se va alcanzando cada día más.

3) El celibato, don de Dios vivido en la caridad pastoral

"Es particularmente importante que el sacerdote comprenda la motivación teológica de la ley eclesiástica sobre el celibato. En cuanto ley, ella expresa la *voluntad de la Iglesia*, antes aún que la voluntad que el sujeto manifiesta con su disponibilidad. Pero esta voluntad de la Iglesia encuentra su motivación última en la *relación*

¹CONCILIO VATICANO II, *Presbyterorum ordinis*, 16.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

que el celibato tiene con la ordenación sagrada, que configura al sacerdote con Cristo, cabeza y esposo de la Iglesia. La Iglesia, como esposa de Cristo, desea ser amada por el sacerdote de modo total y exclusivo como Cristo, cabeza y esposo, la ha amado. Por eso el celibato sacerdotal es un don de sí mismo en y con Cristo a su Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia en y con el Señor”.

“Para una adecuada vida espiritual del sacerdote es preciso que el celibato sea considerado y vivido no como un elemento aislado o puramente negativo, sino como un aspecto de una orientación positiva, específica y característica del sacerdote: Al dejar padre y madre, sigue a Jesús, buen pastor, en una comunión apostólica, al servicio del pueblo de Dios. Por tanto, el celibato ha de ser acogido con libre y amorosa decisión, que debe ser continuamente renovada, como don inestimable de Dios, como ‘estímulo de la caridad pastoral’, como participación singular en la paternidad de Dios y en la fecundidad de la Iglesia, como testimonio ante el mundo del reino escatológico. Para vivir todas las exigencias morales, pastorales y espirituales del celibato sacerdotal es absolutamente necesaria la oración humilde y confiada. Será la oración, unida a los sacramentos de la Iglesia y al esfuerzo ascético, los que infundan esperanza en las dificultades, perdón en las faltas, confianza y ánimo en el volver a comenzar”².

El presbítero es invitado permanentemente a valorar, como un don de Dios, el celibato que le da una especial identificación con el estilo de vida del propio Cristo y lo hace signo de su caridad pastoral en la entrega a Dios y al prójimo con el corazón pleno e indiviso. “En efecto, esta opción del sacerdote es una expresión peculiar de la entrega que lo configura con Cristo y de la entrega de sí mismo por el reino de Dios”³. El celibato pide asumir con madurez la propia afectividad y sexualidad, viviéndolas con serenidad y alegría en un camino comunitario⁴. El presbítero, a imagen del buen



pastor, está llamado a ser el hombre de la misericordia y la compasión, cercano a su pueblo y servidor de todos, particularmente de quienes sufren grandes necesidades. La caridad pastoral, fuente de la espiritualidad sacerdotal, anima y unifica su vida y su ministerio⁵.

4) El cultivo de la madurez afectiva en el sacerdote⁶

“La castidad significa la integración lograda de la sexualidad de la persona, y por ello en la unidad interior del ser humano, en su ser corporal y espiritual. La castidad implica un aprendizaje en el dominio de sí, que es una pedagogía de la libertad humana. La alternativa es clara: Cada ser humano o controla sus pasiones y obtiene la paz, o se deja dominar por ellas y se hace desdichado (cf Si 1,22)”⁷.

El celibato sacerdotal es un modo auténtico y digno de vivir la castidad en este estilo de vida, el cual abarca la afectividad y la sexualidad –en su sentido integral–, ya que es considerado como una imitación muy cercana a Cristo. El célibe es capaz de amar con un corazón limpio y su testimonio representa un anuncio escatológico, que requiere siempre de la gracia de Dios y la colaboración del que es elegido para tal estilo de vida. El celibato abarca una triple renuncia: al ejercicio de la genitalidad, a la convivencia conyugal y al derecho

²JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 29.

³PABLO VI, *Sacerdotalis caelibatus*, 24.

⁴Cf JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 44.

⁵V CELAM, *Documento de Aparecida*, 198.

⁶Cf JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 44.

⁷CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2337, 2339.



de tener hijos. El *'corazón indiviso'*, al que se refiere el Concilio Vaticano II⁸, en la opción sacerdotal significa un testimonio evidente y permanente de la vivencia del amor a Dios por encima de todo y de todos.

La *madurez afectiva* exige ser conscientes del lugar central del *amor* en la existencia humana. El Papa Juan Pablo II subraya que *"el ser humano no puede vivir sin amor"*⁹. Cada persona humana permanece para sí misma como alguien incomprensible; su vida está privada de sentido, si no se encuentra con el amor, es decir, si no lo experimenta y no lo hace propio. Se trata de un amor que compromete a toda la persona, a nivel físico, psíquico y espiritual. Así se ubica la madurez afectiva del sacerdote.

Para la virtud de la castidad hay que fomentar el dominio de sí, lo cual es tarea de toda la vida. *"Nunca se la considerará adquirida de una vez para siempre. Supone un esfuerzo reiterado en todas las etapas de la vida. La castidad es un don de Dios, una gracia, un fruto del empeño espiritual. El Espíritu Santo concede con su gracia imitar la pureza de Cristo"*¹⁰. A la luz del compromiso sacerdotal del celibato, la madurez afectiva ha de significar, dentro de las relaciones humanas de serena amistad y profunda fraternidad, un gran amor vivo y personal a Cristo. El celibato sacerdotal desarrolla el amor humano, inspirado y sostenido por Dios, y siempre purificado y transformado por la caridad pastoral. Nos dice san Pablo: *"Les exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcan sus cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: Tal será su culto espiritual. Y no se acomoden al mundo presente, antes bien transfórmese mediante la renovación de su mente, de forma que puedan ustedes distinguir cuál es la voluntad de Dios: Lo bueno, lo agradable, lo perfecto"* (Rm 12, 1-2). La afectividad es, por lo tanto, una expresión sumamente importante en la vida y el ministerio sacerdotal, para dar testimonio de castidad y fidelidad en el amor. La castidad es una exigencia fundamental para vivir con gozo y entrega la caridad pastoral.

El celibato sacerdotal puede llegar a significar

–en algunas etapas de la vida o para algunos– una pesada cruz de cada día. Por eso la exhortación de abrazar el celibato en la vida sacerdotal es una invitación permanente para vivir como Cristo Sumo y Eterno Sacerdote vivió y como la Iglesia nos señala el celibato: como una opción importante en el mundo actual.

⁸CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 42.

⁹JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 10.

¹⁰CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2341, 2345.



Porque se hace tarde y anochece. Dos grandes pastores nos hablan desde su corazón de padres de la iglesia



P. Luis Gerardo Fernández Hernández, L.C.
Licenciado en Filosofía

Con muchísimo interés he tenido oportunidad de leer los libros más recientes del Cardenal Robert Sarah “Se hace tarde y anochece” y “Desde lo más profundo de nuestros corazones”. Ambos nacidos de la realidad que vive hoy la Iglesia a raíz de los abusos sexuales por parte de los sacerdotes. Este cardenal de la Iglesia, que preside la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, describe con meridiana claridad la situación de la Iglesia en estos últimos años.

La Iglesia vive una noche oscura. Como decía Pablo VI, “nos invade el humo de satanás”. Si esta cita no fue lo suficientemente clara, traigo a colación esta otra: “La Iglesia, que debería ser espacio de luz, se ha convertido en un antro de tinieblas. Debería ser un hogar seguro y apacible ¡y se ha convertido en una cueva de ladrones!”.

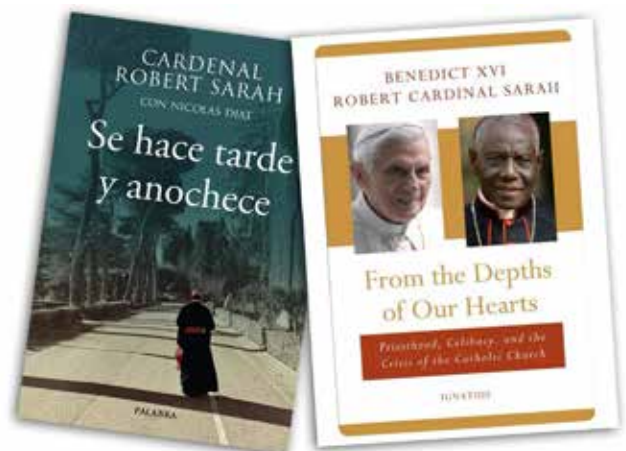
La conducta diaria de muchos sacerdotes fieles es la de pastores solícitos, padres llenos de ternura y guías sólidos. Pero algunos hombres de Dios se han convertido en agentes del demonio. Han querido mancillar el alma de los más pequeños. Han degradado la imagen de Cristo presente en cada niño.

Sí, ¡también nosotros hemos cometido traición! Hemos abandonado la oración. Por todas partes se ha filtrado el mal del activismo eficiente. Queremos imitar la estructura de las grandes empresas. Olvidamos que únicamente la oración es la sangre que puede irrigar el corazón de la

Iglesia. Decimos que no hay tiempo que perder. Queremos dedicar ese tiempo a labores sociales útiles. Quien deja de rezar ya ha cometido traición. Está dispuesto a cualquier compromiso con el mundo. Ha tomado el camino de Judas.

Por eso quiero decirles a todos los sacerdotes: manténganse fuertes y firmes. Sí, por culpa de algunos ministros, les etiquetarán a todos de homosexuales. Arrastrarán por el fango a la Iglesia Católica. La presentarán como si sólo estuviera formada por sacerdotes hipócritas y ávidos de poder. No se inquiete vuestro corazón.

Pese a las encuestas tendenciosas que ofrecen un panorama desolador de eclesiásticos irresponsables y con una vida interior anémica





al mando del gobierno de la Iglesia, manteneos serenos y confiados, como la Virgen y san Juan al pie de la cruz.

Los sacerdotes, los obispos y los cardenales sin moral no empañarán el testimonio luminoso de los más de cuatrocientos mil sacerdotes fieles en el mundo entero que, día tras día, sirven santa y generosamente a su Señor. Pese a la violencia de los ataques que pueda sufrir, la Iglesia no morirá. Ésa es la promesa del Señor y su palabra es infalible.

Como dice el Cardenal Sarah: "Hay que tener el coraje de enfrentarse cara a cara a nuestro pecado".

Las razones de lo que ahora está saliendo a la luz son muy hondas y hay que tener el valor de denunciarlas abiertamente. La crisis que vive el clero, la Iglesia, y el mundo es fundamentalmente una crisis espiritual, una crisis de fe. Vivimos el misterio de la iniquidad, el misterio de la traición, el misterio de Judas.

Además de la crisis de fe que señala el Cardenal, el Papa Francisco, reunido con los presidentes de las Conferencias episcopales de todo el mundo, señalaba como causa de los abusos sexuales el clericalismo.

En su "carta al pueblo de Dios" de agosto de 2018, el Papa Francisco escribe: "Al constatar una vez más el sufrimiento vivido por muchos menores a causa de abusos sexuales, de poder y de conciencia cometidos por un notable número de clérigos y personas consagradas...".

Esto es el clericalismo: abusos de poder y de

conciencia que llevan a los abusos sexuales de menores y personas vulnerables.

El 10 de abril de 2019 el New York Post filtró los apuntes de Benedicto XVI en los que analiza la crisis actual de la Iglesia en torno a los abusos sexuales y señala las causas de estos abusos, mismas que refiero a continuación.

Según el Papa emérito, la crisis de los abusos se fraguó en el seno de la llamada revolución sexual de los años sesenta. Su apogeo no llegó hasta los ochenta. Esta revolución proclamó, por vez primera en la historia de la humanidad, un derecho absoluto a la libertad sexual, sólo limitado por el consentimiento propio y ajeno. Cualquier acción sexual, si era consentida, debía ser considerada aceptable e incluso buena. La frágil línea de separación entre lo consentido y lo no consentido abrió el camino a la pedofilia, también en la Iglesia.

Este cambio cultural brusco coincidió en el tiempo con el desarrollo de una teología moral posconciliar amparada en un relativismo ético y un permisivismo moral que, en modo alguno, supo dar respuesta a la crisis. En esta batalla intelectual, la Iglesia reaccionó frente al permisivismo con una exposición sistemática de la moral católica en el nuevo "Catecismo de la Iglesia católica" (1992) y con la publicación de la encíclica "El esplendor de la verdad" (1993).

El Papa Benedicto considera como tercera y fundamental causa de la crisis la ausencia de Dios. El arrinconamiento de Dios se ha producido no sólo en la sociedad, sino también en la misma Iglesia. "Nosotros, cristianos y sacerdotes", afirma el Papa emérito, "también preferimos no hablar de Dios porque este discurso no parece ser práctico". Sin un Dios que la vivifica a través de los sacramentos, especialmente la eucaristía, la Iglesia corre el riesgo de ser vista como un mero aparato político. Por eso, el Papa emérito urge a que despierte de nuevo la verdadera Iglesia en las almas, esa realidad espiritual que permite al hombre unirse al Dios que da sentido a toda existencia.

Finalmente, en este valiente análisis de causas, quisiera señalar también la tibieza y mediocridad. En ese sentido, comparto el enfoque del padre Amedeo Cencini. Después de referirse a las posibles actitudes defensivas que podemos



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

adoptar ante esta crisis, señala a la mediocridad como su causa última: los escándalos de algunos son el resultado de la mediocridad de muchos. Pienso que tiene razón. El mal principal —principio del que proceden los demás— es la mediocridad; que nos afecta a todos, no sólo a los que han caído en conductas abominables. También es abominable la mediocridad de otros que no damos escándalos en la prensa, quizás. Mas ése es sin duda el escándalo mayor, el más peligroso: que no nos escandalicemos de la mediocridad, que la permitamos campar a sus anchas en nuestras vidas, que autoricemos y justifiquemos la mediocridad en la Iglesia y particularmente en el clero, que se piense que es normal ser cristianos o sacerdotes mediocres.

Todos somos pecadores, todos estamos en camino; los que llegaron a la santidad antes fueron también pecadores y necesitaron conversión. Pero no fueron tibios ni mediocres, al menos desde que tomaron la “determinada determinación” de caminar hacia la santidad. Me gusta la distinción que aprendí entre ambas: tibieza y mediocridad.

La tibieza es, en primer lugar, justificación del pecado: le quita importancia, lo autoriza, lo mantiene, sin dolor, sin remordimiento, sin lucha. El tibio no sólo es pecador: es tibio porque quita importancia a sus pecados y los justifica a sí mismo. En primer lugar, los pecados veniales, diciéndose que no son graves, que no llegan a ser mortales; pero fácilmente, por el embotamiento progresivo de su conciencia a causa de su licencia para pecar, termina justificando también el pecado mortal. Si no todos, por lo menos algunos, en las materias en que el tibio decide que no son tan graves esos pecados. Las consecuencias son variadas y terribles. La primera es el debilitamiento de la vida espiritual. Los pecados reconocidos y detestados no impiden crecer: son perdonados y se convierten entonces en ocasión de gracia más abundante, porque “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rom 5, 20). Y, como recuerda el salmo: “Había pecado, lo reconocí, no te encubrí mi delito; me propuse: ‘Confesaré al Señor mi culpa’, y Tú perdonaste mi culpa y mi pecado” (Sal 31, 5). La contrición y el perdón, la conversión y la humildad, la gratitud y la esperanza, la alegría y el progreso, se dan en la vida del pecador arrepentido y penitente. Sin embargo, el tibio se detiene, se anquilosa en el



mal que él mismo se autoriza; y no sólo eso: se va debilitando, camina espiritualmente hacia atrás, retrocede, debilita y disminuye su fervor, va perdiendo el “amor primero” (Ap 2, 4).

La mediocridad es más sutil que la tibieza, menos clara en su pacto con el pecado. Puede pasar desapercibida a los propios ojos e incluso justificarse como prudencia, como medida, incluso como virtud. El mediocre fácilmente se dice a sí mismo que la virtud está “en el justo medio”, entendiendo como tal el medio mundano y carnal. Podríamos definirla por estos rasgos: recorte y rebaja del ideal evangélico; dar más importancia a lo exterior que a lo interior; dar más importancia a lo natural que a lo sobrenatural.

Una vez que hemos enfrentado cara a cara las causas de esta situación en la Iglesia, debemos afrontar con la misma fuerza y de la mano de la gracia divina las soluciones.

En su discurso a los católicos comprometidos en la Iglesia y la sociedad del 25 de septiembre de 2011, el Papa Benedicto XVI hizo esta referencia: “A la beata Madre Teresa le preguntaron una vez cuál sería, según ella, lo primero que se debería cambiar en la Iglesia. Su respuesta fue: usted y yo. Este pequeño episodio pone de relieve dos cosas: por un lado, la religiosa quería decir a su interlocutor que la Iglesia no son sólo los demás, la jerarquía, el Papa y los obispos; la Iglesia somos todos nosotros, los bautizados. Por otro lado, parte del presupuesto de que, efectivamente, hay motivos para un cambio, de que existe esa



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

necesidad. Cada cristiano y la comunidad de los creyentes en su conjunto están llamados a una conversión continua”.

Y en una entrevista al Cardenal Sarah, éste afirmó: “Creo que la verdadera reforma es este llamamiento constante a la conversión. La verdadera reforma es lo que nos dice el concilio, es el llamamiento universal a la santidad. La belleza de la Iglesia son los santos. La primavera de la Iglesia la llevan a cabo los santos. No es el número de cristianos, ni las nuevas estructuras que construimos, sino la santidad de la vida cristiana”.

Eso es, la primavera de la Iglesia la llevan a cabo los santos... Que todos los sacerdotes asumamos este compromiso, contraído el día de nuestra ordenación sacerdotal, de ser santos. Que renovemos el don que recibimos con la imposición de las manos.

Concluyo con esta maravillosa cita de santa Catalina de Siena, que es tan actual: “Si somos lo que debemos ser, prenderemos fuego al mundo entero”.





Relación entre ética y derecho



P. Helkyn Enríquez Báez
 Doctor en Bioética
 Diócesis de Orizaba

El derecho y la moral no se identifican; sin embargo, están relacionados entre sí. Los dos son sistemas normativos y dotados de una coherencia interna. Tradicionalmente, el modo en que se relacionan se ha puesto en tres dimensiones, a saber: La primacía de la moral sobre el derecho, la irrelevancia recíproca entre ellos, y el primado del derecho sobre la moral. Sin embargo, la posmodernidad y la experiencia del Holocausto nazi y otros agravios contra la humanidad ha llevado a la reflexión de un cuarto modelo, todavía no definido, que se pretende apoyar en una ética de mínimos o en la categoría de derechos humanos o de la misma dignidad de la persona, el cual pretende ya no sólo defender al hombre, sino defenderlo en cuanto hombre.¹

Iniciamos por la descripción de las diferencias, que se pueden establecer del siguiente modo²:

a) El derecho realiza prescripciones para la conducta externa, mientras que la moral exige una conducta interna.

b) El derecho tiene por objeto la regulación de conductas en orden al bien común, y para asegurar la buena convivencia dentro de la sociedad; mientras que el campo de la moral es más amplio, porque regula la conducta humana en general.



c) Las exigencias del derecho tienen un mínimo ético, mientras que la ética tiene exigencias más elevadas.

d) Por razón de su origen, el ordenamiento jurídico tiene procedimientos establecidos para la generación de normas y leyes, mientras que las normas morales no son el fruto de un procedimiento organizado.

Se pueden establecer distinciones entre derecho y moral a partir de su objeto específico, el fin, los medios y las determinaciones concretas. Respecto al *objeto*, la moral abarca todas las virtudes, toda la actividad humana; el derecho, en cambio, se restringe al campo de la justicia, para la regulación de las relaciones sociales y en vistas al

¹Cfr. D'AGOSTINO F, «Ordenamiento jurídico y ética» en COMPAGNONI F.-PIANA G.-PRIVITERA S.-VIDAL M., *Nuevo Diccionario de Teología Moral*, op. cit., pp. 1308-1320.

²Cfr. OTTE G., *Derecho y moral*, Fe cristiana y sociedad moderna 12, Madrid 1986, pp. 15-22.



bien común. Por tanto, la moral promueve lo necesario, lo humano, lo eterno, lo esencial; mientras que el derecho promueve lo temporal, como la economía, la higiene, la ciencia y la paz. Por lo cual, el derecho no es toda la moral, sino una parte de ella. En relación a su *finalidad*, la moralidad dirige al hombre desde su conciencia, que se manifiesta en sus actos y sus relaciones, por lo que se considera desde la interioridad del sujeto; mientras que el derecho dicta normas para las relaciones exteriores y subjetivas. Por lo tanto, el derecho está ordenado para el bien temporal del hombre; la moral para su fin último. En cuanto a sus *medios*, la moral no recurre nunca a la fuerza física, mientras que el derecho puede apelar a ella. Y, por último, en cuando a sus *determinaciones concretas*: en la moral es la naturaleza propia de las cosas la que determina la bondad o maldad de un acto; mientras que en el derecho, estrictamente positivo, una cosa es buena o mala porque así está mandada.

Es menester, ahora, encontrar las relaciones entre el derecho y la moral. Un primer punto de encuentro lo hayamos en la virtud de la justicia.³ Si partimos de la convicción de que la justicia, con sus principios y valores, forma parte del derecho, entonces se puede establecer un primer punto de encuentro entre derecho y moral. Sin embargo, el positivismo jurídico afirma que

el derecho es el conjunto de normas o leyes, justas o injustas, dictadas por el poder político del Estado para el orden y funcionamiento de la sociedad, y, por tanto, la justicia no basta para establecer una relación. Creemos, sin embargo, como lo hemos explicado anteriormente, que si el concepto de Derecho no tiene relación con la justicia, el bien común y la moral, sería ininteligible y fácilmente presa de un totalitarismo o arbitrariedad.

Por otro lado, la asimilación por parte del derecho de contenidos morales hace más evidente las coincidencias de los dos órdenes normativos, pues difícilmente se encuentra un delito “meramente penal” que no tenga una connotación de inmoralidad.

Todo derecho conlleva una opción moral determinada, encarna un determinado ideal de justicia, refleja el sistema de valores o convicciones socialmente compartidos. Esta inevitable impregnación moral del orden jurídico se manifiesta con claridad mediana en los modernos estados constitucionales de Derecho, cuyas constituciones incorporan expresamente valores morales, principios de justicia y derechos humanos, a los que se atribuye un carácter fundamental, hasta el punto de que funcionan como criterios de validez de las restantes normas jurídicas, que serían inválidas si los vulneraran.⁴

Como es evidente, entre derecho y moral existe una necesaria conexión e integración recíproca, porque ni una ni otra son suficientes para regir la acción humana. Aunque es necesario distinguir sus campos, no implica separación. Una verdadera actividad jurídica implica siempre, por su naturaleza, racionalidad y conformidad a la ética, y, por otro lado, el verdadero derecho es siempre digno de aprobación moral.⁵

³José A. Ramos explica que el término justicia tiene varios significados, a saber: a) una virtud, una cualidad moral o rectitud; b) justicia es legalidad o cumplimiento de la ley; c) es igualdad en dos sentidos: justicia distributiva y justicia conmutativa; y, d) ordenación correcta de la sociedad, o virtud social conforme a las exigencias de la moral pública. (Cfr. RAMOS PASCUA J. A., *La ética interna del derecho*, Desclée De Brouwer, Sevilla 20112, pp. 17-21).

⁴Cfr. *Ibidem.*, pp. 35-36.

⁵Cfr. PIZZORNI R., *Diritto, etica e religione. Il fondamento metafisico del diritto secondo Tommaso d'Aquino*, ESD, Bologna 2006., p. 55.



Lucidez y valentía de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI



Cecilio Ismael González Huerta, L.C.
Licenciado en Filosofía

Siempre me han llamado la atención la lucidez y el coraje de Joseph Ratzinger: su lucidez para diagnosticar los problemas de nuestro tiempo y su coraje para denunciarlos con valentía.

Quisiera destacar tres de sus análisis que han constatado certeramente el declive moral de nuestra sociedad. La misma formulación de los problemas es muy expresiva en sus términos: «una serie de fracturas» en la moral, la «dictadura del relativismo» y, la más reciente, un moderno «credo anticristiano».

Una serie de fracturas en la moral

En 1985 salía a la luz el libro Informe sobre la fe, que recogía una entrevista entre Vittorio Messori y el cardenal Joseph Ratzinger. El primero era un periodista italiano, converso y gran intelectual católico. El segundo era el entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el antiguo Santo Oficio de la Iglesia Católica. Releo este libro y me sorprende su actualidad sobre algunos problemas.

En el campo de la moralidad el cardenal Ratzinger señalaba unas fracturas ya consumadas: sexualidad sin matrimonio, sexualidad sin procreación y procreación sin sexualidad. También señalaba las consecuencias: pansexualismo, manipulación genética, hedonismo, homosexualidad y aborto.

Nada mejor que leer el libro, pero valgan al menos las siguientes citas:

«En la cultura del mundo “desarrollado” se ha destruido, en primer lugar, el vínculo entre sexualidad y matrimonio indisoluble. Separado del matrimonio, el sexo ha quedado fuera de órbita y se ha encontrado privado de puntos de referencia: se ha convertido en una especie de mina flotante, en un problema y, al mismo tiempo, en un poder omnipresente» (Informe sobre la fe, BAC, Madrid 1985, p. 92).

«Consumada la separación entre sexualidad y matrimonio, la sexualidad se ha separado también de la procreación. El movimiento ha terminado por desandar el camino en sentido inverso: es decir, procreación sin sexualidad. De aquí provienen los experimentos cada vez más impresionantes de la tecnología médica...» (Informe sobre la fe, BAC, Madrid 1985, pp. 92-93).

«No se trata ciertamente —precisa— de atenernos a un moralismo desfasado, sino de sacar lúcidamente las consecuencias de las premisas: es lógico, puestas así las cosas, que el placer, la libido del individuo se conviertan en el único punto de referencia posible del sexo...» (Informe sobre la fe, BAC, Madrid 1985, p. 93).

«Resulta entonces natural que se transformen en “derechos” del individuo todas las formas de satisfacción de la sexualidad. Así, por poner un ejemplo muy del día, la homosexualidad se presenta como un derecho inalienable (¿y cómo negarlo con semejantes premisas?); más aún, su pleno reconocimiento se transforma en un aspecto de la liberación del hombre» (Informe sobre la



fe, BAC, Madrid 1985, p. 94).

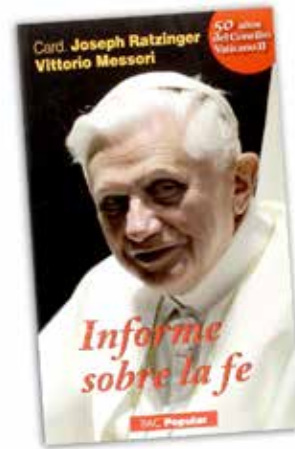
Dictadura del relativismo

El 2 abril de 2005 falleció el Papa Juan Pablo II. Del cónclave subsecuente saldría electo el Papa Benedicto XVI. A punto de comenzar ese cónclave, el mismo cardenal Ratzinger, como decano del colegio cardenalicio, impartió la homilía durante la misa «*Pro eligendo Pontifice*». En esa homilía denunció «la dictadura del relativismo», una dictadura que zarandea con «cualquier viento de doctrina» a los cristianos, les impide crecer en «la madurez de Cristo» y los deja como «niños en la fe, menores de edad» (cf. Carta los Efesios 4, 14):

«¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir a error (cf. Ef 4, 14). A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos».

Obviamente su denuncia no era una mera lamentación estéril y de inmediato agregaba la solución:

Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el hombre verdadero. Él es la medida del verdadero humanismo. No es «adulta» una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad. Debemos madurar esta fe adulta; debemos guiar la grey de Cristo a esta



fe...» (Homilía del cardenal Joseph Ratzinger, Misa «*Pro eligendo Pontifice*», 18 de abril de 2005).

Credo anticristiano

Peter Seewald es un periodista alemán que en varios momentos de la vida de Joseph Ratzinger lo ha entrevistado: como cardenal, como papa e incluso como papa emérito. Fruto de esas entrevistas son los siguientes libros: *La sal de la tierra* (1996), *Dios y el mundo* (2000), *Luz del mundo* (2010) y *Últimas conversaciones* (2016). Todavía este pasado 4 de mayo acaba de publicar una biografía de más de mil páginas, de momento solo en alemán: «*Benedikt XVI - Ein Leben*» (Una vida). El próximo 17 de noviembre se publicará una traducción al inglés en Estados Unidos.

Mientras tanto ha trascendido parte de una entrevista al final de esa biografía. El Papa emérito habla de diversas amenazas actuales para la Iglesia: «la dictadura mundial de ideologías aparentemente humanistas», el «credo anticristiano», «la excomunión social» o el «poder espiritual del Anticristo». Algunos fragmentos textuales son:

«Pero la verdadera amenaza para la Iglesia y, por lo tanto, para el ministerio de San Pedro no consiste en estas cosas, sino en la dictadura mundial de ideologías aparentemente humanistas, y contradecirlas constituye una exclusión del consenso social básico».

«Hace cien años, todos hubieran pensado que era absurdo hablar de matrimonio homosexual. Hoy, el que se opone es socialmente excomulgado. Lo mismo se



DIMENSIÓN INTELECTUAL

aplica al aborto y la producción de seres humanos en el laboratorio».

«La sociedad moderna está en el proceso de formular un “credo anticristiano”, y resistirlo se castiga con la excomunión social. El miedo a este poder espiritual del Anticristo es, por lo tanto, demasiado natural, y realmente se necesitan las oraciones de toda una diócesis y de la Iglesia universal para resistirlo» (Aciprensa, 4 de mayo de 2020)

Se agradece esta última denuncia en un mundo que hace tiempo se alejó de Dios y está apostatando de la razón. A nivel humano se cumple aquello del famoso grabado de Francisco de Goya: «El sueño de la razón produce monstruos». Y en un nivel más profundo, no es menos cierto el influjo de Satanás. La clara alusión de Benedicto XVI al Anticristo no es exagerada y está en consonancia con la auténtica doctrina de nuestra fe.

San Pablo nos exhortaba en los albores del cristianismo:

«Poneos las armas de Dios, para poder afrontar las asechanzas del diablo, porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire» (Carta a los Efesios 6, 11-12).

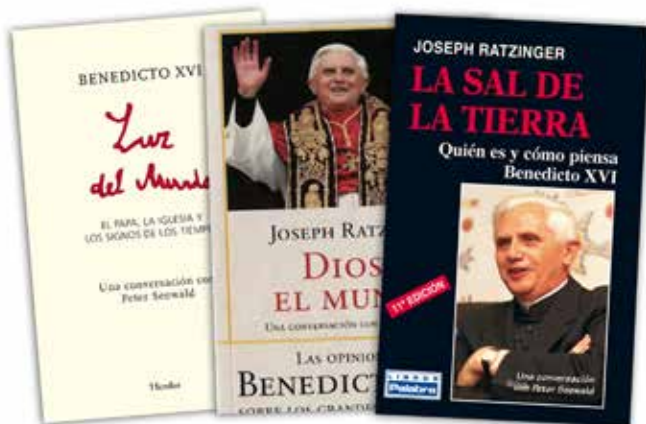
Y el Concilio Vaticano II declaraba en pleno siglo XX:

«A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor,

hasta el día final» (*Gaudium et spes*, n. 37).

Jesucristo mismo fue claro al referirse a Satanás como «el príncipe de este mundo» (cf. Juan 12, 31; 14, 30; 16, 11).

En conclusión, los propios católicos, incluido el clero, debemos tomar nota para no contemporizar con un mundo que por definición es antagónico a Dios. Buscamos la salvación de toda persona, sin excluir a nadie, pero rechazando claramente y sin complejos los errores de este mundo.





El uso de los medios de comunicación social en la familia



† Monseñor José Rafael Palma Capetillo
Obispo Auxiliar de Xalapa

En la actualidad, nos hemos visto más motivados a hacer uso de los medios de comunicación social para trabajar o descansar, lo cual trae sus ventajas y desventajas. Hagamos juntos una reflexión acerca de la manera como se da tal influjo de los medios de comunicación en el hogar.

1) LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

Los padres de familia son los primeros y principales responsables de la educación de sus hijos. Para esta misión tan importante e imprescindible, no basta sólo la abundante información, sino que es necesaria la buena formación. A la educación de los hijos pueden ayudar los abuelos, los padrinos, desde luego los maestros y catequistas, y hasta los buenos amigos, pero la responsabilidad recae sobre el papá y la mamá, a quienes Dios ha encomendado la formación de sus hijos.

La educación se da en todo momento, pero las más grandes e inolvidables lecciones de vida quedan por la experiencia del amor. Los progenitores, como buenos educadores deben combinar el cariño y sincero afecto hacia cada uno de sus descendientes con la exigencia. El amor es paciente y comprensivo, pero también exigente. Con toda razón, el Papa Pablo VI decía: *"Jesús fue intransigente con el mal, pero compasivo con las personas"* (Encíclica *Humanae vitae*, 25 de julio de 1968, 29.).

Para educar a un niño hay que amarlo. Todo lo

que infundimos en la memoria, y sobre todo en el corazón de los niños, será inolvidable, por lo cual hay que tener mucho cuidado en la manera como les hablamos, nos comportamos ante ellos y les damos ejemplo.

2) USO Y ABUSO DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

"Dominen la tierra, sométanla" (Gn 1,26) fue el mandato de Dios al hombre y a la mujer, desde la creación. Este mandato es para trabajar, es decir, conseguir el sustento diario.

BUEN USO. Todos apreciamos la gran utilidad de los medios de comunicación social, que nos ayudan a tener contacto en cualquier parte donde estemos, que





DIMENSIÓN PASTORAL

nos acerca a muchas realidades y personas. Todos los medios de comunicación son apreciados por jóvenes, adultos, y niños y por la mayoría de personas ancianas y enfermas, ya que verdaderamente nos comunican: teléfono celular, internet, radio, prensa, televisión, cine, etc. son medios inspirados por Dios a favor de la humanidad.

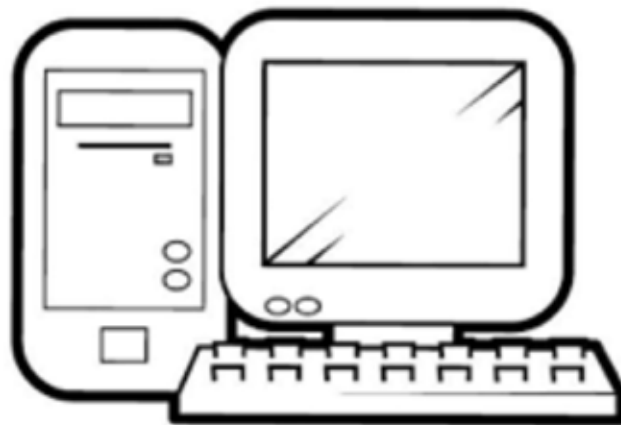
ABUSO. Sin embargo, se puede caer en exageraciones, que causan serias dificultades. Uno de los abusos más comunes de los medios de comunicación es que nos absorben la atención y pueden hacer caer en una dependencia. Además, tales medios periódicamente se van renovando y hacen caer en un consumismo, ya que muchos quieren lo último y más completo, cueste lo que cueste.

Al sentarse a comer, con frecuencia vemos a familias que no dialogan entre sí, porque están ocupados en su teléfono celular, su capacidad de comunicación más personal se va bloqueando. Los sacerdotes hemos visto personas que interrumpen la misa para ir a responder su teléfono celular, y hasta quienes salen corriendo, aunque hayan pedido ser absueltos de sus pecados en el sacramento de la confesión. Los padres de familia deben dar el ejemplo a sus hijos del uso de estos medios, como se puede hacer al manejar, al comer, al tener visitas o diálogos importantes, etc.

MAL USO. Todavía más triste y alarmante es el mal uso de los medios de comunicación para extorsionar, amenazar y manipular a las personas. Se habla que desde la cárcel hay quienes se han dedicado a tal mal uso. Con mucha facilidad se pueden mandar mensajes anónimos, que pueden contener calumnias y ofensas a una o más personas.

3)¿EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS?

Una de las finalidades principales del uso de los medios de comunicación es ENTRETENER a los hijos mientras vamos de camino o estamos ocupados en otra cosa que consideramos más importante: manejar, cocinar, hablar con otra persona, etc.; pero el peligro principal es que pongamos a disposición de los niños programas "chatarra", que podrían calificarse de 'entretenimiento' para algunos, y sin embargo causan



mucho daño para los pequeños, que están tan atentos a lo que tienen enfrente de ellos.

Hay un principio ético fundamental, y es: que el fin bueno no justifica los medios malos. Desde luego, sería injusto señalar que todos los programas de televisión o internet son malos, pues hay muchos que son instructivos, edificantes y de gran formación intelectual, espiritual y humana para todos. Sin embargo, a los niños hay que enseñarles a entrar en contacto con la naturaleza, desarrollar la creatividad (no sólo mover un teclado o pantalla), a dialogar y a expresar sus emociones. Además, hay que enseñar a los hijos a comer sin estar haciendo uso de los aparatos.

CONCLUSIONES

Para la gran familia de Dios, que es la Iglesia, hay un gran reto en el uso de los medios de comunicación social, ya que son inventos de los que nadie puede prescindir, si no uno se convierte en ermitaño, lo que no es nada malo, pero es una vocación especial de separación del mundo para dedicarse a la oración y al crecimiento espiritual.

Los medios de comunicación son el mejor y más útil instrumento que existe para evangelizar, pero todavía hay muy poca gente preparada o dedicada a hacerlo por esos medios. La Palabra de Dios es el más hermoso, importante y actualizado mensaje que podemos recibir y transmitir; purifica la mente, va dirigido al corazón, orienta y sana. Hacen falta más apóstoles de los medios de comunicación, y todos hemos de hacerle más casos a



DIMENSIÓN PASTORAL

las imágenes y textos que nos transmiten la verdad del evangelio con alegría –como pide el Papa Francisco (cf Encíclica *Evangelii gaudium*, 1).

No permitamos que los medios nos ganen en su manejo y, sobre todo, en la educación de los hijos. Son medios, y con ellos hay que verdaderamente formar la conciencia de los hijos, de acuerdo a los valores del Reino. Son medios que están en nuestras manos, y no podemos detener su evolución, sino más bien admirarlos y usarlos bien. Están en nuestras manos, pero son más importantes las manos que se estrechan, acarician, trabajan y bendicen, es decir, cada persona. Utilizarlos estando convencidos de que las cosas son medios o instrumentos que deben conducirnos al amor de Dios y del prójimo, lo cual significa hacer buen uso de las cosas. Son instrumentos creados por Dios para el hombre, para salvar al hombre.

Todo es gracia; los medios de comunicación han sido desde su invención una bendición para toda la humanidad y un rincón del mundo para llevar el evangelio, según el mandato de Cristo. Si los medios de comunicación pretender suplir la conciencia, o la confunden o desvían, y son medios para el mal, se califican como merecedores de ser eliminados, al menos por un tiempo o de tales personas, para que se liberen de su mala inclinación y recuperen su capacidad creativa y constructiva. Usemos los medios; no abusemos de ellos. Vivamos la libertad de los hijos de Dios. Todo lo creado tiene su importancia, pero la persona humana es la obra central de la obra de Dios, que debe ser siempre respetada y amada.

Los hijos, junto con el trabajo cotidiano, son una bendición de Dios. Son hijos, no instrumentos. Los medios de comunicación son instrumentos, para ser usados sin esclavizar a nadie. Ayuden a sus hijos, no sólo dándoles lo que pidan, sino lo que realmente les conviene. Ante todo, que no les falte de ustedes el amor, el ejemplo y la buena educación.

DINÁMICA DE REFLEXIÓN

- 1) ¿Los padres de familia tienen derecho a revisar los teléfonos celulares de sus hijos, o su laptop o la computadora que usan?, ¿O bien, en tu opinión, cada quien tiene derecho absoluto a la privacidad en el uso de tales medios? Sí o no, y

¿por qué?

- 2) ¿Es conveniente, cuando existe una causa seria, poner un castigo temporal a los niños, por ejemplo: no ver televisión o no usar su teléfono celular por un tiempo determinado? Si tu respuesta es afirmativa, da un ejemplo de en qué caso lo aplicarías. Si no te parece bien, señala otra manera de llamarle la atención por una causa verdaderamente seria.
- 3) ¿Te parece necesario suministrar a tus hijos de todos los medios de comunicación social, aunque sacrifiques otras cosas, con tal de tenerlos al día en los avances? ¿Cómo le haces?
- 4) ¿Qué propones para hacer un mejor uso de los medios de comunicación social a favor de tu familia?



Objeción de conciencia ante leyes injustas



P. Helkyn Enríquez Báez

Doctor en Bioética
Diócesis de Orizaba

La tarea de discernir si una determinada ley es justa o injusta se realiza con la valoración de los elementos y condiciones apenas expuestos. Se realiza mediante un proceso de discernimiento personal, como expresión de libertad consciente y de forma responsable. Cuando el sujeto se encuentra ante una ley injusta, que él mismo ha discernido en conciencia y así lo considera, debe a nivel individual invocar una objeción a la misma:

El ciudadano tiene la obligación en conciencia de no seguir las prescripciones de las autoridades civiles cuando estos preceptos son contrarios a las exigencias del orden moral, a los derechos fundamentales de las personas o a las enseñanzas del Evangelio¹.

Vivimos una época en la que se grita como un himno la libertad de conciencia, la pluralidad de ideas.

Sin embargo, ante el abanico de opiniones, la única intolerancia parece ser la dirigida contra las verdades objetivas, pues si todo es válido, todo termina por diluirse en la fuerza no de su verdad, sino de la fragilidad de sus cimientos. Por eso la actual sociedad, que ideológicamente es tolerante, no tolera la objeción de conciencia, porque está fuera de su dominio². No tolera la idea de que haya una verdad que buscar, no tolera que una tal verdad pueda tener un carácter universal; por tanto, impone un vaciamiento del fondo. No soporta las indicaciones éticas de las ideas fundamentales, y, por tanto, las oprime poniéndose por encima de ellas, con el riesgo del totalitarismo³.

La objeción de conciencia es *una simple aplicación de la libertad de conciencia (tanto laica como religiosa), (...) que supone la negativa del ciudadano a comprometerse, contra sus convicciones más*

¹AUBERT J.M., *Ley de Dios, leyes de los hombres*, Herder, Barcelona 1969, p. 228-229.

²Francesco D'Agostino realiza una profunda reflexión sobre el papel de la autoridad a partir de la propia etimología: La autoridad actual se concibe como poder y dominio, como la autopotencialización, olvidando que su misión consiste en la potencialización de los demás. Autoridad, en su etimología latina, viene de *auctoritas*, y ésta, a su vez, de *augeo*, que significa hacer crecer. Cuando la autoridad pierde de vista su misión, la misma autoridad se siente agredida por la objeción. La objeción no apela a la fuerza, sino a la verdad, y la fuerza de la verdad radica precisamente en no hacer uso de la fuerza. Por tanto, en su búsqueda de poder, la autoridad no pretende la búsqueda de la verdad, sino su decreto. (Cfr. D'AGOSTINO F., *Lezioni di filosofia del diritto*, G. Giappichelli Editore, Torino 2006, pp. 127-128).

³LAFFITTE J., «Historia de la objeción de conciencia e interpretaciones actuales del concepto de tolerancia» en PONTIFICIA ACADEMIA PRO VITA, *La conciencia cristiana como sustento del derecho a la vida (Actas de la XIII Asamblea General de la Pontificia Academia para la Vida)*, (15 marzo 2007), BAC, Madrid 2009, p. 120.



profundas, en las situaciones en que se pone en peligro la dignidad y la vida humanas. La objeción se funda en la conciencia, no en la ley⁴. Esta negativa puede suponer consecuencias legales cuando la objeción de conciencia no ha sido reconocida legalmente. Además, no significa simplemente el rechazo de obediencia a la ley⁵, sino que representa la convicción de la existencia de una ley de mayor rango e ineludible⁶. El individuo *pro-testa*, es decir, da testimonio de una verdad que considera más grande y vinculante⁷.

La objeción de conciencia, como incumplimiento del derecho, tiene ciertas características, a saber: a) *Rechazar la norma sólo en cuanto afecta al sujeto personalmente*; b) *El sujeto sólo persigue no cumplir la norma*; c) *No tiene como objetivo el derrocar o modificar la norma*⁸. Por tanto, es una forma de desobediencia al derecho y una forma de protección de la libertad individual.

⁴LÓPEZ BARAHONA M., «Objeción de conciencia y testimonio en el campo de la investigación biomédica», en *Ibidem*, p. 202.

⁵Es importante distinguir entre discrepancia y desobediencia civil. La primera, encuentra sus expresiones actuales en la *no colaboración* (social, política o económica), en los *boicots* y en otros métodos activos y no violentos, dentro de la discrepancia se encuentra el recurso a la objeción de conciencia. La desobediencia civil, aunque puede estar motivada por razones de conciencia, pretende plantear el cambio de una legislación o su incumplimiento por ser considerada inmoral o injusta, podría definirse como una *objeción de conciencia masiva*. (Cfr., *Ibidem*, p. 203)

⁶Cfr. MATTATI G.-HIGUERA G., «Objeción y disenso» en *Nuevo Diccionario de Teología Moral*, San Pablo, Madrid 1992, p. 1260.

⁷Cfr. DE BERTOLIS O., *L'ellisse giuridica, un percorso nella filosofia del diritto tra clásico e moderno*, CEDAM, Peschiera Morromeo 2011, p. 175.

⁸LÓPEZ BARAHONA M., *op. cit.*, p. 202.



Coronavirus 2020: ¿puerta o sinsentido?



P. Juan Pablo Ledesma, L.C.
Doctor en Teología

Coronavirus, año 2020. Persecución y pestilencia, siglo III.

¿Qué relación existe entre un acontecimiento y el otro? La misma pregunta levanta un puente que entrelaza la historia y arroja luz.

La historia vuelve a repetirse. Distintos escenarios, personajes diferentes, circunstancias cambiantes, pero en el fondo el mismo telón: el hombre y la muerte. La vida y Dios. El sentido o el vacío. ¡Qué certeramente Cicerón inmortalizó esta experiencia!, recordando que “la historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria y maestra de vida...”¹.

La historia es maestra de vida. Y, por lo tanto, nosotros somos sus aprendices.

De eso se trata. No basta cotejar estadísticas, criticar a los gobernantes, contar muertos o víctimas de la pandemia. Ni siquiera tomar las precauciones necesarias... Se trata de aprender lecciones de vida, y, para ello, como en una máquina del tiempo, vamos a viajar a nuestro pasado, a una circunstancia muy semejante a la actual.

Ninguno, pues, se declare indiferente. ¡Nos toca a todos! Porque se trata de la persona humana, de la vida y de la muerte.

Para muchos la muerte –y por lo tanto la vida– es un drama, una tragedia o una comedia. En el tiempo que duramos se entrelazan personas, circunstancias, momentos y escenarios diversos. Todas estas realidades tejen la trama de lo que somos. La muerte llega, cobrando su tributo. Por eso nos preguntamos: el Covid 19, ¿es puerta o sinsentido?

Intentaremos responder a estos interrogantes cruciales de la mano de Cipriano de Cartago. Él mismo se los planteó. Las circunstancias se lo impusieron.

1. El escenario:

Todo hombre vive en un contexto histórico que



¹ *Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae,...* Cf. Cicero, *De Oratore*, II, 36.

² “*Etsi aput plurimos uestrum, fratres dilectissimi, mens solida est et fides firma et anima deuota quae ad presentis mortalitatis copiam non mouetur,...*” SIMONETTI M., S. Thasci Caecilii Cypriani Opera Omnia, en CSEL IIIA, Brepols 1976, p. 17, 1-3. (Usaré esta edición para las referencias latinas).



lo determina. Ahora es el nuestro, el aquí y ahora. El ambiente y el momento no son indiferentes. Partimos de unos hechos. *“La mortandad que causa la peste actual”*². La persecución y la pestilencia en tiempos de Cipriano³ parecen dibujar un círculo sin sentido. Una situación muy semejante a la nuestra.

En aquellos tiempos, había cesado la terrible persecución del cruel emperador Decio en el año 250, y sus secuelas seguían cobrando víctimas: desertiones, apostasías. A estas tragedias se sumaba otra catástrofe: la peste mortífera que cobraría innumerables víctimas en todo el Imperio. De ella y de sus terribles estragos nos habla San Dionisio de Alejandría por boca de Eusebio de Cesárea:

“Después de esto, cuando la peste interrumpió la guerra y la fiesta se acercaba, de nuevo entró en comunicación por carta con los hermanos, indicándoles los padecimientos de esta calamidad... Habíamos logrado, tanto ellos como nosotros, un brevísimo respiro, cuando irrumpió la enfermedad ésta, cosa para ellos más temible que cualquier temor, y, por lo tanto, más cruel que cualquier otra calamidad, y como escribe un autor particular suyo: única cosa que haya sobrepujado a toda previsión. Más no así



*para nosotros, que más bien fue un ejercicio y una prueba en nada inferiores a las demás. Efectivamente, en nada nos perdonó a nosotros, aunque muchas veces se cebó en los paganos”*⁴.

El mismo Cipriano describe esta trágica pestilencia con colores patéticos⁵.

Quizás estas coordenadas históricas ayudan a entender el porqué y el contenido de esta obra. En una pregunta retórica, Pontius, el biógrafo de Cipriano, recoge el argumento principal del tratado: *“¿Quién*

³ *Caecilius Cyprianus qui et Tascius* nació entre los años 200 y 210 en el África Proconsular. Pertenece a una familia de la alta burguesía. Accedió a una completa formación literaria. Destacó en la elocuencia y probablemente ejerció como abogado. Además de entregarse al estudio, se entregaba a las diversiones. El presbítero Ceciliano intuyó la crisis interna de Cipriano y le sugirió que leyese el Evangelio. Cipriano cambió de vida y hacia los 35 años recibió el bautismo. En este nuevo camino, el único maestro que elegirá, aparte de la Biblia, será Tertuliano. Hacia el 250 es elegido obispo de Cartago. Al tiempo de Cipriano se desencadenaron dos persecuciones: la de Decio (250) y la de Valeriano (257-259). En la primera, el obispo de Cartago se escondió, amparándose en una “cauta fuga”. En la segunda muere como mártir. Cipriano será procesado por el procónsul Paterno. Sufrirá el destierro en Curubo y un año más tarde el procónsul Galerio pronunciará la sentencia de muerte. El 14 de diciembre del 258 padeció el martirio.

⁴ 7.22.1 Μετὰ ταῦτα λοιμικῆς τὸν πόλεμον διαλαβούσης νόσου τῆς τε ἐορτῆς πλησιαζούσης, αὐθις διὰ γραφῆς τοῖς ἀδελφοῖς ὁμιλεῖ, τὰ τῆς συμφορᾶς ἐπισημαινόμενος πάθη διὰ τούτων... 7.22.6 βραχυτάτης δὲ ἡμῶν τε καὶ αὐτῶν τυχόντων ἀναπνοῆς, ἐπικατέσκηπεν ἡ νόσος αὐτῆ, πρᾶγμα φόβου τε παντὸς φοβερώτερον ἐκείνοις καὶ συμφορᾶς ἥστινος οὐν σχετικώτερον καὶ ὡς ἴδιός τις αὐτῶν ἀπήγγειλεν συγγραφεύς, πρᾶγμα μόνον δὴ τῶν πάντων ἐλπίδος κρείσσον γενόμενον, ἡμῖν δὲ οὐ τοιοῦτο μὲν, γυμνάσιον δὲ καὶ δοκίμιον οὐδενὸς τῶν ἄλλων ἔλαττον. ἀπέσχετο μὲν γὰρ οὐδὲ ἡμῶν, πολλὴ δὲ ἐξήλθεν εἰς τὰ ἔθνη. EUSEBIO DE CESAREA, Historia eclesiástica, texto bilingüe, VELASCO-DELGADO A., BAC, Madrid 1977, pp. 469-470.

⁵ “Este flujo incontenible del vientre que destroza ahora las entrañas, el fuego interior de la sangre que enciende inflamaciones de garganta, los repetidos vómitos que revuelven los intestinos, las inflamaciones de los ojos sanguinolentos, los pies o miembros de algunos que, gangrenados por la peste, hay que amputar. Todos estos males y daños de los cuerpos debidos a la peste sirven para mostrar nuestra fe”. CAMPOS J., *Obras de San Cipriano*, Edición bilingüe, *Tratados, cartas*, en BAC, Madrid 1964, p. 262. (Me servirá de esta traducción castellana para todas las notas y referencias).



hubiera consolado a los cristianos tan agobiados por la pérdida de sus allegados o, a tal vez, a los cristianos de poca fe con la esperanza de la dicha futura?"⁶.

¿No es asimilar la circunstancia que vivimos en pleno siglo XXI?

Entonces Cipriano de Cartago reflexionó y produjo su obra para dar respuesta a la "pandemia" del siglo III. Un sermón⁷, homilía o tratado en 26 capítulos⁸. El método es el mismo de sus tratados. Para esclarecer el punto que le interesa tratar cita la Escritura abundantemente, luego comenta el texto, y lo aplica a la situación presente y circunstancial.

A propósito del Coronavirus en nuestro contexto hodierno, con ojos modernos la Biología nos presenta la enfermedad y la muerte como transformación, como simple ley de vida, el fin temporal de cada ente material. Pero en las personas -a nivel experimental-, esta realidad es percibida como un acontecimiento que lleva el horror, un algo de negativo. Cipriano, siglos atrás, encontró esas mismas actitudes entre sus coetáneos: *"Debido a la flaqueza de ánimo, o a la poca fe, o a la dulzura de la vida del mundo, o la blandura del sexo, o, lo que es peor, al error, vacilan sin fortaleza y no dan muestras de vigor invencible y divino"*⁹.

La Filosofía nos recuerda la doctrina griega de la inmortalidad, que se apoya sobre la tradicional distinción entre cuerpo y alma. Mientras el cuerpo desaparece con

la muerte, el alma debería sobrevivir. Para Platón, el alma es un soplo alentador, cuya esencia es el espíritu cognoscitivo del hombre. Como preexiste al cuerpo, del que es motor, la inmortalidad del hombre deriva de su participación en los arquetipos eternos de las cosas. El alma es simple, porque es espiritual. El alma se une temporalmente al cuerpo y luego lo abandona para pasar a otro cuerpo o para volver al mundo preexistente de las Ideas, del que procedía. Por eso, la muerte es vista como la "feliz liberación de la reclusión del cuerpo"¹⁰.

Cipriano, sin embargo, presenta la muerte también como liberación. Saber que debe morir es una característica del hombre, que lo distingue de todos los otros seres vivientes: *"Sucede lo que se predijo"*¹¹.



⁶ Cf. *Vita Cypriani* 7.

⁷ "Undoubtedly, Cyprian wrote this as a sermon to be delivered to the Christians of his diocese who were alarmed over the high death rate", DEFERRARI ROY J., Saint Cyprian, Treatises, Fathers of the Church, Inc., New York 1958, p. 195.

⁸ 15 Citas textuales del Antiguo Testamento (Eclesiástico, Job, Tobías, Números, Salmos, Deuteronomio, Génesis y Sabiduría); 14 citas textuales del Nuevo Testamento (Lucas, Romanos, Juan, Filipenses, 2 Corintios, Apocalipsis, Tesalonicenses, 1 Juan). Además de otras tantas alusiones o referencias a personajes bíblicos. Sigue este esquema:

- El hombre entre la vida y la muerte (1-3)
- La lucha contra las fuerzas adversas (4-6)
- Vivir en Cristo (7-9)
- Referencias a los patriarcas (10-12)
- El ejemplo de Pablo (13-14)
- Múltiples aspectos de la muerte (15-17)
- Interrogantes entorno a la muerte (18-20)
- Más referencias al Nuevo Testamento (21- 23)
- Exhortaciones finales (24-26)

⁹ CAMPOS, *op. Cit.*, p. 254. Cap. 1.

¹⁰ Cf. PLATÓN, *Phaedo*, 63E-69E y Republica VII.



En efecto, el Señor ya lo había vaticinado y anunciado: surgirían guerras, hambres, terremotos y pestes. Reaviva así la conciencia de lo inevitable de la muerte: *Mors certa*.

Incluso presenta la muerte como un beneficio provechoso, porque nos libera de este mundo que no es otra cosa que una constante lucha, incesante y penosa contra la avaricia, la impureza, la ira, la ambición... *“Uno tiene que experimentar tantas persecuciones a cada paso, se ve apretado en su ánimo por tantos peligros, ¿y va a encontrar gusto en permanecer aquí largo tiempo en medio de los golpes de espada del diablo?”*¹².

Morir es dejar esta vida mortal y pasar a la inmortalidad¹³. Es salir de este mundo. *“Si morimos, cuando nos toque, entonces pasamos por la muerte a la inmortalidad, y no puede empezar la vida eterna hasta que no salgamos de ésta. No es ciertamente una salida, sino un paso y traslado a la eternidad”*¹⁴.

Por eso, no se debe derramar llanto ni plañir, porque quien muere ha llegado a la morada de Cristo. Hay que regocijarse, pues se ha cumplido la promesa del Señor: *“No debía llorarse por nuestros hermanos llamados por el Señor y libres de este mundo, sabiendo que no se pierden, sino que nos preceden”*¹⁵.

Obviamente, ésta es una visión pascual, iluminada por la fe, fundada en la Escritura. La muerte, como la peste, como nuestro Coronavirus, no conoce distinciones ni tiene acepción de personas. Contagia lo mismo a buenos y malos, creyentes y no. Es común a todos, porque todos somos de la misma carne, según la ley del nacimiento natural: *“Mientras estamos en este siglo, tenemos el mismo cuerpo que los otros hombres, sólo nos diferenciamos por el espíritu”*¹⁶.



La fe es, sin duda, lo que hace la diferencia. La fe en Cristo que arroja una nueva luz sobre la enfermedad y sobre la muerte. Misterios que nos asemejan a Él. Por eso, *“sólo puede temer la muerte quien rehúsa ir a Cristo y no querrá ir a Cristo quien no confíe poder reinar con Él”*¹⁷. Teme la muerte, por lo tanto, el que no ha renacido del Espíritu.

En el siglo III, la pestilencia y la muerte no discriminaban a judíos, gentiles o cristianos, como tampoco ahora el Covid 19, que no distingue entre ricos y pobres. Pero la fe, por la que se vive dentro de la Iglesia, hace diferente la muerte de unos y de otros.

Más aún, la fe cambia no sólo la visión, sino el mismo modo de vida y las actitudes ante el mal. En los buenos engendra paciencia: *“No hay que murmurar – aconseja Cipriano- en las contrariedades, hermanos amadísimos, sino sobrellevar con resignación y ánimo esforzado lo que acaeciére”*¹⁸.

Es más, las desgracias no son ocasión de

¹¹“*Fiunt ecce quae dicta sunt*”. SIMONETTI, op. Cit., p. 17. Cap. 2, l. 25.

¹²CAMPOS, op. Cit., p. 256. Cap. 5.

¹³“... *quando expuncta hac morte ad immortalitatem uenimus*”. SIMONETTI, op. Cit., p. 18. Cap. 3, l. 54-55.

¹⁴CAMPOS, op. Cit., p. 268. Cap. 22.

¹⁵“... *fratres nostros non esse lugendos accersitione dominica de saeculo liberatos, cum sciamus non amitti sed praemitti...*” SIMONETTI, op. Cit., p. 27. Cap. 20, l. 337-338.

¹⁶CAMPOS, op. Cit., p. 258. Cap. 8.

¹⁷“*Eius est enim mortem timere qui ad Christum nolit ire. Eius est ad Christum nolle ire qui se non credat cum Christo incipere regnare.*” SIMONETTI, op. Cit., p. 18. Cap. 2, l. 35-37.

¹⁸CAMPOS, op. Cit., p. 260. Cap. 11.



tropiezo, sino de lucha; no deben quebrantar la fe del cristiano. El combate lleva a la victoria. El triunfo a la corona. Job, Abrahán y Pablo son ejemplos de ello.

Esa es, por tanto, la diferencia entre “nosotros y los demás, que desconocen a Dios: ellos se quejan y murmuran en las contrariedades, y a nosotros éstos nos apartan de la verdadera fortaleza y fe, sino nos robustecen en el sufrimiento”¹⁹.

Por eso, no importa sufrir el martirio o ver anticipada la muerte, porque “Dios no busca nuestra sangre, sino nuestra fe”²⁰.

Parece demasiado elevado el sentido de la vida que nos propone Cipriano. Y nos obliga también a cuestionarnos a fondo el sentido de todo lo que estamos padeciendo.

Quizás las lecciones que vamos a aprender sean las mismas que asimilamos en aquel lejano siglo III.

Lejos de explicaciones sinsentido, el punto de partida es que Dios es y seguirá siendo el único Señor y Dueño de la vida. Pobres de nosotros si seguimos jugando a ser dioses, a experimentar con la vida, a

crearnos los artifices del mundo...

Otra sublime lección es que somos hombres. Nada más y nada menos que seres humanos. Y que estamos en camino. La fe enseña que los llamados por el Señor ya están libres de este mundo. Ellos, como viajeros, como navegantes, van delante de los que nos quedamos atrás. Los podemos echar de menos, pero no llorar ni cubrirnos de luto, porque ya llevan sus vestidos blancos. Aquí vivimos “como huéspedes y viajeros”²¹. Ellos ya llegaron al final de la travesía: a la recompensa de la vida, al gozo de la salvación eterna, a la alegría sin fin, a la posesión del paraíso antes perdido... Allí hay Paz, libertad, tranquilidad inalterable, seguridad estable, firme y perpetua²².

Nosotros somos seres contingentes, dependientes. Pero también somos la imagen y semejanza de Dios. Por eso, la fe en Cristo muerto y resucitado y en sus palabras constituyen nuestra mayor seguridad y esperanza: “Si creemos en Cristo, tengamos fe en sus palabras y promesas, de modo que, no habiendo de morir nunca, vayamos alegres y tranquilos a Cristo, con el cual hemos de triunfar y reinar siempre”²³.

La tercera lección nos obliga a poner la mirada en este mundo y en nuestros prójimos. Es verdad que en el cielo “nos esperan allí muchas de nuestras personas queridas; nos echa de menos la numerosa turba de padres, hermanos, hermanos, hijos, seguros de su salvación, pero preocupados todavía por la nuestra. ¡Qué alegría tan grande para ellos y nosotros llegar a su presencia y abrazarlos; qué placer disfrutar allá del reino del cielo sin temor de morir, y qué dicha tan soberana y perpetua con una vida sin fin!”²⁴.

Por eso, la mejor respuesta al Coronavirus es nuestro amor hecho servicio, entrega, solidaridad. Será un cuidarnos para cuidar o un salir al encuentro en la necesidad extrema.

¹⁹CAMPOS, *op. Cit.*, p. 262. Cap. 13.

²⁰“Nec enim sanguinem Deus nostrum sed fidem quaerit.” SIMONETTI, *op. Cit.*, p. 26. Cap. 17, l.

²¹“...et tamquam hospites et peregrinos hic...” SIMONETTI, *op. Cit.*, p. 31. Cap. 26, l. 431-432.

²²Cf. CAMPOS, *op. Cit.*, p. 254-256; Cap. 2-3.

²³CAMPOS, *op. Cit.*, p. 268. Cap. 21.

²⁴CAMPOS, *op. Cit.*, p. 271. Cap. 26.



El azote de las persecuciones y la terrible peste del siglo III no lograron cerrar el horizonte humano. Tampoco el Coronavirus podrá apagar la llama de nuestra esperanza. Nosotros, como los hombres y mujeres del siglo III, estamos afrontando situaciones similares.

La Pascua nos ha vuelto a recordar que hay ALGUIEN que está vivo y que nos quiere vivos, y que es más fuerte que cualquier persecución, peste, enfermedad, virus y que la misma muerte.

Por eso, el Coronavirus no es un sinsentido, ni una puerta que se cierra, sino "*llegar pronto a Cristo*"²⁵. Porque lo que viene, seguramente será mejor.

Referencias:

CAMPOS J., *Obras de San Cipriano, Edición bilingüe, Tratados, cartas*, en BAC, Madrid 1964.

Von HILDEBRAND D., *Jaws of death: gate of heaven*, Sophia Institute Press, Manchester NH 1991.

QUACQUARELLI A., *S. Cipriano: La pestilenza e la lettera ai Tibariti sulla preparazione al martirio, Morte e immortalità* a cura di Sergio Felici, LAS - Roma 1985.

SCOURFIELD, J. H. D., *The De mortalitate of Cyprian: consolation and context*, en *Vigiliae Christianae*, 1996, 50, 1.

SIMONETTI M., *S. Thasci Caecilii Cypriani Opera Omnia*, en CSEL IIIA, Brepols 1976.

STRAMONDO G., *Studi sul De mortalitate di Cipriano: testo e traduzione*, Centro di Studi sull'antico Cristianesimo, Catania 1964.



²⁵... *ut cito ad Christum venire...*" SIMONETTI, *op. Cit.*, p. 31. Cap. 26, l. 455.



¿Qué lecciones podemos aprender en estos momentos de la pandemia?



P. Antonio Rivero, L.C.

Licenciado en Humanidades clásicas

Licenciado en Filosofía

Doctor en Teología espiritual

Nos ha sorprendido a todos nosotros este suceso del coronavirus. Nadie lo esperaba. Nadie lo hubiera deseado. Pero la realidad es ésta: este virus nos envolvió e invadió de norte a sur, de este a oeste.

Quiero en este artículo analizar las lecciones que podemos aprender en estos momentos. No trataré el tema desde el punto de vista científico ni médico ni social. Para eso están los expertos y peritos en el tema. Solamente quiero ofrecer unas notas desde el punto de vista espiritual para afrontar y sacar provecho de esta prueba que Dios ha permitido en el mundo. Él es el Creador y Señor de la historia y del mundo, y, por lo mismo, sabrá sacar un bien de esto que en sí es un mal, que ha causado muertes y enfermedades.

El coronavirus nos plantea grandes retos que podemos enfrentar desde una perspectiva negativa o positiva. La pandemia es algo que no podemos cambiar, que no está en nuestras manos el hacerlo, pero lo que sí podemos hacer es cambiar nuestro corazón, así como la forma de vivirla internamente para convertirla, la pandemia, en una bendición. Oscar Wilde dijo: "Lo que nos parecen pruebas amargas, son a menudo bendiciones disfrazadas". ¡Hay que descubrirlas desde la oración permeada de fe y confianza en Dios!

Hoy se hace más evidente la necesidad de trabajar la interioridad, para tener conciencia de nuestra dimensión espiritual. Esto ayudará a ver las situaciones desde otro ángulo: reconocer nuestras limitaciones, nuestra realidad, pero con un enfoque en la esperanza, la alegría y la solidaridad. *Proverbios 17, 22* nos dice que un "gran remedio es el corazón alegre, pero el ánimo decaído seca los huesos".

1. Iluminemos esta situación con el Catecismo de la Iglesia Católica

El drama de la existencia del mal ha sido usado desde muy antiguo para poner objeciones a la existencia de Dios, o al menos a su actuación en el mundo. Lo reconoce el mismo Catecismo de la Iglesia Católica: "Si el mundo procede de la sabiduría y de la bondad de Dios, ¿por qué existe el mal?, ¿de dónde viene?, ¿quién es responsable de él?, ¿dónde está la posibilidad de liberarse del mal?" (n. 284). Y también en otro lugar: "La fe en Dios Padre Todopoderoso puede ser puesta a prueba por la experiencia del mal y del sufrimiento. A veces Dios puede parecer ausente e incapaz de impedir el mal" (n. 272).

Para muchos, pues, el escándalo del mal pone a prueba su fe en la providencia divina. "Si Dios Padre Todopoderoso,



Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas sus criaturas, ¿por qué existe el mal?" (n. 309). "A esta pregunta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como misteriosa -responde el Catecismo- no se puede dar una respuesta simple. El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar. No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal" (n. 309).

Algunos se preguntan: "¿Por qué Dios no creó un mundo tan perfecto que en él no pudiera existir ningún mal?" (n. 310). Es cierto que "En su poder infinito, Dios podría siempre crear algo mejor" (ibid). Sin embargo, "en su sabiduría y bondad infinitas, Dios quiso libremente crear un mundo 'en estado de vía' hacia su perfección última. Este devenir trae consigo, en el designio de Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto, lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza, también las destrucciones. Por tanto, con el bien físico existe también el mal físico, mientras la creación no haya alcanzado su perfección" (Ibid).

Hay cosas que no podemos explicar ni entender sino desde una perspectiva que trascienda los tiempos y las expectativas demasiado apresuradas de los hombres: "Así, con el tiempo, se puede descubrir que Dios, en su providencia todopoderosa, puede sacar un bien de las consecuencias de un mal, incluso moral, causado por sus criaturas" (n. 312).

Como cristianos debemos profesar nuestra visión de fe en este misterio de la existencia del mal, diciendo con el Catecismo: "Creemos firmemente que Dios es el Señor del mundo y de la historia. Pero los caminos de su providencia nos son con frecuencia desconocidos. Sólo al final, cuando tenga fin nuestro conocimiento parcial, cuando veamos a Dios 'cara a cara' (1 Co 13,12), nos serán plenamente conocidos los caminos por los cuales, incluso a través de los dramas del mal y del pecado, Dios habrá conducido su creación hasta el reposo de ese Sabbath definitivo, en vista del cual creó el cielo y la tierra" (n. 314).

2. Veamos ahora las lecciones que podemos aprender de esta situación difícil y desconcertante

Dios dirige el mundo. Y Dios no sólo es Omnipotente, sino Omnisciente y Misericordioso. Así que podemos confiar que hay una razón para que esto ocurra. Como no somos profetas, lo máximo que podemos hacer es explorar qué lecciones se pueden aprender de esta pandemia sin precedentes, y cómo podemos responder a los desafíos que nos presenta.

Primero, la humildad

Así lo dijo en una carta publicada en los periódicos judíos, Rav Jaim Kanievsky, gran sabio.

La primera lección de humildad es comprender que no tenemos el control. Esta pandemia pone al descubierto el hecho de la fragilidad humana, la limitación, la vulnerabilidad del ser humano. Somos seres necesitados de otros y del Otro (con mayúscula). Ante una situación de enfermedad, de dolor o de muerte nos da la oportunidad de reflexionar y de entrar en nuestro interior para ver cómo estoy viviendo.



Una clave de la espiritualidad ignaciana es el *"Principio y fundamento"*: soy criatura, fui creado, no soy omnipotente, y a partir de este reconocimiento puedo estar atento a mis movimientos interiores para poder orientarlos.

Con todo y los milagros tecnológicos que ocurrieron a comienzos del siglo XXI (la inteligencia artificial, el mapeo del genoma, la ingeniería genética, las computadoras cuánticas), no podemos controlar un virus microscópico. Estamos todos asustados en nuestras casas, los trabajadores de la salud son los soldados en el frente de batalla, y en todo el mundo fallecen decenas de miles de personas.

Aunque pensemos que nuestros esfuerzos son los que dirigen los eventos del mundo, cada tanto éstos nos enseñan de una forma muy dramática que no es así. La Torá nos advierte de no pensar que *"mi fuerza y el trabajo de mis manos produjeron esta riqueza"* (Deuteronomio 8, 17). El hombre no es la máxima fuente de poder; por encima de nosotros hay una 'autoridad superior'. Dios nos está enseñando a atemperar nuestro orgullo y nuestro sentido de poder.

Comparto lo que un hermano de mi congregación ha dicho en un mensaje que mandó a estudiantes de secundaria del colegio Guadalupe de San José de Gracia, Michoacán hace unos días:¹

"Quisiera comenzar con esta anécdota. Existió un gran pintor, un famoso pintor inglés que estaba haciendo su obra maestra en la catedral de San Pablo en Londres. Estaba pintando un fresco hermoso, y estaba él subido en un andamio a unos diez, doce metros de altura. Y cuando ya estaba terminando su obra, ya estaba casi completa, tanto se admiró de su arte, que se puso absorto, que se puso como embobado, y dijo: ¡wow, esto es hermoso! -Y, claro, ustedes saben que para que uno pueda apreciar mejor una pintura, uno toma la distancia-. Entonces este pintor empezó a dar para atrás en los andamios con el riesgo de caerse. Y entonces estaba como absorto viendo su obra, su belleza. Y un

asistente que estaba al lado vio que el pintor estaba por caerse ya al abismo, y entonces dijo: no voy a gritar... Mojó un pincel en la tinta y lo tiró en medio del fresco. Y entonces se vio el pincel y la tinta escurriéndose en medio de toda aquella belleza, de aquel orden, de aquella armonía. Y el pintor volvió y se acercó otra vez al fresco. Y entonces aquel asistente le dijo: ¡Te salvé la vida!; ¡Uy, sí, estaba yo a punto de caerme...! Pues bien, ¿qué ha pasado con la pandemia, con el Coronavirus? Nosotros, seres humanos, estábamos absortos, embobados, borrachos, ante el progreso, ante nuestra capacidad de hacer cosas, de consumir; trabajo, escuela, estudio, universidad, y el mundo estaba frenético. El Papa Francisco ha dicho: nos considerábamos sanos en un mundo enfermo. Y, claro, tan acelerados estábamos, tan empapados de nuestro ego, de nuestro consumir, yo, mis cosas, mis proyectos, mis estudios, tantas cosas, tantos problemas, que estábamos admirados con nuestro ego que nos íbamos a caer al abismo. Y ¿qué hizo Dios? Así como el asistente, mojó un pincel y lo tiró en medio de nuestro ego, de nuestra soberbia humana, incluso de nuestro avance tecnológico desenfrenado, desequilibrado. ¿Para qué? Para salvar nuestra vida, y, sobre todo, salvar nuestra alma. ¡Este es el mensaje! Dios va a sacar un bien de este mal, queridos amigos que me están escuchando.

Dios no está gritando. Dios no está hablando fuerte. ¿Por qué Dios no habla en esta pandemia? ¿Por



¹Hermano Celso da Silva, que se encuentra en Roma estudiando teología.



qué deja los muertos? ¿Por qué deja tantos contagiados? ¡Qué tristeza! Seguramente ustedes tendrán vecinos, gente que está contagiada, que está perdiendo el empleo porque no puede trabajar. No pueden funcionar las cosas a nivel económico, social. Y ¿por qué Dios se calla? Porque está tirando el pincel a la pared y nos está salvando la vida, y sobre todo nuestra alma.

Así que, queridos amigos, vamos a ver también esa parte espiritual y buena de toda esta tragedia. Esto nos ha hecho pensar más en Dios que en nosotros mismos. ¡Cuánta gente ahora se acuerda de Dios! ¡Cuánta gente ahora dedica tiempo para rezar el rosario en familia! ¿Tú estás rezando el rosario en familia? ¡Ahí le dejo! ¡Cuánta gente ahora dedica tiempo a sus seres queridos, a sus familiares, a sus papás! Los papás ahora pueden estar más tiempo con los hijos. Cosas que antes hacíamos a las carreras. ¡Y qué maravilla que hemos redescubierto la riqueza de la familia, de los seres queridos, del encuentro! Incluso virtual: ya estamos conectados virtualmente, estamos nostálgicos unos de otros, pero nos comunicamos. ¡El valor de la relación interpersonal! ¡Más humanos! No tanto tecnológicos, máquinas, progreso, dinero, fama -que eso es bueno-; pero cuando uno se mete por ahí y no sale de ahí, nos olvidamos de ese tacto, esa sensibilidad humana que también es de Dios. Esta pandemia nos ha hecho ver también que tenemos que dar prioridad a las cosas importantes en la vida. A veces poníamos cosas o hacíamos cosas que no eran tan importantes y, sin embargo, las poníamos en primer lugar. ¡Dar el correcto valor a las cosas! Y saber que todo pasa. Simplemente se queda aquello que hayamos hecho por los demás”.

Este último párrafo nos introduce a la segunda lección de podemos aprender.

La segunda lección que podemos aprender es la caridad y el interés por los demás

Todos estamos conectados. Somos mutuamente responsables los unos por los otros. Yo soy responsable de mis hermanos y hermanas. No puedo comportarme como Caín: “¿Acaso soy el guardián de mi hermano?” (Gn 4,9). Todos somos responsables de todo el mundo; y si Dios ama a todos los seres humanos, entonces también



nosotros debemos amarlos y preocuparnos por ellos. Son nuestros hermanos, pues Dios es nuestro Padre.

El desafío es cumplir esta enseñanza de una forma extrema. Se nos pide que detengamos nuestras vidas, que nos aislemos en nuestras casas, que nos quedemos encerrados con nuestras familias (y para muchos esto implica estar completamente solos), para salvar las vidas de otras personas. Se nos pide que dejemos de lado nuestras libertades personales y nuestros deseos por el bien de otros. Sí, si socializamos hay cierto riesgo para nosotros mismos; sin embargo, entendemos que el peligro real es para la gente más anciana.

De hecho, algunas personas en todo el mundo preguntan: ¿qué ocurre con la economía? La economía es una preocupación, pero en esta situación del coronavirus el mensaje es claro: los valores nos dicen que debemos aislarnos porque, de lo contrario, los ancianos corren grave peligro. Antes que nada, están las vidas de todas las personas de nuestra sociedad.

Cuando la crisis comience a disminuir, habremos aprendido que la humanidad debe ser mutuamente responsable los unos por los otros, porque ya no podremos decir que un virus en la otra punta del mundo no es nuestro problema. También necesitaremos recordar que, como hermanos, tenemos que mantener el delicado equilibrio entre tener una conciencia y preocupación global, y al mismo tiempo recordar que tenemos que mantener nuestros valores humanos y cristianos. Si algo dejó claro Cristo, fue el mandamiento



del amor: “*Amaos los unos a los otros, como yo os he amado*” (Juan 13, 34).

Un ejemplo de esto, es el valor absoluto de la vida humana que no puede verse comprometida. Mantener nuestros valores a veces requiere que mantengamos límites o que permanezcamos diferentes al resto del mundo. Debemos aplicar esta lección también a nuestros hogares en estas circunstancias. En vez de entrar a una pelea con un miembro de la familia, debemos ceder y anular nuestros propios deseos.

La enseñanza final que debemos contemplar es por qué se nos aísla de nuestros amigos, de nuestros abuelos, de nuestra comunidad. La lección parece clara: si cuando socializamos hablamos mal de alguien, si chismeamos con nuestros amigos sobre otras personas, ya no merecemos el privilegio de esos lazos sociales, porque los usamos mal. El aislamiento puede enseñarnos a reflexionar sobre cómo tener interacciones sociales positivas y constructivas, en vez de relaciones negativas y destructivas.

La pregunta que debemos formularnos es: ¿Esta tragedia nos llevará a cambiar y a ser mejores personas? ¿La aprovecharemos para pensar sobre nuestra vida desde una nueva perspectiva, que nos ayude a entender que no tenemos el control, y que debemos hacer lugar a Dios en nuestras vidas? Una perspectiva que nos enseñe a poner las necesidades de los demás antes de las propias, aunque eso nos produzca inconvenientes e incomodidad. Una perspectiva que traiga paz y armonía con los demás y evite los chismes, las heridas y las peleas.

Quizás de esta devastadora tragedia pueda emerger un mundo más afectuoso, receptivo, solidario, con más conciencia social y con conciencia de la existencia y la realidad de Dios.

Una tercera lección, la maduración en diversas virtudes humanas²

- **Aceptar la crisis.** Aunque resulte muy complicado, sobre todo cuando las infecciones y fallecimientos afectan a nuestra propia

familia, una crisis no se supera personalmente mientras no se acepta plenamente, con todo su dramatismo y con todas sus consecuencias. Aceptar no es una postura pasiva ni indiferente. Aceptar es más que tolerar, soportar o aguantar. La aceptación exige una comprensión. Aceptar la crisis lleva a comprender su conveniencia para el desarrollo personal y colectivo, así como vislumbrar los muchos bienes que de ella pueden derivarse a corto, medio y largo plazo para la humanidad.

- **La crisis como oportunidad.** La aceptación permite ver la crisis como una oportunidad en la medida en que supone un aceleramiento brusco del nivel de conciencia individual y colectivo, así como del ritmo de crecimiento personal y desarrollo de los pueblos y de la humanidad. Las grandes crisis ponen la maquinaria humana a su máximo rendimiento, pues a cada persona se le exige dar lo mejor de sí misma. Sin una crisis social profunda, ni Gandhi, ni Martin Luther King, ni Nelson Mandela, ni la Madre Teresa de Calcuta, ni Oscar Romero se habrían convertido en auténticos campeones de los derechos humanos.
- **Espiritualizarse.** El ser humano puede operar desde su dimensión biológica, emocional, racional o espiritual. Las crisis ayudan al ser



²Me apropio lo que se dice en este artículo que encontré y con el que estoy de acuerdo: <https://cnnespanol.cnn.com/2020/03/25/diez-consejos-espirituales-para-lidiar-con-la-crisis-del-coronavirus/>



humano a identificarse con su dimensión más elevada, la espiritual; a encontrar una paz más profunda en medio de situaciones verdaderamente dramáticas; a adquirir un conocimiento de la realidad mucho más integral. La persona humana se espiritualiza —fundamentalmente— a través del silencio y la contemplación, de la meditación y de la oración. Espiritualizarse ayuda a dar más valor a lo esencial que a lo accesorio, a lo eterno que a lo temporal, al espíritu que a la materia, al amor que al placer, a lo gratuito que a lo oneroso, al dar que al recibir.

- **Espíritu de servicio.** Las crisis ayudan a multiplicar los actos de servicio a los demás porque generan necesidades apremiantes. Las crisis producen una multiplicación en cadena de actos de solidaridad entre seres humanos y pueblos que fortalece lazos y destinos. Este necesario espíritu de servicio implica cuidarse a uno mismo para poder ser buen instrumento en ayuda de los demás. Por eso, un correcto espíritu de servicio sabe protegerse, no egoístamente sino solidariamente, con el fin de recuperar fuerzas y poder continuar con el servicio. Esto resulta de capital importancia en el personal médico. De lo contrario, es fácil caer en el agotamiento que siempre conlleva un aumento de la carga social.
- **Prudencia, no miedo.** Una adecuada gestión de la crisis exige aprender a distinguir la prudencia del miedo. La prudencia es espiritual y no

consume energía vital; el miedo es emocional, y acaba con nuestra energía. La prudencia ante la crisis lleva a cumplir a rajatabla las indicaciones de las autoridades gubernamentales y sanitarias que la gestionan. Es fuente de paz y siempre suma. El miedo, en cambio, paraliza, resta y en nada contribuye al fin de la pandemia.

- **Gestionar la incertidumbre.** La crisis nos ayuda a aprender a vivir en momentos de incertidumbre, lo que supone un alto grado de desprendimiento personal y abandono en la providencia divina. Una de las necesidades básicas del ego es precisamente ese deseo de control, de seguridad que todos tenemos. Esta crisis es esencialmente antiegoica, pues si algo nos demuestra, es que el ser humano no tiene el control del planeta, ni tan siquiera de una parte de él. Mucho menos del universo.
- **Cuidar las relaciones humanas.** La crisis es una gran oportunidad para mejorar nuestras relaciones humanas con los más próximos. El confinamiento al que tantos millones estamos sometidos obliga a muchas personas a convivir con seres queridos, a veces en espacios reducidos y con medios escasos. El confinamiento genera tensión. El respeto, el buen humor y el perdón en las relaciones humanas perfuman nuestras casas y las convierten en hogares dignos y nobles, aptos para la convivencia en familia.
- **Huir del victimismo.** Una cosa es ser víctima del coronavirus y otra caer en el victimismo. Ser víctima del coronavirus es un hecho; el victimismo es, en cambio, una actitud, un modo de comportarse asumiendo indebidamente el papel de víctima. Es victimista quien elude su propia responsabilidad ante la crisis del coronavirus, quien considera que las medidas adoptadas por los gobiernos son imposiciones autoritarias, quien culpa a los demás como potenciales transmisores olvidando que uno mismo es un factor de riesgo, o quien busca excesiva compasión sin compadecerse de los demás.
- **Vivir el presente.** La crisis nos ayuda a vivir el presente con gran intensidad, sin mirar melancólicamente hacia el pasado ni con





ACTUALIDAD

ansiedad hacia el futuro. Vivir el hoy y el ahora es la mejor manera de hacer rendir el tiempo y de sacar lo mejor de nosotros mismos. Fijar la atención en lo que se hace en cada momento es una gran fuente de riqueza interna y externa, individual y colectiva.

- **Mantener la energía vital alta.** Basta mirar a una persona para ver su nivel energético vital, que poco tiene que ver con su salud física o con su bienestar material. Un enfermo de coronavirus que perdona a su transmisor, que sonríe al personal sanitario que le cuida, que se aísla sin considerarse víctima, que aprovecha su aislamiento para orar, meditar y unirse íntimamente a los demás, está derrochando energía vital a raudales, como aquellas personas sanas que con una sonrisa aceptan las limitaciones impuestas por la crisis, los errores propios y ajenos, o agradecen al personal sanitario sus denodados esfuerzos con un aplauso cada noche. Tu sonrisa también contribuye a superar la crisis.
- **¿Qué puede hacer la Iglesia?**
- De la experiencia de la Iglesia de responder a otras situaciones de emergencia y epidemia, sabemos que hay tres funciones clave que la Iglesia puede desempeñar en estos tiempos para promover la preparación y la resiliencia:
 - **Dar esperanza** y enfrentar el miedo con



información precisa y aliento a través de nuestra fe.

- **Mantener a la comunidad en adoración y conectada**, si es necesario, a través de mensajes, teléfono y en línea, en caso de cuarentena e interrupción de relaciones físicas.
- **Expresar la compasión y el cuidado de Dios** a la gente afectada en nuestras comunidades, recordando que las que ya son más vulnerables serán las más afectadas.

Como Iglesia, estamos llamados a ser una voz que calma y dé tranquilidad, afirmando que Dios está con nosotros. Y así podamos salir de la dimensión del miedo.

El coronavirus nos ha hecho pensar en el cuidado de uno mismo, pero también de los demás. Si estoy sano, evito que los demás se enfermen y viceversa; por lo tanto, tengo que cuidarme y cuidar a los demás.

Tenemos que empezar por el cuerpo, para eso están las medidas de higiene y protección señaladas por las autoridades. En ese mismo sentido tenemos que ver cuáles son las impurezas dentro de mí que necesito limpiar, mis egoísmos, mis resentimientos.

Si uno trabaja estos aspectos, tenemos la capacidad de ayudar y acompañar a otros que tengan dificultades.

Recomiendo que se dedique un momento y espacio todos los días para realizar el examen ignaciano, a la manera que indica Jesús: *"cuando ores, entra en tu cuarto, y cuando hayas cerrado la puerta, ora a tu Padre que está en secreto"* (Mt 6:6), y preguntarnos en este tiempo de pandemia: ¿cuáles han sido los momentos en que me he sentido frágil?, ¿cuáles son los sentimientos que han predominado en mi interior?, ¿cómo he vivido esos sentimientos?, ¿cuándo me he sentido débil o vulnerable?, ¿ante qué presencias me he sentido así? Y hacia dónde me llevan estos sentimientos: ¿qué pensamientos y deseos me van generando? Después, reflexionar sobre cómo quiero seguir actuando. Cómo ordeno mis afectos desordenados provocados por esta situación que vivimos.

La imagen que me surge es la del samaritano, que va por



el camino y que atiende al que se encuentra lastimado por otros. No podemos enojarnos o recriminar si nos encontramos con personas afectadas por la enfermedad en nuestro camino; tenemos que hacernos responsables del afectado, de los otros y de nuestro mundo.

La pandemia nos muestra la necesidad de cultivar el amor a Dios, que significa partir del amor hacia uno mismo, que brota de lo más profundo hacia Él; admirar mi grandeza desde lo pequeño que soy, admirarme del otro y agradecer su presencia para poder admirarme ante la presencia de Dios, porque los atardeceres siguen siendo hermosos, aún en este tiempo de pandemia.

Conclusión

Termino dando aliento y ánimo a todos. *"Dios nos va a dar un mundo mejor -diría el hermano Celso da Silva-, porque Dios nos ha librado de caer en el abismo de nuestra miseria, de nuestro egoísmo, para acercarnos a lo que realmente vale, es decir, a Dios, a los demás- nuestros padres, amigos, vecinos-; y también a hacer lo que realmente importa en la vida, para que un día podamos llegar al cielo y decir: "He invertido mi vida bien. No me he perdido en tantas banalidades, en tantos vicios...". Tantos cosas malas que la juventud piensa que es bueno..., como las sirenas: escuchan las sirenas y se emboban: "¡Ay, que todo es bueno!". No todo es bueno y no todo lo que es bello es verdadero. ¡Ánimo! ¡Dios está con nosotros! Sigamos unidos. El mundo será*

diferente, mejor. Porque Dios siempre saca un bien de un mal. ¡No tengan duda! ¡Confíen!".

Termino con la famosa coplilla de santa Teresa de Jesús, la santa de mi ciudad, Ávila:

*Nada te turbe,
nada te espante.
Todo se pasa,
Dios no se muda,*

*La paciencia
todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene
nada le falta:
Sólo Dios basta.*

*Eleva el pensamiento,
al cielo sube,
por nada te acongojas,
nada te turbe.*

*A Jesucristo sigue
con pecho grande,
y, venga lo que venga,
Nada te espante.*

*¿Ves la gloria del mundo?
Es gloria vana;
nada tiene de estable,
todo se pasa.*

*Aspira a lo celeste,
que siempre dura;
fiel y rico en promesas,
Dios no se muda.*

*Ámala cual merece
Bondad inmensa;
pero no hay amor fino
Sin la paciencia.*

*Confianza y fe viva
mantenga el alma,
que quien cree y espera
Todo lo alcanza.*

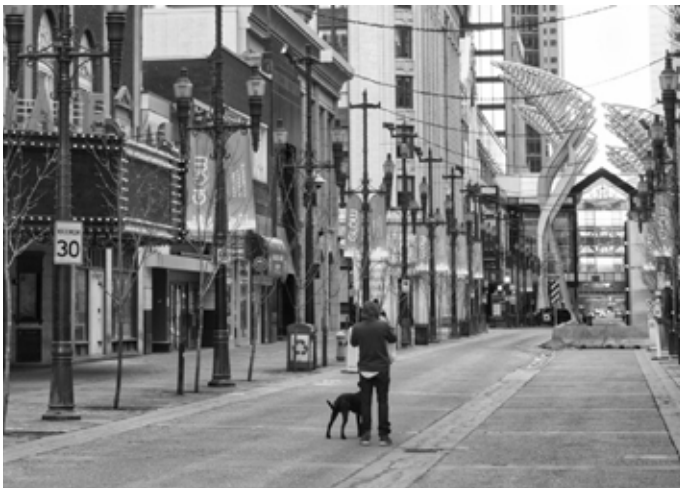


ACTUALIDAD

*Del infierno acosado
aunque se viere,
burlará sus furores
Quien a Dios tiene.*

*Vénganle desamparos,
cruces, desgracias;
siendo Dios su tesoro,
Nada le falta.*

*Id, pues, bienes del mundo;
id, dichas vanas,
aunque todo lo pierda,
Sólo Dios basta.*





Criterios de esperanza y verdad para comunicar en tiempos de pandemia.



P. Helkyn Enríquez Báez
Doctor en Bioética
Diócesis de Orizaba

PREFACIO

La Iglesia Católica tiene como misión asumir el mandato del Señor Jesucristo a sus discípulos: "¡Vayan y anuncia la Buena Noticia!". Conscientes de ello, los cristianos nos sentimos mensajeros del anuncio de salvación y esperanza que comporta el Evangelio y que queremos compartir con todo el mundo. Sin embargo, en tiempos difíciles y de confusión, la alegría del anuncio de Cristo puede resultar difícil. Se puede repetir la experiencia de los discípulos de Emaús, de María Magdalena o de los discípulos que, aun viendo, no descubrían la verdad.

Creemos que en los tiempos de pandemia que vivimos se genera mucha confusión; somos bombardeados de noticias de todo tipo e intención. Abundan las *fake news*, los bulos, la distorsión, la información sesgada o distorsionada. Las redes sociales han hecho que la abundancia de información, incontrolada, nos haga experimentar con fuerza no sólo la pandemia sino también la *infodemia*. El estrés y la angustia causada por el exceso de información o la de origen malicioso puede causar tanto o más daño que la propia epidemia.

Motivados por esta realidad, queremos presentar este elenco de criterios de acción y discernimiento para que la actividad comunicadora que realizamos sirva como instrumento de humanización y construcción de verdad, que oriente al hombre hacia el bien

común y un ambiente de comunicación veraz. Tener información clara, oportuna y verdadera es vital para las comunidades y personas que están viviendo distintas situaciones en esta pandemia. En un cambio de época que privilegia la comunicación debemos ser heraldos de verdad y esperanza para ayudar a contener el avance de COVID-19, la ansiedad y temores provocados por la pandemia y mitigar los daños que produce.

VER

La Iglesia Católica ha recibido la misión de parte de Jesús para anunciar el Evangelio, que se traduce como Buena noticia o Buena Nueva. Es decir, proclamar constantemente el misterio pascual de Cristo que anuncia que no es el sufrimiento y la muerte el final de toda la realidad humana, sino la resurrección. Esta noticia es el centro de la fe cristiana y el motor de toda la vivencia de la Iglesia.

La Iglesia, presente en el mundo desde hace más de dos mil años, ha vivido ya diferentes etapas de la humanidad, incluidas las epidemias vividas en distintas latitudes en todos estos siglos. Las epidemias han permitido que hombres y mujeres cristianos mantuvieran el testimonio de cuidar a los enfermos, incluso a costa de su propia vida. También en tiempos de enfermedad, guerra y hambre la Iglesia ha sostenido con distintas expresiones



ACTUALIDAD

la esperanza en medio de los que sufren.

Hoy estamos viviendo, para muchos todavía de modo unimaginable, una nueva epidemia de carácter mundial con graves consecuencias para la salud, la sociedad y la economía. La Epidemia provocada por el COVID-19 se suma a los daños que a la salud han venido ocasionando otras enfermedades crónicas y virales.

Estamos viviendo un cambio de época que, en el campo mediático, se privilegia la comunicación por internet y las redes sociales a los medios de información tradicionales. Esto impide el cribado, el discernimiento y selección de contenidos y se promueve la distorsión, la creación o recreación de realidades, la manipulación de cifras y contenidos, las *fake news* o bulos. Es decir, todos los fenómenos que los especialistas llaman *posverdad* y que han afectado la credibilidad de lo que ahora se recibe por los medios de comunicación. Por otra parte, la abundancia de información que se genera de modo indiscriminado está generando una *infodemia*. La *infodemia* es «una cantidad excesiva de información sobre un problema que dificulta encontrar una solución. Durante una emergencia de salud, las infodemias pueden difundir errores, desinformación y rumores»¹.

Sin embargo, en tiempos de emergencia sanitaria, ante la realidad del confinamiento, la mayoría de la gente tiene necesidad de información. Las personas buscan, a través de los medios tradicionales, las redes sociales y el internet, saber qué es lo que sucede, cómo prevenir, cómo actuar y encontrar soluciones de salud, sociales y económicas.

En ese marco, la cobertura de noticias de la COVID-19 representa un desafío para comunicadores y periodistas, sea por la evolución de la enfermedad, el conocimiento que se va teniendo de su comportamiento, las recomendaciones para la prevención, los contextos políticos e ideológicos en los que se presenta y los intereses económicos en juego.

La tarea del comunicador en este contexto mediático



y sanitario le exige un ejercicio de su profesión de modo ético, libre, consciente y responsable. Evitar los sensacionalismos o el escándalo que confunde. Transmitir información veraz y no infundir miedo. Recurrir a fuentes certificadas y confiables. Alentar el optimismo y la esperanza. En tiempos de pensamiento débil, líquido y relativista, el comunicador tiene la privilegiada oportunidad de ser timón y no veleta.

Juzgar

«Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8,31-31). Estas palabras de Jesús resuenan al interior de la Iglesia y se han convertido en una ardua tarea desde la iglesia primitiva. Las comunidades cristianas han debido asumir la Verdad revelada y buscar reinterpretar la verdad y transmitirla en cada uno de los contextos socio-históricos que les han tocado vivir.

El papel de la inculturación que la Iglesia ha realizado en cada momento histórico le ha llevado a reflexiones, en medio de las culturas, para discernir lo que hay de bueno, noble y verdadero en cada una de ellas. La sintonía que las Semillas del Verbo, presente en cada cultura, provoca en la transmisión de la verdad evangélica permite a la iglesia ser promotora de la verdad.

¹ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD, COVID-19 consejos para informar. Guía para periodistas, OPS, Washington D.C. 2020, p.2.



En tiempos recientes, con el desarrollo de los medios de comunicación, la Iglesia ha aceptado su papel protagónico en la sociedad, como claramente lo afirmó el Concilio Vaticano II:

“Entre los maravillosos inventos de la técnica que, sobre todo en estos tiempos, el ingenio humano, con la ayuda de Dios, ha extraído de las cosas creadas, la madre Iglesia acoge y fomenta con especial solicitud aquellos que atañen especialmente al espíritu humano y que han abierto nuevos caminos para comunicar con extraordinaria facilidad noticias, ideas y doctrinas de todo tipo. Entre tales inventos sobresalen aquellos instrumentos que, por su naturaleza, pueden llegar no sólo a los individuos, sino también a las multitudes y a toda la sociedad humana, como son la prensa, el cine, la radio, la televisión y otros similares que, por ello mismo, pueden ser llamados con razón medios de comunicación social” (IM 1).

En su misión evangelizadora la Iglesia ha asumido en las últimas décadas un acercamiento a los medios modernos de comunicación, desde el cine hasta las recientes redes sociales. Pasando por distintos pasajes, se han creado distintas comisiones que asumen la tarea pastoral de acompañamiento y atención pastoral a los medios de comunicación y quienes colaboran en ellos. Del mismo modo los ha asumido como un canal de evangelización para su tarea y misión. En los últimos años, los papas y el Pontificio Consejo Para las Comunicaciones sociales han emitido importantes documentos que ahora resultan guías para el ejercicio de comunicación en nuestros tiempos; somos conscientes de que «la cultura de la sabiduría, propia de la Iglesia, puede evitar que la cultura de la información, propia de los medios de comunicación, se convierta en una acumulación de hechos sin sentido» (Juan Pablo II, Mensaje para la XXXIII Jornada mundial de las comunicaciones sociales de 1999, n. 3). Por eso conviene recordar algunos elementos esenciales que orientan nuestro modo de comunicar en tiempos de pandemia:

Fundamento de la comunicación, la comunicación de Dios con el hombre.



“La historia de la salvación narra y documenta la comunicación de Dios con el hombre, comunicación que utiliza todas las formas y modalidades del comunicar. El ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, para acoger la revelación divina y para entablar un diálogo de amor con Él. A causa del pecado, esta capacidad de diálogo, ya sea personal o social, ha sido alterada, y los hombres han hecho y continúan haciendo la amarga experiencia de la incomprensión y de la lejanía. Sin embargo, Dios no los ha abandonado y les ha mandado a su propio Hijo (cf. Mc 12, 1-11). En el Verbo hecho carne, el evento comunicativo asume su máxima dimensión salvífica: se ha dado así al hombre, por el Espíritu Santo, la capacidad de recibir la salvación y de anunciarla y testimoniarla a sus hermanos.

La comunicación entre Dios y la humanidad ha alcanzado por tanto su perfección con el Verbo hecho carne. El acto de amor a través del cual Dios se revela, unido a la respuesta de fe de la humanidad, genera un fecundo diálogo. Precisamente por esto, al hacer nuestra, en cierto modo, la petición de los discípulos “enséñanos a orar” (Lc 11, 1), podemos pedir al Señor que nos ayude a entender cómo comunicar con Dios y con los hombres a través de los maravillosos instrumentos de la comunicación social. Reorientados en la perspectiva de tal comunicación última y decisiva, los medios de comunicación social se revelan como una oportunidad providencial para llegar a los hombres de cualquier latitud, superando las barreras del tiempo, del espacio y de la lengua, formulando en las más diversas modalidades los contenidos de la fe, y ofreciendo a quien busca puertos



seguros que faciliten un diálogo con el misterio de Dios revelado plenamente en Jesucristo”².

Comunicación al servicio de una auténtica cultura del encuentro

«Estamos llamados a dar testimonio de una Iglesia que sea la casa de todos. ¿Somos capaces de comunicar este rostro de la Iglesia? La comunicación contribuye a dar forma a la vocación misionera de toda la Iglesia; y las redes sociales son hoy uno de los lugares dónde vivir esta vocación, redescubriendo la belleza de la fe, la belleza del encuentro con Cristo. También en el contexto de la comunicación sirve una Iglesia que logre llevar calor y encender los corazones»³.

«No se ofrece un testimonio cristiano bombardeando mensajes religiosos, sino con la voluntad de donarse a los demás ‘a través de la disponibilidad para responder pacientemente y con respeto a sus preguntas y sus dudas en el camino de búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia humana’»⁴.



La comunicación social al servicio de la persona y la dignidad humana

«La Instrucción Pastoral sobre las comunicaciones sociales *Communio et progressio*, en continuidad con la Constitución Pastoral del Concilio sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes* (cf. nn. 30-31), subraya que los medios de comunicación están llamados a servir a la dignidad humana, ayudando a la gente a vivir bien y a actuar como personas en comunidad. Los medios de comunicación realizan esa misión impulsando a los hombres y mujeres a ser conscientes de su dignidad, a comprender los pensamientos y sentimientos de los demás, a cultivar un sentido de responsabilidad mutua, y a crecer en la libertad personal, en el respeto a la libertad de los demás y en la capacidad de diálogo. La comunicación social tiene un inmenso poder para promover la felicidad del hombre y su realización».⁵

La Iglesia anuncia una Buena Noticia

“Para los cristianos, las lentes que nos permiten descifrar la realidad no pueden ser otras que las de la buena noticia, partiendo de la «Buena Nueva» por excelencia: el «Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1,1). Con estas palabras comienza el evangelista Marcos su narración, anunciando la «buena noticia» que se refiere a Jesús, pero más que una información sobre Jesús, se trata de la buena noticia que es Jesús mismo. En efecto, leyendo las páginas del Evangelio se descubre que el título de la obra corresponde a su contenido y, sobre todo, que ese contenido es la persona misma de Jesús. Esta buena noticia, que es Jesús mismo, no es buena porque esté exenta de sufrimiento, sino porque contempla el sufrimiento en una perspectiva más amplia, como parte integrante de su amor por el Padre y por la humanidad. En Cristo, Dios se ha hecho solidario con cualquier situación humana, revelándonos que no estamos solos, porque tenemos un Padre que nunca olvida a sus hijos. «No temas, que yo estoy contigo»

²JUAN PABLO II, *Carta apostólica a los responsables de las comunicaciones sociales*, (24 de enero de 2005), nn. 4-5.

³FRANCISCO, *Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial De Las Comunicaciones Sociales*, (2014).

⁴Ibid. (La cita que hace el papa Francisco está tomada de BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 2013).

⁵PONTIFICIO CONSEJO PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES, *Ética en las comunicaciones sociales*, (4 de junio del 2000), n.6.



(Is 43,5): es la palabra consoladora de un Dios que se implica desde siempre en la historia de su pueblo. Con esta promesa: «estoy contigo», Dios asume, en su Hijo amado, toda nuestra debilidad hasta morir como nosotros. En Él también las tinieblas y la muerte se hacen lugar de comunión con la Luz y la Vida”⁶.

La verdad para combatir las fake news

“La continua contaminación a través de un lenguaje engañoso termina por ofuscar la interioridad de la persona. Dostoyevski escribió algo interesante en este sentido: «Quien se miente a sí mismo y escucha sus propias mentiras, llega al punto de no poder distinguir la verdad, ni dentro de sí mismo ni en torno a sí, y de este modo comienza a perder el respeto a sí mismo y a los demás. Luego, como ya no estima a nadie, deja también de amar, y para distraer el tedio que produce la falta de cariño y ocuparse en algo, se entrega a las pasiones y a los placeres más bajos; y por culpa de sus vicios, se hace como una bestia. Y todo esto deriva del continuo mentir a los demás y a sí mismo» (Los hermanos Karamazov, II,2).

Entonces, ¿cómo defendernos? El antídoto más eficaz contra el virus de la falsedad es dejarse purificar por la verdad. En la visión cristiana, la verdad no es sólo una realidad conceptual que se refiere al juicio sobre las cosas, definiéndolas como verdaderas o falsas. La verdad no es solamente el sacar a la luz cosas oscuras, «desvelar la realidad», como lleva a pensar el antiguo término griego que la designa, *aletheia* (de *a-lethès*: «no escondido»). La verdad tiene que ver con la vida entera. En la Biblia tiene el significado de apoyo, solidez, confianza, como da a entender la raíz ‘aman, de la cual procede también el Amén litúrgico. La verdad es aquello sobre lo que uno se puede apoyar para no caer. En este sentido relacional, el único verdaderamente fiable y digno de confianza, sobre el que se puede contar siempre, es decir, «verdadero», es el Dios vivo. He aquí la afirmación de Jesús: «Yo soy la verdad» (Jn 14,6). El hombre, por tanto, descubre y redescubre la verdad cuando la experimenta en sí mismo como fidelidad y

fiabilidad de quien lo ama. Sólo esto libera al hombre: «La verdad os hará libres» (Jn 8,32).

Liberación de la falsedad y búsqueda de la relación: he aquí los dos ingredientes que no pueden faltar para que nuestras palabras y nuestros gestos sean verdaderos, auténticos, dignos de confianza. Para discernir la verdad es preciso distinguir lo que favorece la comunión y promueve el bien, y lo que, por el contrario, tiende a aislar, dividir y contraponer. La verdad, por tanto, no se alcanza realmente cuando se impone como algo extrínseco e impersonal; en cambio, brota de relaciones libres entre las personas, en la escucha recíproca. Además, nunca se deja de buscar la verdad, porque siempre está al acecho la falsedad, también cuando se dicen cosas verdaderas. Una argumentación impecable puede apoyarse sobre hechos innegables, pero si se utiliza para herir a otro y desacreditarlo a los ojos de los demás, por más que parezca justa, no contiene en sí la verdad. Por sus frutos podemos distinguir la verdad de los enunciados: si suscitan polémica, fomentan divisiones, infunden resignación; o si, por el contrario, llevan a la reflexión consciente y madura, al diálogo constructivo, a una laboriosidad provechosa”⁷.

La verdad construye la paz

“El mejor antídoto contra las falsedades no son las



⁶FRANCISCO, *Mensaje para la 51 Jornada Mundial De Las Comunicaciones Sociales*, (2017).

⁷FRANCISCO, *Mensaje para la 52 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, (2018).



estrategias, sino las personas, personas que, libres de la codicia, están dispuestas a escuchar, y permiten que la verdad emerja a través de la fatiga de un diálogo sincero; personas que, atraídas por el bien, se responsabilizan en el uso del lenguaje. Si el camino para evitar la expansión de la desinformación es la responsabilidad, quien tiene un compromiso especial es el que por su oficio tiene la responsabilidad de informar, es decir: el periodista, custodio de las noticias. Este, en el mundo contemporáneo, no realiza sólo un trabajo, sino una verdadera y propia misión. Tiene la tarea, en el frenesí de las noticias y en el torbellino de las primicias, de recordar que en el centro de la noticia no está la velocidad en darla y el impacto sobre las cifras de audiencia, sino las personas. Informar es formar, es involucrarse en la vida de las personas. Por eso la verificación de las fuentes y la custodia de la comunicación son verdaderos y propios procesos de desarrollo del bien que generan confianza y abren caminos de comunión y de paz.

Por lo tanto, deseo dirigir un llamamiento a promover un periodismo de paz, sin entender con esta expresión un periodismo «buenista» que niegue la existencia de problemas graves y asuma tonos empalagosos. Me refiero, por el contrario, a un periodismo sin fingimientos, hostil a las falsedades, a eslóganes efectistas y a declaraciones altisonantes; un periodismo hecho por personas para

personas, y que se comprende como servicio a todos, especialmente a aquellos –y son la mayoría en el mundo– que no tienen voz; un periodismo que no quemé las noticias, sino que se esfuerce en buscar las causas reales de los conflictos, para favorecer la comprensión de sus raíces y su superación a través de la puesta en marcha de procesos virtuosos; un periodismo empeñado en indicar soluciones alternativas a la escalada del clamor y de la violencia verbal”⁸.

De las redes a la comunidad

“El contexto actual nos llama a todos a invertir en las relaciones, a afirmar también en la red y mediante la red el carácter interpersonal de nuestra humanidad. Los cristianos estamos llamados, con mayor razón, a manifestar esa comunión que define nuestra identidad de creyentes. Efectivamente, la fe misma es una relación, un encuentro; y mediante el impulso del amor de Dios podemos comunicar, acoger, comprender y corresponder al don del otro.

La comunión a imagen de la Trinidad es lo que distingue precisamente la persona del individuo. De la fe en un Dios que es Trinidad se sigue que para ser yo mismo necesito al otro. Soy verdaderamente humano, verdaderamente personal, solamente si me relaciono con los demás. El término persona, de hecho, denota al ser humano como ‘rostro’ dirigido hacia el otro, que interactúa con los demás. Nuestra vida crece en humanidad al pasar del carácter individual al personal. El auténtico camino de humanización va desde el individuo que percibe al otro como rival, hasta la persona que lo reconoce como compañero de viaje”⁹.

ACTUAR

Comunicación
Oportuna
Veraz
Informativa
Demostrada

⁸/dem.

⁹Ibidem, Mensaje para la 53 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, (2019).



19 criterios para una comunicación que transmita verdad y esperanza

Criterios de esperanza y verdad para comunicar en tiempos de pandemia.

1. Tener la convicción de que la verdad sobre las cosas existe, debe ser buscada, y buscada en comunidad, para evitar los riesgos del relativismo, la parcialidad y la subjetividad.
2. Ejercer una actividad comunicativa y comunicóloga desde una ética que ponga al centro a la persona y su dignidad. Evitar ser mercenarios de la comunicación, y ser más bien heraldos de la verdad y la paz.
3. Evite enfocarse en la persona que ha contraído la enfermedad y respete la privacidad y derecho a la intimidad de los pacientes. Piense en el efecto que la noticia puede ocasionar a las personas o instituciones.
4. Reconocer la alteridad o comunicación interpersonal, donde en cada polo del evento comunicativo hay personas que tienen los mismos derechos y dignidad, sea el que comunica, el que está al centro de la comunicación o mensaje, y el que recibe la información.
5. Tener un compromiso con la sociedad y el bien común y no con un grupo que resulte beneficiado de la censura o información.
6. Transmitir los hechos verdaderos y objetivos sobre la enfermedad, para formar criterios de acción y sensatez y no para infundir morbo o miedo.
7. Verificar las fuentes citadas y recurrir a las instituciones oficiales que generan la información científica, exacta y objetiva.
8. La información requiere formación; por eso los comunicadores deben conocer los fundamentos básicos de la epidemia. Se debe usar el nombre correcto de la enfermedad (COVID-19) y del virus (SARS-CoV-2).
9. Se deben evitar titulares, fotos, gráficos o sobrenombres que generen miedo, estigmatización, discriminación o racismo. Dar a una epidemia el nombre de un lugar o país genera prejuicios y daños.



10. La información también es prevención; por eso se debe informar con veracidad las medidas que previenen, contienen o mitigan la propagación de la enfermedad. Los pastores de comunidades deben ser responsables en la generación de conciencia y las acciones pastorales.
11. No difundir falsedad. Evitar ser portavoz de los que por falta de conocimiento o información difunden datos falsos, curaciones mágicas, miedo o sicosis.
12. Utilice un lenguaje asertivo. Evite los estereotipos o el uso de calificativos en los titulares que generen morbo o ansiedad. Evitar el dramatismo en el lenguaje y las cabezas. El uso de ciertas expresiones o palabras pueden influir en la percepción de las personas. Es mejor hablar de modo positivo y evitar las etiquetas a las personas que han contraído el virus.
13. Comunicar para la esperanza. Ante un panorama tan lleno de preocupaciones e incertidumbre, se debe promover un periodismo por la esperanza (Darío Restrepo). Los sacerdotes tienen un papel de suma importancia en la generación de esperanza y optimismo a la luz de la fe en Jesucristo.
14. Evitar el "mezquinaje" comunicacional. Se debe evitar ocultar información que puede salvar vidas, obligando al usuario a ir a su sitio web, canal, fan page o pagar para conocer la información detallada.
15. Traduzca el lenguaje técnico para sus feligreses



ACTUALIDAD

o lectores; sobre todo en comunidades donde los tecnicismos pueden ser mal interpretados. Cuanto más claro sea el lenguaje, mayor valor tendrá su comunicación. La labor de concientización y prevención tiene mejor resultado si el lenguaje es comprensible para los receptores.

16. Aunque parezca repetitivo insista en las medidas preventivas y dé ejemplo de responsabilidad en sus acciones.
17. Mantenga su información actualizada y contextualice para saber en qué momento específico dio la información. Las personas podrán así ubicar mejor el estado de la situación y la enfermedad.
18. Contribuya a las soluciones con sus comunicaciones. Esto implica contar historias de recuperación y de superación social. Inspirar aliento y no desolación.
19. Cuide su salud. Un sacerdote enfermo no podrá informar ni servir pastoralmente bien, y además se convierte en un riesgo en potencia para quienes lo rodean. Busque opciones virtuales o telefónicas para realizar su trabajo y reducir el riesgo de exposición.





Es bello ser el amor del Corazón de Jesús y de su Iglesia para los demás



P. Adrián Lozano Guajardo

Doctor en Filosofía
Director espiritual del
Seminario Conciliar de México

El título de este artículo refleja lo que dos hermanos sacerdotes y un servidor decíamos a los enfermos que hemos visitado en la pandemia: sólo queremos ser el amor del Corazón de Jesús para ti. A mi parecer, esto expresa la esencia del ser y la misión de la Iglesia. En este breve escrito me gustaría expresar la importancia de que la Iglesia mire más a fondo el amor del Corazón de Jesús y anhele más y más llevar este amor al mundo entero. Para esto, dividiré la presentación de este escrito en tres apartados. En el primero trataré de hacer ver las riquezas que hay en la espiritualidad del Corazón de Jesús; en el segundo me referiré a tres Encíclicas que hablan de este Corazón tratando de descubrir el aspecto que cada una subraya con mayor énfasis, y, finalmente, en el tercer apartado haré ver cómo la Iglesia debe ser este corazón para los demás. Lo que ha suscitado el tema de este artículo han sido las experiencias tenidas en la visita a los enfermos de Covid19 y el compartir con todo el personal de salud.

I. Las riquezas de la espiritualidad del Corazón de Jesús

Más que una devoción, pienso que el Corazón de Jesús es fuente de una espiritualidad que expresa el núcleo de todo el Evangelio. Es un abismo sin fondo la riqueza que se puede encontrar en esta espiritualidad, pero me gustaría sintetizar la reflexión en dos aspectos:

el hombre busca experimentar la cercanía de Dios, y el hombre aprende a amar lo invisible a través de lo visible en la escuela del corazón.

Es importante comenzar precisando que la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II, la cual invita a volver a la Sagrada Escritura y a los Padres, de ningún modo invita a dejar la devoción al Sagrado Corazón, pues las raíces más profundas de ella se encuentran en los mismos Evangelios, específicamente en el Evangelio según San Juan, en diversos pasajes como el de la samaritana, la última cena, y, sobre todo, la narración del costado de Cristo traspasado en el Calvario. No es el momento de hacer un recorrido por los varios padres y doctores que, aún cuando no hablaron explícitamente del Corazón, no obstante, proponen una escuela del corazón para el seguimiento de Cristo. Basten aquí las palabras de Joseph Ratzinger, después Papa Benedicto XVI: “La extraordinaria hondura anímica, que la mística medieval y la gran devoción eclesial de la Edad Moderna han logrado, no puede tacharse de superada o descaminada en nombre de un redescubrimiento de la Biblia y de los Padres. La misma liturgia no puede celebrarse a la altura de sus exigencias específicas si no va preparada y acompañada de una mirada absorta, con la que el corazón comienza a ver y entender, de suerte que incluso los sentidos están comprometidos en la contemplación cordial, porque ‘sólo con el corazón se ve bien’, como le hace decir Saint – Exupéry al Principito...”¹.

¹Ratzinger Joseph, “El Misterio Pascual, raíz y objeto más hondo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús”, en *Enciclopedia temática del Corazón de Cristo*, BAC, 2017, p. 647.



La espiritualidad del Corazón de Jesús hace vivir muy cercanamente el amor de Dios. No es católico decir que Dios es el totalmente otro, como decía Robinson, sino más bien que Dios es el siempre mayor² y, en cuanto tal, capaz de hacernos entrar en su misterio de amor. A este respecto es muy importante precisar las cuestiones referentes al conocimiento humano y a la voluntad humana de Cristo. El entendimiento humano del Señor gozaba de una ciencia infusa, por lo que cada gesto de su vida lo realizó por cada uno de nosotros, sin importar distancia de tiempo; cada uno puede decir como San Pablo: “me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Esta verdad no sólo enciende al alma en el amor a Cristo, sino que da sentido a la reparación de su Corazón. Así lo sostiene Cándido Pozo: “Sería absurdo que Cristo que con su voluntad y Corazón humanos se entrega en el Calvario a la muerte por amor y mediante esa muerte obtiene mi salvación, lo haya hecho sin conocerme y amarme en concreto. Defiendo la existencia de una ciencia humana infusa de Cristo en su Pasión porque

no creo admisible que Él haya ido a morir por mí sin que previamente me conociera, me amara y quisiera entregar su sangre precisamente por mí”³. La existencia de la voluntad humana en Cristo, claramente afirmada por el III Concilio de Constantinopla (681), hace ver que la persona divina del Salvador nos ama con un corazón humano, incluso ahora como resucitado: “Impresiona esa palabra que ha puesto el Concilio [Vaticano II]: ‘amó con corazón de hombre’, pero es que además tenemos que añadir que Jesucristo ama ahora con corazón de hombre. Y esto es lo que de manera especial recalca la visión del Corazón de Cristo”⁴.

Esta espiritualidad nos ayuda a ver lo invisible en lo visible, y esto es formarse en la escuela del corazón. Santo Tomás, cuando exclamó “¡Señor mío y Dios mío!”, contemplaba lo invisible en lo visible. Es el amor el que hace ver más hondo a la inteligencia, y esta mirada conjunta, amor inteligente o inteligencia amorosa, es en realidad la mirada del corazón. Se entienden así algunos textos de los santos; Ricardo de San Víctor decía que “el amor es ojo y amar es ver”⁵; Hugo de san Víctor decía que el amor entra y se acerca ahí donde la ciencia queda fuera⁶; y quizá la expresión de san Buenaventura sea la más bella quien, refiriéndose al costado abierto del Salvador, decía: “La herida del cuerpo muestra, por tanto, la herida espiritual... Contemplemos también nosotros por la llaga visible la invisible llaga del amor”⁷.

Entre los muchos frutos que la espiritualidad del Corazón de Jesús aporta a la vida de la Iglesia está el de la vivencia más profunda de la Santa Misa. La celebración eucarística, en su aspecto sacrificial, que siempre ha sido esencial a la fe católica, nos invita a unirnos a este sacrificio, para que, juntamente con los latidos del Corazón de Cristo que se hace presente en el momento de la Consagración, podamos entregar

²Cf. Pozo Cándido, “El Corazón de Jesús en la crisis del pensamiento teológico”, en *Enciclopedia temática del Corazón de Cristo*, BAC, 2017, p. 626.

³Pozo Cándido, “Aspectos teológico – doctrinales: la consagración y la reparación”, en *Enciclopedia temática del Corazón de Cristo*, BAC, 2017, pp. 722 – 723.

⁴Mendizábal Luis M., “El Corazón de Jesús, centro de lo divino y humano en Cristo”, en *Enciclopedia temática del Corazón de Cristo*, BAC, 2017, p. 659.

⁵*Amor oculus est et amare videre est. Ricardo de san Víctor. J. P. Migne, Patrologiae Cursus completus. 196, 1203.*

⁶*Intrat dilectio et appropinquat, ubi scientia foris est. Hugo de san Víctor.*

⁷San Buenaventura, *Vitis mystica*, c.3, 4.



nuestros corazones juntamente con Él al Padre⁸.

II. Tres Encíclicas que tratan sobre el Corazón de Jesús

Dentro de la riqueza inagotable de Encíclicas que han surgido del Magisterio de la Iglesia a lo largo de su historia, se pueden distinguir tres que profundizan especialmente sobre el misterio del amor de Dios en el Corazón de Jesús.

Las tres Encíclicas son: *Miserentissimus Redemptor* (Nuestro Misericordiosísimo Redentor), escrita por Pío XI, la cual acentúa los aspectos de la reparación y la consiguiente consolación del Corazón de Cristo; *Haurietis Aquas* (Beberéis aguas), escrita por Pío XII, la cual acentúa el triple amor del Corazón de Cristo; *Deus Caritas est* (Dios es amor), escrita por Benedicto XVI, la cual acentúa la formación del corazón a semejanza del Corazón de Cristo como obra del Espíritu Santo.

La Encíclica “Nuestro Misericordiosísimo Redentor” describe la consagración como la respuesta del amor de la creatura al amor de Dios, y afirma que la reparación es “el compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa”⁹. Estos actos de reparación, de obsequiar amorosamente a quien se ha ofendido, también consuelan el Corazón de Cristo. Ante la pregunta de cómo pueda ser esto posible se cita la bella frase de San Agustín: “Dame un corazón que ame y sentirá lo que digo”¹⁰.

La Encíclica *Haurietis Aquas*, verdadero monumento en cuanto a la espiritualidad del Corazón de Jesús, acentúa un aspecto muy bello, que es el del triple rayo del amor de este Corazón. En efecto, en el Corazón de Cristo se encuentran tres rayos de un mismo amor: el rayo del amor divino, que es el de las tres personas divinas; el rayo del amor humano, dirigido e iluminado

por la ciencia beatífica e infusa; y el rayo del amor humano sensible, que de algún modo altísimo siente junto y cerca de cada uno de nosotros.

En la Encíclica *Deus caritas est* se acentúa la verdad de que es el Espíritu Santo el que puede transformar a la Iglesia a semejanza del Corazón de Cristo y así pueda ser verdaderamente el amor de Jesús para el mundo entero: “Al morir en la cruz, Jesús ‘entregó el espíritu’ (Jn 19, 30), preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección (Jn 20,22). Se cumpliría así la promesa de los ‘torrentes de agua viva’ que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (Jn 7, 38 – 39). En efecto, el Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (Jn 13, 1 -13) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (Jn 13, 1; 15, 13)”¹¹.

III. La misión y el ser de la Iglesia es ser el amor del Corazón de Jesús

La misión de la Iglesia consiste en llevar el amor de Dios a cada persona; todo hombre y mujer deben poder



⁸Cf. Pozo Cándido, “El Corazón de Jesús en la crisis del pensamiento teológico”, en *Enciclopedia temática del Corazón de Cristo*, BAC, 2017, p. 622

⁹Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, II, 6.

¹⁰Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, II, 14

¹¹Benedicto XVI, *Deus caritas est*, II, 19.



experimentar lo mucho que Dios los ama. Hacer este amor presente, creciente y pleno es la tarea de la Iglesia.

La pandemia del coronavirus, que se ha vivido en diferentes proporciones según los diversos lugares del mundo, ha traído una fuente de sufrimientos muy grande, pero, al mismo tiempo, ha sido ocasión para volver el corazón a lo único necesario y estable en nuestra vida: Dios y su amor. En medio del desconcierto y la confusión, en ocasiones se ha insistido casi exclusivamente en la salud física, en evitar el contagio etc. Por supuesto que esta dimensión es necesaria y procurarla es expresión de responsabilidad e incluso de caridad, pero me parece que se debe insistir siempre sobre la necesidad de volver el propio corazón a Dios y reorientar la vida entera bajo su mirada y entenderla así: como una única oportunidad para aprender a amarlo y amar al prójimo con el Corazón de Jesús. En realidad, la salvación implica no sólo alcanzar la patria celestial, sino también llegar al grado de amor que Dios ha pensado para cada uno de nosotros. Esta pandemia puede ayudarnos a volver a ordenar nuestra vida y vivirla con más intensidad, para conseguir este fin único, única razón de nuestro existir.

Cuando se escuchaba del dolor que se vivía en distintas partes del mundo por la enfermedad del covid-19, y ante el hecho de saber que muchas personas estaban muriendo solas, dos sacerdotes amigos míos, el padre Roberto Funes y el P. Andrés Esteban López, y un servidor, experimentamos que Dios nos pedía hacer cercano el amor de Cristo a tantos enfermos que se suscitarían en nuestra patria. Ante la dificultad de la tarea, porque intuíamos que sería muy difícil conseguir el permiso de acceso por parte de los hospitales, junto con los propios temores, que no eran leves, resolvimos dejar todo en el corazón de María Santísima. Los padres nos animábamos entre nosotros recordando que, así como María hizo posible, con su intercesión, que hubiese vino en las bodas de Caná, así Ella podría abrir las puertas de los hospitales y también aligerar nuestros temores. Y así fue. El verdadero corazón de la misión fue el rezo diario del Santo Rosario, todos los días a las 10 p.m., el cual ofrecíamos por todo el personal de los hospitales, los enfermos, los difuntos y sus familiares. No podía ser de otra manera: habíamos dejado todo en manos de la Virgen María. Pedíamos con insistencia a María Santísima que abrazara a todos los que sufrían, sobre todo a los agonizantes.

Ante las primeras negativas de varios hospitales, de pronto el Hospital General nos abrió las puertas de modo providencial. Pronto comprendimos la razón: la directora del hospital tenía gran cariño a la Virgen María. Cuando nos compartió esto, los padres comprendimos cómo es posible que hubiese vino en las bodas de Caná. Siempre en obediencia y comunión con el señor Cardenal Don Carlos Aguiar y sus obispos auxiliares, pudimos comenzar la labor de visitar a los enfermos de covid-19. La iniciativa fue nuestra, sabíamos que corríamos riesgo, y con toda libertad aceptamos esto y pedimos la bendición de los obispos. A cada uno de los tres sacerdotes nos tocó una zona distinta; cada zona tenía entre 60 y 90 pacientes, muchos de ellos en terapia intensiva. Comenzó la primera visita, y, con la asistencia amabilísima del hospital, que encargó a tres enfermeras que nos dieran un curso de cómo ponerse y quitarse el equipo, visitamos las distintas áreas. En la primera visita recuerdo haber visitado a un señor que se emocionó cuando le dije que queríamos ser la cercanía del amor de Jesús y de su Iglesia para él. Junto con la alegría de esta primera visita, no faltaron las tentaciones del enemigo, que mostró su cola serpentina a nivel de los pensamientos que se siguieron los siguientes días. Fundamentalmente sugería dos pensamientos: por un lado, el que éramos unos tontos que nos arriesgábamos sin necesidad por visitar a unas cuantas personas; por otra parte, nos sugería que éramos soberbios y vanidosos, pues estaríamos seguramente en el fondo buscando el reconocimiento de los demás. Siempre que





éramos asaltados por estos pensamientos acudíamos a María, y Ella serenaba nuestros corazones y nos animaba a seguir adelante. Al referir estas sugerencias he hablado en plural, pues se dieron de modo coincidente en los tres de nosotros.

En la segunda visita recuerdo que un joven, cuando me acerqué a él, quiso hablarme, pero le sobrevino entonces un ataque de tos. Yo estaba como a un metro, y las primeras veces tosió sin tener la mascarilla de oxígeno, por lo que me sentí vulnerable; no obstante llevara puesto todo el equipo de protección. Inmediatamente me vino a la mente cómo Jesús se acercaba a los leprosos, y le pedí que me ayudara a imitarlo, a no alejarme de este hermano suyo que tosía, aunque ahora ya con la mascarilla puesta.

En la tercera visita apenas llegué a la zona que me correspondía y las enfermeras me notificaron que dos enfermitos acababan de fallecer, por lo que me sugirieron que comenzara la visita por esos cuartos. Recuerdo qué difícil fue ver cómo estos hermanos habían muerto solos y yacían ahí sin una familia que los llorase. Me acordé en ese momento de una imagen muy bella que nos compartieron de María Santísima abrazando a los moribundos en su soledad. Al darles la absolución bajo condición, como corresponde a esa situación, tuve la certeza del corazón de que la Virgen María los había acompañado y consolado en su última agonía.

En otra visita recuerdo que una joven me contó que su mamá había muerto por covid, y ella y su papá

estaban ambos hospitalizados. Al irme me pidió que le dijese a su papá que ella le quería mucho.

Han sido muchas las vivencias que he tenido en las visitas, pero lo que siempre me ha animado es el anhelo de llevar el amor del Corazón de Jesús y de su Iglesia para cada uno de los que sufren; de hacerles saber y sentir que Cristo y su Iglesia los aman. Y yo creo que eso debemos ser y hacer todos los bautizados; ser el amor del Corazón de Cristo y de su Iglesia para los demás, encontrar en este amor nuestro más grande tesoro y nuestra herencia. Entonces, estos momentos de dolor, que, a mi parecer, preludian momentos de prueba fuertes para la humanidad, pueden ser ocasión de volver la mirada y el corazón a Jesús y decirle: "¡Señor mío y Dios mío!", "¡Señor, tú sabes que te amamos!", "¡Señor, Jesús, hijo de David, ten compasión de nosotros!" Y decir también junto con San Rafael Arnaiz: "¡Sólo Dios!".





Iglesia y Matrimonio



Mons. José Manuel Garita Herrera
Obispo de Ciudad Quesada,
Costa Rica

La naturaleza del matrimonio viene reconocida en su propia etimología: del latín *matrimonium*: este término era asociado a los vocablos: *mater*, que remite a madre, y *monium*, en alusión a un acto formal o ritual. A través del matrimonio se reconocía a la mujer su estatus social y oficial para ser madre de los descendientes del varón. Por lo tanto, la evidencia histórica también de da cuenta de la naturaleza del matrimonio.

“A la sola luz de la razón natural, y mucho mejor si se investigan los vetustos momentos de la historia, si se pregunta a la conciencia constante de los pueblos, si se consultan las costumbres e instituciones de todas las gentes, consta suficientemente que hay, aun en el matrimonio natural, un algo sagrado y religioso”, decía el Papa Pío XI en su Encíclica *Casti Connubii* sobre el matrimonio cristiano.

Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza (Cfr. Génesis 1, 26-27) porque están llamados al amor, a la reciprocidad, a un proyecto común de vida. Dios, que es experiencia de amor, hace partícipe al hombre de su capacidad de amar.

El ser humano fue puesto por Dios en este mundo para esta experiencia y misión de amor, de reciprocidad, de complementariedad y de fecundidad entre varón y mujer. En el texto del Génesis, Dios da al ser humano el mandato de crecer y multiplicarse, de cuidar su creación. Dios nos crea personas para vivir en esa capacidad de relación mutua.

Más allá de cualquier dificultad, no nos cansaremos de

mostrar la belleza del matrimonio entre hombre y mujer. La Iglesia tampoco dejará de proclamar el proyecto querido por Dios al crear al hombre y la mujer, por más que los tiempos, las modas, las presiones y las ideologías dicten lo contrario.

Ya lo dice la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia* del Papa Francisco en el numeral 56: “Otro desafío surge de diversas formas de una ideología, genéricamente llamada *gender*, que niega la diferencia y la reciprocidad natural de hombre y de mujer, Esta presenta una sociedad sin diferencias de sexo, y vacía de fundamento antropológico de la familia. Esta ideología lleva a proyectos educativos y directrices legislativas que promueven una identidad personal y una intimidad afectiva radicalmente desvinculadas de la diversidad biológica entre hombre y mujer”.





No podemos llamar igual a lo que es diferente. Hoy la sociedad propone en nuestro país y en muchas naciones del mundo el llamado “matrimonio igualitario” entre personas del mismo sexo.

Debe quedar claro que “Dios no hace acepción de personas” (Romanos 2, 11). De igual modo, la Iglesia acoge a todas las personas desde sus realidades, les anuncia la Buena Noticia y les transmite el Evangelio revelado por el propio Jesús; respetamos a quienes piensan diferente, y por medio de muchos signos caminamos como Iglesia con aquellos que opinan diferente a la enseñanza que predicamos.

Sin embargo, “lo creado nos precede y debe ser recibido como don. Al mismo tiempo, somos llamados a custodiar nuestra humanidad, y eso significa ante todo aceptarla y respetarla como ha sido creada” (*Amoris Laetitia*, número 56).

Aunque sabemos que lo que dice y hace la humanidad no es eterno, como sí lo es la Palabra de Dios, la misma Declaración de los Derechos Humanos admite en su artículo 16 la figura del matrimonio entre el hombre y la mujer, y reconoce a la familia como elemento natural y fundamental de la sociedad.

Como cristianos, sabemos que hay una dignidad y una misión en la familia fundada entre el hombre y la mujer.

A nadie se le debe negar, por su condición o pensamiento, el derecho a la salud, al trabajo, al alimento, a la vivienda; pero para alcanzar estos y otros derechos, no debe tocarse el fundamento sagrado del matrimonio. Tenemos derecho a que se respete también lo que es sagrado para una gran mayoría de nuestra sociedad.

Pidamos a Dios que conceda discernimiento y sabiduría a nuestra sociedad, que haya respeto para todos los sectores y que podamos seguir cuidando de la humanidad en respeto a su propia naturaleza.



TESTIMONIO

Lo que es la ‘Maternidad Espiritual’ para una madre espiritual de los sacerdotes



Lily María Bendaña de Montealegre

Licenciada en Publicidad y comunicación
Directora local nacional
Centro Sacerdotal Logos Nicaragua

Una mujer tiene desde niña un grande deseo de tener, cargar, educar, mimar y amar con ternura a un hijo o más. Es instinto natural. A pesar de haber tenido una endometriosis (por la que una mujer puede volverse estéril), Dios me bendijo en mi matrimonio con tres hijos. Ellos han escuchado cómo cada uno de ellos fue tan deseado, aun el último de ellos, que no fue “planeado”, y que, sin embargo, fue mi mejor embarazo, como para sellar con broche de oro esa alegría y gozo.

Viviendo en los Estados Unidos, esa tarea se volvió pesada: haciendo quehaceres de casa, cargando con las responsabilidades de dar de comer al bebé y los otros hijos, etc. Un buen día tuve la osadía de preguntarle a la Virgen Santísima cómo le había hecho Ella, ya que no estaba sintiendo la dulzura y alegría que quería sentir, sino que sólo sentía el cansancio y el agobio por la falta de tiempo personal. Esa pregunta atrevida me hizo buscar literatura sobre la Virgen María como madre, y me encontré un libro, o mejor una compilación de testimonios de místicas: *“The Life of Mary as seen by the Mystics”*, el cual contenía las experiencias de las venerables Anne Catherine Emmerich, Mary de Agreda, santa Brígida de Suecia y santa Isabel de Schenau. Esto me llevó a pensar en María como mujer y madre, y a partir de ahí empecé mi relación profunda con Ella, pidiéndole y consagrando mi maternidad. Ella se volvió mi modelo, a pesar de las exigencias contemporáneas



diversas a las de ella. “¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”. El regalo de Jesús a Juan se volvió mío: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,27).

Yo quería estar en todo lo que podía de cada hijo: juegos, amigos, escuela, deportes, formación cristiana... La escuela que había escogido para mis hijos era un Montessori y tenía el nombre de María (St. Mary’s Hall); al darme cuenta después de que era de raíces episcopales y no católica, aceptamos llevar a la hija mayor ahí porque no había nada de clases de religión en su currículum, sino que nos dejaba a nosotros sus papás



TESTIMONIO

la responsabilidad directa de buscar su formación, lo mismo que nuestra continua formación en la familia.

Después nos mudamos a Nicaragua, en donde mi papá vivía ya con Parkinson, por lo que yo quería mis hijos lo vivieran y gozaran más. ¡Bendita inspiración!, porque nos duró tres años más antes de partir a la casa del Padre Celestial. El Colegio de los hijos era totalmente laico (Colegio Americano Nicaragüense), lo que me hizo involucrarme en su formación, y, junto a otras mujeres de Dios, le dimos la forma que necesitaba el programa que unas cuantas madres de familia habían iniciado. Tuvimos la inspiración y guía de Dios y de varios sacerdotes que escucharon nuestro clamor de ayuda, incluyendo al P. Álvaro Corcuera, que envió legionarios de Cristo a nuestra ayuda y marcó la diferencia. Así nació "Vida Católica" dentro del Colegio. Cada año que pasaba iba subiendo de grado, juntamente con los hijos, e iba formándome más y más y formándolos a ellos, hasta que éstos se graduaron y entonces me quedé en el programa del colegio por tres años más para ayudar, hasta que ellos me recordaron que ya no tenía más hijos en el colegio.

Es muy cierto que todos tenemos necesidad de una madre en el orden natural, psicológico y afectivo. Pues bien, también la Iglesia es madre, y los hijos de la Iglesia necesitamos de una madre en el orden sobrenatural y de la gracia, y ésta es María; pero Ella necesita de manos y pies para seguir en su misterio de visitación. Bien, pues yo, al mismo tiempo que era catequista, me enteraba de programas de los legionarios a disposición de todos los obispos y sus diócesis que me parecieron puntuales y excelentes. Un par de obispos le abrieron puerta a Escuela de la Fe y al Centro Sacerdotal Logos en Nicaragua. Con estas herramientas, y por inspiración del Espíritu Santo, puedo continuar siendo madre, de mis hijos y de los hijos favoritos de Dios, los sacerdotes. Qué honor servir a Jesús y a María al mismo tiempo; Ella es Madre de todos nosotros los pecadores, pero cuida con mayor ahínco de aquellos que lo han dejado todo por seguir las huellas de su Hijo, ya que Ella sabe que estas huellas los llevarán a un calvario, y yo quiero, como la Verónica, estar ahí, para dar un poco de aliento.

La Maternidad Espiritual ha existido dentro de muchos santos conocidos y no conocidos, como en santa Catalina de Siena -que fue una gran madre espiritual para los sacerdotes, incluso para el Papa, pues ella realmente se sentía madre espiritual en la Iglesia- o san Pío de Pietrelcina y san Juan María Vianney, que la promovían entre sus colaboradoras y las mujeres fieles de su entorno; y de manera especial la sintió, aceptó y vivió, la maternidad espiritual, santa Teresita del Niño Jesús, que sentía todo este amor en sus entrañas. A su corta edad, santa Teresita se daba cuenta de que los sacerdotes son hombres que se han consagrado a Dios, pero que continúan con su corazón apegado a las criaturas: "Por lo tanto, su entrega no es absoluta como debería de ser. Celina querida, lo que tengo que decirte es siempre lo mismo: ¡oremos por los sacerdotes! Cada nuevo día nos muestra cuán raros son los amigos de Jesús... Me parece que lo que más debe de dolerle es precisamente eso: la ingratitud. Sobre todo, el ver que las almas que se han consagrado a él dan a otros el corazón que le pertenece a él de una manera tan absoluta..." (carta n. 122).

El ir conociendo a Obispos y sacerdotes diocesanos por toda Nicaragua me ha permitido tener un vínculo especial y amplio con ellos; su apertura me ha dejado ver sus necesidades humanas y espirituales. Ahora las palabras de Jesús a María se volvieron mías: "Madre, ahí tienes a tu hijo" (Jn 19, 26). Sí, creo que la Maternidad Espiritual es un don que recibe el corazón de un alma elegida por la Virgen María. Muchas lo recibimos, pero hay que escucharlo y actuar. La Maternidad Espiritual es una gracia que la Virgen regala al corazón que le da su





TESTIMONIO



sí y que Ella misma ayudará a transformar en un corazón como el Suyo. Cuando con la mente pensamos y decimos esto, el corazón escucha y se vuelve una realidad porque es una decisión de amor. El amor verdadero no es pura emoción; puede y debe ser intelectual primero: de la razón a la fe.

Hoy día veo a los sacerdotes como una madre ve a sus hijos: cada uno diferente y con necesidades diferentes. Al principio, más que respeto por ellos sentía un poco de miedo por no saber si era mi lugar o si tenía las soluciones o los medios para ayudar, ya que puede haber hijos 'descarriados'; pero al mismo tiempo, ante tal pensamiento, sentí al Santo Espíritu de Dios decirme: "pon tu pequeñez, Yo me encargo de mis hijos predilectos". Y es verdad: ¡basta con leer la multiplicación de los panes! (Mt. 14, 17-19). ¡Dios es Padre Providente!

Creo que los sacerdotes han sentido un llamado de amor que supera las limitaciones humanas, puestas éstas en manos del que da la vida. Y este llamado engendra acciones concretas, ya que no querríamos ser como la higuera estéril del Evangelio, que "sólo sirve para el fuego" (Lc. 13, 6-9). Esta Maternidad Espiritual tiene diferentes matices, a veces se trata tan sólo de una llamada telefónica de uno para con el sacerdote o del sacerdote para con uno (ya me pasó que uno tuvo tal confianza conmovedora que me llamó desde un aeropuerto en Europa para que le ayudará a pagar su maleta, por decir algo muy concreto y aparentemente poco trascendente); o bien el invitar a un sacerdote

a comer en casa o a un restaurante favorito; o más, profundamente, una oración en silencio o en comunión; un curso de formación cerca (al hermano país vecino de México), o bien un poco más lejos (Tierra Santa); o bien encargarse de la coordinación de logística, transporte, alojamiento para otros sacerdotes en sus visitas a Nicaragua. En todo ello me gusta pensar como san Juan Crisóstomo, que decía: "El que honra a un sacerdote honra a Jesús, Sumo Sacerdote; el que insulta a un sacerdote, insulta al mismo Cristo, Eterno Sacerdote".

Lo que sí tengo claro es que soy una madre adoptiva; todos tenemos a una Madre Celestial que nos va ayudando y marcando pautas. Todos tenemos la llamada y oportunidad de ser madre o padre adoptivo, y así ayudar a Dios y colaborar con Él a salvar almas, incluyendo la nuestra.

Por último, quisiera terminar con una oración de un Cardenal norteamericano, John J. Cardinal Carberry, de St. Louis Missouri, la cual ilustra la necesidad humana, que depende de todo un Dios Hijo y una Reina Madre:

Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, escucha mi humilde oración en nombre de tus sacerdotes.

Dales una fe profunda, una esperanza firme y brillante y un amor ardiente que crezca en el curso de su vida sacerdotal.

En su soledad, confórtalos.

En sus frustraciones, señáales que es a través del sufrimiento que el alma se purifica, y muéstrales que son necesarios para la Iglesia, que son necesarios para las almas, y ante todo que son necesarios para la obra de la Redención.

Amada Virgen María, Madre de los sacerdotes, acoge en tu corazón a tus hijos que están cerca de Ti a causa de su ordenación sacerdotal, y por el poder que han recibido para llevar a cabo la obra de Cristo en un mundo que los necesita tanto.

Sé Su consuelo, Sé su alegría, Sé su fortaleza, y sobre todo ayúdales a vivir y defender los ideales del celibato consagrado. AMÉN.